

12 11-6 15-5-11-5 Inutilizados (duplicados).

CIVIDAD

REVISTA DE MADRID PARA TODA ESPAÑA



*Este número
contiene*

UN ARTICULO DE
MANUEL ABRIL

♦
UN CUENTO DE
LUIS ENRIQUE DELANO

♦
UN REPORTAJE DE
EDUARDO BLANCO-AMOR

♦
UNA CRONICA
DE SANCH A

♦
UNA NOVELA CORTA
DE ROBERTO MOLINA

♦
UN ARTICULO DE
FELIX DEL VALLE

♦
20 CENTIMOS



F O T O D E A N G E L A R A C I L

Ayuntamiento de Madrid

UNION RELOJERA SUIZA

TELEFONO 16949 MADRID APARTADO 12128

TIPO STANDARD 245 Ps.

ACERO INOXIDABLE

129 Ps.

195 Ps.

245 Ps.

255 Ps.

235 Ps.

Precisión

Fortaleza

Elegancia

CUALIDADES INDISPENSABLES DEL DEPORTISTA

CUALIDADES INCOMPARABLES DE LOS RELOJES

MOVADO

155 PRIMEROS PREMIOS

MOVADO

REMITIMOS A PROVINCIAS CONTRA REEMBOLSO O TRANSFERENCIA BANCARIA

UNION RELOJERA SUIZA

TELEFONO 16.949 • MADRID • APARTADO 12.128

Ayuntamiento de Madrid



Director: VÍCTOR DE LA SERNA

Redactor-Jefe: EDUARDO BLANCO-AMOR

Dirección, Redacción y Administración:

PALACIO DE LA PRENSA.—MADRID

Teléfono núm. 20860

APARECE TODOS LOS MIÉRCOLES

Año II.

13 de Marzo de 1935

Núm. 12

LA SEMANA

La profanación de las cenizas de don Ramón Pelayo ha puesto espanto en las criaturas más insensibles. Se dijo, en un principio, que se trataba de una provocación o de un golpe de efecto moral contra la burguesía en la persona de su producto más ilustre. No. Por muy desalmado que fuera un teorizante de las ideas antiburguesas, se hubiera detenido ante la tumba del prócer, tantas veces inclinado en vida sobre las miserias humanas. Se trata, según todos los signos, de un caso de pillaje vulgar, perpetrado por quincalleros que habían oído "que un marqués muy rico estaba enterrado en Valdecilla".

Este suceso macabro, que nos hizo enrojecer de indignación a todos los españoles, ha traído a primer plano la figura del Marqués. Acaso nadie ha hecho la suma total de los dones que este hombre extraordinario repartió en vida para obras de cultura y beneficencia. Yo puedo afirmar que pasan de los 30 millones de pesetas.

Quien llegara a la "Cabaña" con una petición justa y legítima jamás salía desairado. Tenía el vicio insigne de dar dinero. Mostremos cómo: Era por el año 1925. Y era un invierno crudo de la montaña. El marqués de Valdecilla me había hecho el honor de sentarme a su mesa. Llovía a torrentes, y todo el bosquecillo donde la "Cabaña" está enclavada lavaba sus ramas desnudas en el agua implacable de las nubes. Pepe Cabarga, el leal artesano en cuya amistad reposaba toda la confianza del Marqués, entró con una beatífica sonrisa y anduvo con muchos circunloquios para decirle una cosa al prócer. Habían llegado a la puerta de la "Cabaña", ateridos de frío y empapados, cuatro ciclistas. Venían desde Potes, a cien kilómetros de distancia. Habían salido de madrugada para pedirle al Marqués dinero con qué comprar un organillo. Pepe Cabarga esperaba, sin duda, una respuesta negativa. Don Ramón sonrió:

—Mira, Pepe Cabarga: ¿tú sabes lo que es tener un

Manuel Abril, continuando su serie de apreciaciones sobre arte que viene publicando en estas páginas, firma en la presente edición un artículo titulado GARGALLO EN MADRID.

¡ADIÓS, ELKA! se titula el trabajo con que el cuentista chileno José Enrique Délano—uno de los más firmes valores de la nueva literatura de aquel país—inicia sus colaboraciones en CIUDAD. Ilustra esta colaboración nuestro dibujante Arteche.

UNA EXPOSICION DE PRENSA HISPANOAMERICANA EN MADRID. Reportaje al director de la Hemeroteca Municipal, D. Antonio Asenjo, por E. B. A.

LOS ANTEPASADOS se titula nuestra novela corta de este mes, que firma Roberto Molina, tan diestro en esta clase de creaciones literarias, igualmente ilustrada por Arteche.

PARA UNA INTERPRETACION LIRICA DE VALENCIA: LAS FALLAS es, como su título lo indica, un ensayo interpretativo de la bella ciudad levantina en sus típicas fiestas. Una magnífica lámina de Gori Muñoz decora adecuadamente el texto.

«TO BE OR NOT TO BE» titula Sancha, en inglés, para mayor claridad, su crónica de esta entrega, que ilustra con dibujos propios y con otros, muy interesantes, tanto por su perfección como por su valor de época, debidos al lápiz de su señor padre.

Nuestra página central la ocupa la soberbia ODA A SALAMANCA, de Don Miguel de Unamuno, que publicamos

como homenaje al maestro y a su dilecta ciudad. La ilustran unas magistrales fotografías del artista José Suárez.

Félix del Valle continúa su tanda de PSICOLOGIAS. Esta vez es la del gato, fina de humor y alegre de estilo, como las otras publicadas.

Aspectos de la ciudad, LA HORA DEL TE, titula Picó la deliciosa lámina con que inicia su colaboración en CIUDAD. Artista de factura fina y gran delicadeza en la composición, los dibujos de Picó han de obtener, sin duda alguna, la favorable acogida de nuestros lectores.

LA REGLA INSEGURA es un cuento de J. Arias Campoamor, que ilustra Santonja, en el que se describen, con pincelada cierta y humor de buena ley, escenas de ambiente provinciano, que sirven de marco a la anécdota argumental.

De nuestra Redacción en París, publicamos un DIALOGO DE LAS QUIMERAS, de Eduardo Avilés Ramírez, y una crónica de modas escrita por Madeleine Millet, cuyo título es HABLEMOS TAMBIEN DE LOS NIÑOS.

Un conjunto de POETAS NUEVOS representan la parte lírica en este número. Sus originales han sido entresacados de entre la montaña poética con que, honrosamente, nos abruma los líricos de toda la Península: tarea nada fácil, por cierto.

Completan esta edición nuestras Secciones habituales de Toros, Deportes, Cine, Caja de Sorpresas, etc.

organillo a los veinte años? Cuando le tengan, esos mozos no irán a la taberna ni le robarán la fruta al vecino. Toma.

Y sacó su talonario de cheques—aquél talonario que nunca duraba una semana—y extendió, con su mano firme, un talón por quinientas pesetas.

—Y ahora, Pepe Cabarga, pregúntales si han comido. Y si no han comido, dales de comer caliente.

Una de las preocupaciones elementales del Marqués era la de que la gente comiera. Pan y primeras letras. Con estas dos solas preocupaciones, este hombre había gastado en quince años 30 millones de pesetas.

Nadie que supiera quién fué en vida ha podido profanar sus cenizas.

EL acontecimiento madrileño de la semana ha sido la Exposición de Pablo Gargallo, el genial escultor aragonés, que ha muerto recientemente. Puede decirse que hace muchos años que Madrid no presencia un suceso artístico de tanto volumen. Gargallo, conocido y admirado por todo el mundo, con obras en todas las grandes colecciones del planeta, era apenas conocido de sus compatriotas. Es el caso de Picasso, de Manolo Hugué y de tantos otros. Ha tenido que venir la muerte a presentárnosle.

Gargallo, fuerte artesano del Pirineo, para quien los materiales más indomables eran pura cera, descubrió un día que el hierro podía ser también materia plástica para la escultura. Pero no el hierro fundido y blando, que se adapta al molde, sino el hierro frío, domado a golpes de mandarina, y a mordiscos de mordaza, y a rasponazos de lima, y a heridas de cortafíos. Gargallo consiguió prodigiosas creaciones con la nueva materia y la nueva técnica, y abre a la escultura, cercada por sus cuatro costados, un horizonte nuevo que no tiene fin.

Madrid, con esa intuitiva percepción de lo bello que tiene nuestro pueblo, ha rendido a la memoria del prodi-

gioso aragonés un tributo conmovedor. La gente, ante sus obras, se queda perpleja, sin saber realmente lo que ve. Sabe, eso sí, que contempla algo bellissimo.

DESDE que Don José María Gil Robles acometió tan valerosamente al Banco de España, podemos los demás adoptar una actitud de cierto descaro ante otras empresas igualmente privilegiadas por nadie sabe qué suerte de respetos inconcebibles.

Una de esas empresas es la Compañía de Tranvías de Madrid, el mejor contribuyente a la fealdad y a la incomodidad de la villa. En todas las grandes ciudades del mundo, esos ridículos cajones amarillos tienen una misión suburbana. Aquí, por un privilegio que tiene todos los aspectos de una burla, sirven para embotellar la circulación en plazas reducidas y en calles estrechas y para proporcionar al ciudadano un medio de transporte lento e irregular. Parece que el Ayuntamiento de Madrid requirió a la Compañía para que retirase de las calles céntricas sus armatostes, cada vez más anchos y más largos, dotados en verano de un apéndice arcaico que se llama "jardinera" como se podía llamar cualquier otra cosa. Y parece que la Compañía de Tranvías no ha sentido el menor deseo de obedecer al amo de la villa y, por el contrario, pretendió tender una vía nueva por la Carrera de San Jerónimo nada menos.

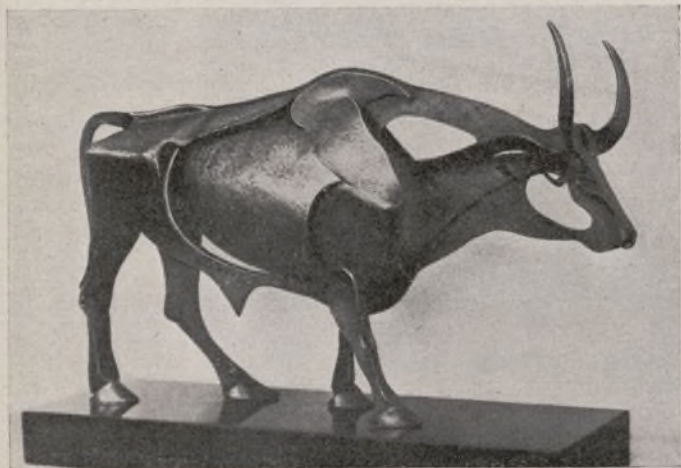
El firmante de estas líneas—absolutamente urbanas—ignora si la Compañía de Tranvías cumple, a cambio de las incomodidades que proporciona a la ciudad, una alta misión social. Tal vez paga a sus empleados con esplendor y a sus obreros con largueza. Quizá. Solamente a cambio de saber que era espléndida en los jornales y humanitaria en las jornadas y generosa en el régimen de retiros, soportaría Madrid sus desafueros.

Nos gustaría saber lo que opinaban sobre el caso los tranviarios.

Ya era hora. Después de recorrer el mundo entero; después de haber estado desde hace treinta años apareciendo el nombre de Gargallo por exposiciones del mundo, por las mejores revistas del mundo, por los libros que en el mundo historian el arte mejor de ahora; después de todo eso; por fin, llega a Madrid una exposición de Gargallo y obtiene un éxito grande—cosa que nos regocija—, sorprendiendo, además, a no pocos, fenómeno que a nosotros nos deja también sorprendidos.

Había gente allí, en la mañana del Miércoles de Ceniza, en la Sala del Museo de Arte Moderno, que parecía descubrir al escultor... Veíamos a los profesionales mostrándole a otro una figura, asintiendo con la cabeza, como diciendo: "Está bien, ¿eh?... ¡Realmente!..."

No es posible, señores, no es posible que sigamos en este paletismo. Nos hemos reído en Madrid—o se han reído en Madrid; nosotros no hemos nunca incurrido en semejante falta de delicadeza—de los provincianos "isidros" que venían por primavera, boquiabiertos, a la capital de España. Les ha parecido siempre a nuestros paisanos que los "isidros" eran seres



Otra obra de Pablo Gargallo, ejecutada en 1930.

inferiores, porque todo les sorprendía y les cogía de nuevas: los tranvías, los teatros, los coches, los edificios... Error, y error tamaño; no hay por qué reírse tanto de un paleta que se asombra de ver que habla una máquina. El paleta se sorprende porque no sabe quién habla en el diafragma del gramófono; pero, en cambio, nosotros no sabemos lo que sí sabe el paleta: qué pájaro es el que habla en aquel canto lejano que nos llega del álamo del huerto, del olmo del ejido, y qué vegetal nos habla en aquellas hojas verdes que cubren el sembradío. Cada cual sabe sus cosas; cada cual ignora las suyas, y no hay por qué reírse demasiado. En vez de tanto reírse podían los madrileños haberse puesto a meditar y a preguntarse si no están ellos incurriendo en un isidrismo peor que el de los llamados "isidros".

No es grave que un provinciano—por lo general campesino—ignore lo que ocurre en la ciudad; no es lo suyo; pero es grave que en una capital de una nación europea se ignore lo que en toda capital de nación europea de rango se acepta como norma de la vida y no se mantenga el ritmo de la civilización como se mantiene en las otras.

Ya sabemos que hay otro paletismo, que es el de aceptar lo de fuera como artículo de fe, con superstición xenófila. Pero ese paletismo proviene precisamente de no vivir al día y al ritmo en que viven los otros. Los característicos timos de que han sido los "isidros" víctimas tradicionales y propicias pudieron hacer mella en los paletos precisamente por haber vivido siempre sin enterarse de nada, metidos en su larva lugareña. Los timos de la cultura europeísta—que los hay y en nosotros arraigaron—no produjeron sus víctimas por vivir nosotros al día, sino todo lo contrario, por vivir retraídos y echándonos de listos y de estar de vuelta de todo.

Opinar se puede opinar según un criterio u otro; pero no se puede opinar mientras no se vive al día y mientras están los demás cumpliendo con deberes que nosotros no cumplimos y que nos corresponden. Tenemos a la vista publicaciones de Bélgica, de Holanda, de Francia, de Inglaterra, de Alemania; en todas ellas se habla del "español" Gargallo. Se reproducen obras del "español" Gargallo... "Español" por aquí, España por allá... Repercutiendo en España y para España los honores suscitados por Gargallo. Y este hombre que así comenzó desde que tenía veinte años a conquistar para España motivos de encomio y honores ha tenido que morir, a los cincuenta y tres años, y ha tenido que estar el Museo civilizadamente dirigido para



Pablo Gargallo en su taller de París.

que viera Gargallo—"el otro Pablo", como se le ha llamado, recordando que Picasso es también Pablo—reunida su obra en Madrid, en la capital de esta España que, honrada por estos Pablos, ni del uno ni del otro se había ocupado jamás en lo que llevamos de siglo.

¿Y las obras de Gargallo? Las obras de Gargallo están ahí: claras, sentidas, sencillas, originales y bellas. De ellas hemos hablado en otra parte y de ellas hablaremos en CIUDAD; pero hay algo que en plena ciudad debe ser dicho a gritos y ante todo: que esta-

Arte y Vida por

Manuel Abril

PABLO GARGALLO, EN MADRID

mos dejando a Europa que nos encumbre y festeje los valores que nacieron en España; que estamos siendo ante el mundo como la madre o el padre que abandonan a sus hijos por ahí, a la misericordia del ajeno, y luego, cuando el hijo se salvó, cuando el hijo se hizo célebre, se acuerdan los padres del hijo y re-



"Arlequín flautista", Pablo Gargallo, 1931.

claman como padres la participación en los elogios, cuando no en tal pensión o en tal herencia.

Ahora hablemos un poco de Gargallo.

¿Qué son estas esculturas del catalánaragonés Pablo Gargallo? ¿Qué son estas esculturas en las que recorta el metal o forja el hierro para construir un garabato que después resulta ser un Picador, Mare Chagall, un Profeta, Greta Garbo?

Técnicamente, Gargallo proviene de los rejeros, de los forjadores antiguos, de aquellos artesanos de otros tiempos—artesanía de oficio y artesanía de arte—que retorcián el hierro para con él formar grifos, hipocampos, hojarascas y floripondios. Estética, retóricamente, pertenece Pablo Gargallo al gremio de los grandes metafóricos.

Las esculturas singulares en metal son metáforas en hierro, en cobre, en bronce. La metáfora plástica, lectores, no es otra cosa que la personificación del garabato: la comprende el himeneo, el desposorio del arabesco y la idea. Una rúbrica es un trazo; pero puede ser un látigo. Si la rúbrica es un látigo, es que el trazo se ha hecho metáfora. El 2 es un garabato; el 22, una cifra; pero el 22, para el pueblo—intuitivo y



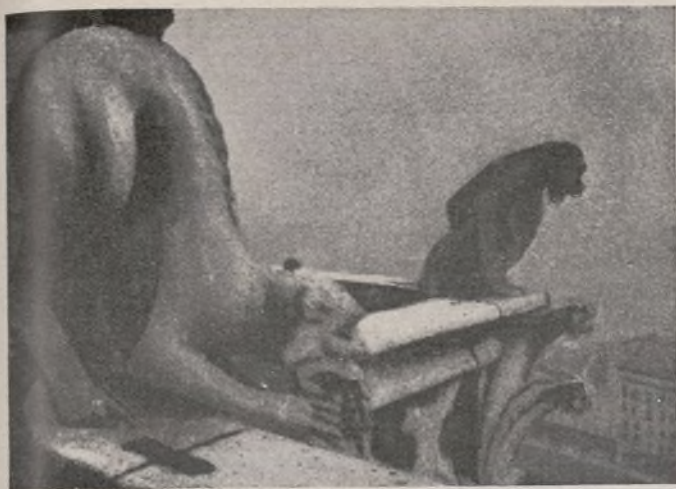
"Urano", bronce de Pablo Gargallo.

artista, por tanto, y, por consiguiente, metafórico—, es también "los dos patitos". Cuando los doses se alinean y bogan como patos, como cisnes, por las aguas fabulosas de la fantasía popular, es que el trazo en-corvado en forma de "ese" quedó por obra del arte convertido en expresión poética: metafórica.

Es una cifra, es un guarismo; al trazo se le añade propiamente, cuando pasa a ser un dos, un sentido segundo, pero éste no metafórico; cuando el pueblo le llama al 22 "los dos patitos", añade al nuevo garabato una metáfora. La ondulación de la línea, que comenzó por ser línea y simple ondulación, simple cadencia, se ha convertido en alusión e insinuación; ha nacido a nueva vida... El 2 será ya otra cosa; será un 2, además de ser un 2, será un patito; y el patito, además de ser patito, será un 2. El mundo se ha enriquecido con el apareamiento fecundo. Alguien, no sabemos quién—francés, sí, desde luego—, ha podido decir de los cisnes que son "la inteligencia de la línea". Inteligencia en francés, para un francés, tiene un sentido sensible y no solamente abstracto. La inteligencia es el don de una mente sensitiva. Cuando el cisne no es cisne solamente, sino que, además, es línea, y esa línea es, además, inteligencia, es que se ha realizado otra vez el desposorio antedicho: la idea y el arabesco se han unido. La inteligencia y el trazo han formado la unión indisoluble. La línea es inteligente y la inteligencia, además, también encarna en línea.

Así, el forjador Gargallo retuerce hierros, alobea cobres y caracolea líneas a capricho, con juego de fantasía; pero añade a la curva la metáfora; convierte la línea en esquema, en cifra del personaje y reduce a su más mínima expresión—a su expresión reconcentrada, por lo tanto—, lo que así resulta después Picador, Violonchelista, Greta Garbo, Apóstol, Saturno...

En otras obras, Gargallo, en vez de ofrecer la esquemática cifra del tipo, recubre de carne y hueso, cuando trabaja en el barro o en el yeso, lo que sólo se queda reducido a sinopsis lineal cuando trabaja metales. Entonces el aspecto de las obras carece de originalidad aparente; pero la originalidad va por dentro. Sobre todo en ciertas obritas—pequeñas de tamaño, grandes en fuerza expresiva—, como la "Segadora", el desnudo de mujer en barro rojo y las "Portadoras de cántaros", el arte se consigue con medios menos singulares, pero con la misma eficacia. En cambio, en otras figuras, como la mujer con el espejo, un hombre en escayola y algunas otras figuras, el autor no se expresa en su idioma propio y no dice absolutamente nada que tenga interés artístico ni aun interés escultórico.



SENSACIONES PARISIENSES El discurso de las quimeras

Por EDUARDO AVILÉS RAMÍREZ

de filosofía demoniaca. Otros ríen; otros amenazan; otros observan; otros sueñan; otros gesticulan; otros espían los movimientos de los hombres, abajo.

La ciudad se ha transformado. Ha nacido la luz eléctrica, el automóvil, el tranvía, la radio. Las calles son ya pistas blancas de cemento armado o pistas negras de alqui-



trán. El traje de los parisienses no es el mismo de los parisienses del siglo XIII, en que ellas nacieron. Pero las quimeras siguen guardando la Catedral inmutablemente, con pasión y testarudez graníticas.

¿Lo que dicen las quimeras? Tengamos por un momento oídos sutiles para oír, como pedía Jesús. Las quimeras de Notre-Dame predicán algo que se parece a la filosofía de la Historia. Testas coronadas, revoluciones, procesiones, hambres gregarias, carnavales, cabezas cortadas, asedios exteriores, claudicaciones interiores, noches de pánico, días de triunfo: todo se sucede en la memoria de las quimeras. Es la historia formidable de un pueblo lo que dicen sus discursos sin voz. Es una canción de gesta, retumbante y magnífica, llena de altibajos dramáticos. Las quimeras vieron desfilar, abajo, los personajes más diversos. Contemplaron la Corte de los Milagros y la gorguera almidonada de los Valois. Vieron el entierro de los últimos Capetos y el matrimonio del hugonote Enrique IV. Asistieron, desde sus sitials inaccesibles, a la rebelión de los miserables y al triunfo de los poderosos; a la consagración de los Orleáns y a la comedia de los Luises. Parapetadas en lo más alto de las torres, como los vigías en lo más elevado de los barcos de vela, las quimeras asistieron, impasibles, a la tragedia de la "place de la Grève" y al advenimiento glorioso de la República. Víctor Hugo subió hasta ellas, un día de 1831, a fin de contemplar la gran ciudad histórica, capital intelectual de los bárbaros de Occidente, y describir su paisaje montañoso y complejo, amasado con lágrimas y con júbilos, con idilios y con rugidos.

Como los vigías en lo más elevado de los barcos de vela. Porque, en efecto, la isla de la Cité es un barco. La proa remonta incansablemente el Sena. Un día romperá las amarras de los puentes que la retienen, y se irá, tesoro vagabundo, quién sabe hasta dónde. Se irá con su Catedral y sus quimeras. Será un barco fantasma más. Un barco trabajado con materiales del Medioevo, cargado de tesoros, enriquecido de filosofía, pesado de símbolos, bruñido de poesía épica, poblado de fantasmas y de héroes antiguos, con la cruz de Cristo en el árbol mayor.

Mientras tanto, las quimeras de Nuestra Señora siguen haciendo de centinelas. Ellas conocen la ciencia sutil de la radio, reciben todos los mensajes, escuchan todos los despachos cifrados y ven, con ojos radiográficos, las imágenes que transmiten el beligráfico y la televisión. En la noche, la torre Eiffel, como una peripatética rastacuera, nacida ayer solamente, endiamantada de luces artificiales y estirada como millonaria americana, hace el reclamo de una marca de automóviles. "Citroën!", grita cada diez minutos. "Seis ci-



lindros!"... Las quimeras no se toman ni siquiera la molestia de sonreír; pero yo sé—ellas me lo han dicho!—que desde el fondo de su espiritualidad medieval, desprecian esa torre, demasiado altanera para ser sensata, demasiado gritona para ser poética, demasiado jactanciosa para engendrar estados de alma eternos.

Un día subió hasta ellas un poeta de América. Tenía manos de marqués y nariz de indio nagrandano. Su alma era una rara mezcla de viejos palenques y de trianones dieciochescos. Reclamaba para sí la gesta de los caupolicanes ("anduvo, anduvo, anduvo...") y bebía los filtros artificiales de Verlaine.

—Vengo—les dijo, sin siquiera desplegar los labios—, a traeros un mensaje de las águilas y de los cóndores, vuestros hermanos. Las águilas reinan en la parte Norte de mi gran patria y se posan en los cactus con una serpiente en el pico. Los cóndores, que reinan en el Sur, guardan la tradición de la raza autóctona y vigilan los desfiladeros abruptos de la cordillera, como símbolos teogónicos. Las águilas y los cóndores son las quimeras americanas...

Las quimeras de Nuestra Señora—lo contaba el mismo



Rubén Darío, o, si no lo contó, debió haberlo contado—le respondieron, con su lengua silenciosa:

—¡Ojalá aquellas águilas y aquellos cóndores sean más activos que nosotras! La sangre de una quimera debe ser cálida e inflamable. Nosotras guardamos una religión que no es nuestra, mientras que las quimeras vivas de América guardan la religión activa de la patria, que es la suya. Ve y diles que nosotras retornamos su mensaje lírico y que las envidiamos, porque el combate suyo es material y el combate nuestro es apenas simbólico y decorativo. Nuestra filosofía está hecha de silencio y quietud, mientras que la batalla de nuestras hermanas de América es más hecho material que ficción poética, más cristalización que lirismo, más áspera verdad que grito literario...

(Y ése fué el discurso de las quimeras.)

París, 1935.



la Catedral de los monstruos que pudieran asaltarla. ¡El espíritu se defendía con armas prohibidas! Se empleaban seres fatídicos para guardar de los seres fatídicos el tesoro de la Catedral. Redundancias monstruosas y cristalinas, nacidas del *moyen-âge énorme et délicat*, para decirlo con Verlaine.

Yo he subido cien veces a las torres de Notre-Dame. El espíritu de Claudio Frollo, el Arcediano, me acompañó en la evocación minuciosa y silenciosa. Personajes novelescos y personajes históricos—unos, de sueño; los otros, de carne y hueso—se reúnen allí, desde el *Angelus* que bendice las primeras sombras hasta el *Angelus* que recibe las primeras claridades. Junto a Quasimodo deambula Felipe el Bello. Las quimeras, inmóviles, hacen guardia y dicen un largo discurso. ¿Qué dicen en su lengua muda las quimeras? Hay monstruos pensativos que abren al aire libre un curso



"To be or not to be: that is the question"

TEXTO Y DIBUJOS DE SANCHA



Apunte del Hospital de La Latina, a que se refiere Sancha.

A la plaza de San Francisco, de Málaga, han venido a vivir nuevos vecinos. «Es una familia de Madrid», se decía entre los antiguos inquilinos de la plaza.

¡No ocurrían tantas cosas en la soleada plaza de San Francisco para que este acontecimiento no fuera algo trascendental! Todos los vecinos vieron llegar los muebles de los fo-

lo sabe el cronista espontáneo de esta historia, doña Dolores contestó a doña Rosario con su tarjeta y la de su hijo correspondiendo a las amabilidades recibidas, y ya, sin más preámbulos, doña Rosario se decidió a visitar a sus nuevos vecinos madrileños.

El salir de casa doña Rosario para una visita de cumplimiento no era una sencilla labor, porque doña Rosario no salía a la calle más que los domingos y fiestas de guardar, pero eso lo hacía siempre de trapillo y muy de mañana. Pero la visita a doña Dolores adquirió todos los caracteres de un acontecimiento. Desde muy temprano, en la mañana del mismo día, estuvo doña Rosario trajinando por toda la casa; se lavaron mitones, se sacaron joyas de la cómoda, que a pesar de estar todas en sus cajas y envueltas en papel de seda les quitó el polvo minuciosamente con una piel de ante. Se abrieron varias veces los cajones de la cómoda de su cuarto y un olor a carambuco embalsamó todo el ambiente de la habitación. La cómoda de doña Rosario, aparte de lo que encerraba en sus cajones, a los que nunca tuvo acceso la curiosidad de su nieto, pues el orden de doña Rosario no lo permitía, tenía encima, a la vista de todos, muchas cosas notables. Había un San Antonio, con una vara de azucena en una mano, y en la otra, sentado en la palma, en una postura bastante incómoda por cierto, al Niño Jesús, que estaba sentado precisamente encima de un pinchito que le salía de la palma de la

mano al santo bendito. Estaban vestidos con ropas de verdad y cada uno tenía un nimbo de plata, que también se ajustaba a las respectivas nuca con un trozo de alambre.

Cubría el grupo una urna de cristal.

Había también sobre la cómoda, en un pequeño trípode, un retrato del Papa que en la época de doña Rosario regía al orbe católico: era Pío IX, y no era fácil descubrirlo porque el retrato estaba hecho por el procedimiento de Daguerrotipo. Dos floreros de cristal, con flores artificiales, completaban el adorno de la cómoda de doña Rosario. Había por encima de la cómoda, en la pared, un espejo ovalado y mirándose en él doña Rosario se puso la mantilla para ir a visitar a doña Dolores.

Era doña Dolores de una ilustración nada común, con una gran pasión por la música. Su marido había pertenecido al Cuerpo de Archiveros bibliotecarios de la Biblioteca Nacional, y en su familia había habido editores y literatos. Del apellido de su marido hemos encontrado unos pergaminos: una certificación. Despacho de Armas librado a nombre de su marido por el Rey de Armas de S. M. (Q. D. G.) Doña Isabel II en el año 1853, en donde se explica el origen del muy esclarecido linaje (así dice el documento) del noble apellido de su marido, que tuvo su primitivo origen en los Caballeros Godos. Pero no debía dar su hijo mucha importancia a estas cosas, cuando de esos pergaminos, tuvo por la primera vez noti-



rasteros, y las criadas salieron hasta la mismísima calle a presenciárselo; los señores, más prudentes, lo observaron todo por entre las persianas.

Son de Madrid; ella es una señora viuda. Todo lo habían averiguado ya las criadas de la vecindad.

La casa que habían tomado estaba en la acera donde se estacionaba la parada de coches; y, claro, lo que no habían averiguado las criadas por su cuenta lo habían sabido los cocheros, y éstos lo contaban a las criadas. Tenía un solo hijo, que vino a vivir con ella; un hijo con carrera: era Ingeniero de Caminos; esto lo había averiguado el cartero, que se lo contó a uno de los cocheros de la parada, y se supo enseguida en toda la vecindad; doña Rosario, que ni era chismosa ni se metía en nada de lo que pasaba en la plaza de San Francisco, no tuvo más remedio que enterarse, y con toda la buena acogida que en Málaga se dispensa a los forasteros, envió su tarjeta, con la de su marido, a los recién llegados, y la suya respaldada (esto tiene mucha importancia en una tarjeta): en ella se ofrecía incondicionalmente.

Doña Dolores, que así se llamaba la madre del Ingeniero, que aún no lo habían sabido los cocheros de punto, pero que



cia de ellos el cronista de esta historia en ese desbarajuste de cosas que salen en una mudanza.

Doña Rosario no poseía la cultura de doña Dolores, pero sí un gran talento natural y una bondad tan grande, que cautivaba.

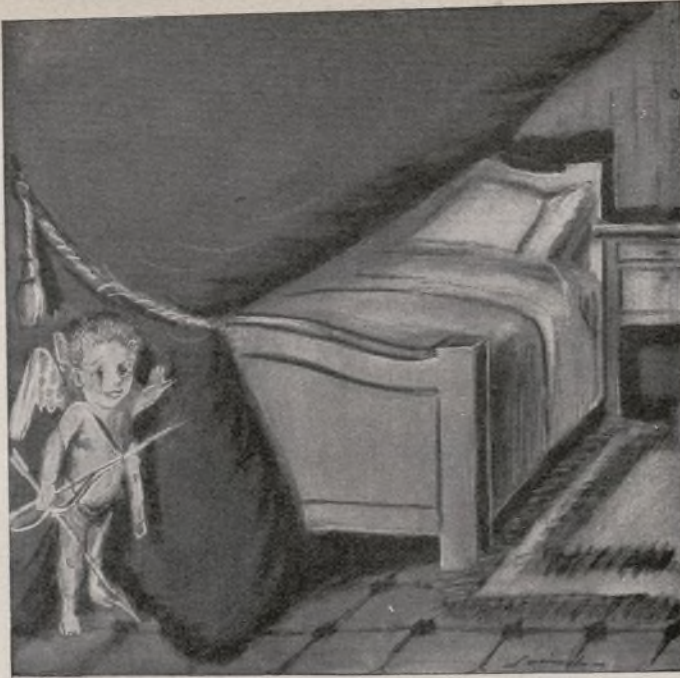
Así lo comprendió doña Dolores, y desde el día de su primera visita quedaron amigas para siempre. Doña Dolores habló, desde luego, de música en su primer encuentro con doña Rosario, pero doña Rosario, de música, no abarcaban sus conocimientos más que a la «Cachucha», que había oído de soltera en Cádiz, y alguna vez le había oído tararear a su nieto aquello de: «El alaboso Murat, engañó al pueblo inocente.»

A Málaga iba a ir una Compañía de ópera y el tenor era nada menos que Tamberlick. Doña Dolores propuso a doña Rosario el abonarse juntas, pero doña Rosario no se decidió y propuso que se abonase su hija con doña Dolores y su hijo, el Ingeniero de Caminos.

El Ingeniero, hijo de doña Dolores, debió terminar la carrera hacia el año 1868. Y, además de la pasión por las matemáticas, tenía la del dibujo, y como muestra de ellos hecho dentro del tipo que en la Escuela se exigía, publicamos uno de ellos: tiene el gran interés de ser hecho del natural con gran sinceridad, de monumentos que ya no existen en Madrid, como es el Hospital de la Latina y la Casa de Cisneros; el dibujo que publicamos es anterior a la restauración.

Llegó el día de la inauguración de la ópera en Málaga, y ocupando tres butacas estaban de tiros largos: doña Dolores, la hija de doña Rosario y el Ingeniero de Caminos.

No tiene el cronista de esta verídica historia datos concretos de la impresión que al Ingeniero pudo hacer desde el pri-



mer momento la hija de doña Rosario, pero sí de las consecuencias posteriores, de las que se reserva el derecho de juzgarlas, y tal vez, a ser sinceros, hubiera preferido que la gripe o el dengue, como se llamó por entonces, hubiese atacado a Tamberlick y el abono hubiese tenido que suspenderse,

porque las consecuencias fueron fatales. Conserva el cronista en sus recuerdos unas aleluyas del Ingeniero: en la que dice así:

*Resulta que se ha abonado
la hija de Curro, a su lado.*

Curro, claro, es nuestro Frasquito, cazador de perdices, y otra segunda:

*Y para que ella lo vea
se distrae y coquetea.*

Y Tamberlick, cantando aquello de:

—Matre infelice, coro a salvarte...

tan ajeno a lo que estaba ocurriendo en el patio de butacas, pues qué cosas no debieron ocurrir cuando hay otra tercera aleluya que dice:

*Aquí llega la ocasión
de que se corra el telón.*

Porque, claro, el Ingeniero y la hija de doña Dolores se casaron, y lo que el telón de la aleluya iba a cubrir era la cama nupcial, y al año de esta boda un periódico local daba la siguiente noticia de sociedad:

«La esposa de nuestro querido amigo el ilustre Ingeniero de Caminos, Don S. M. de S., ha dado a luz con toda felicidad un hermoso niño.»

¡Pajolero niño!... El niño creció, claro, estaba hecho un hombrecito, y como había visto dibujar a su abuelo, pintar a su tío y dibujar y proyectar a su padre, los chicos, ya se sabe, lo que ven en casa, no aprenden nada bueno..., salió dibujante.

CON EL MEDICO

Cómo han de rezar los niños

Por el Dr. FERNANDEZ-CUESTA

La ingratitud del mundo y el concepto que de nosotros formen los demás nunca podrán privarnos de la íntima felicidad a que tenemos derecho, si hemos obrado con arreglo a los principios que la higiene aconseja en bien de la Humanidad.

GOLDSMITH.

Rezar significa para el niño algo más que rendir culto a la religión cristiana. No hay nada más preciso ni más precioso en su educación moral e intelectual que esas oraciones que aprenden de labios de su madre entre besos y palabras de acendrado cariño. Ellas arrojan la primera luz en su espíritu, grabándole la noción del bien, haciendo comprender lo abominable del pecado; hablan al alma en su propio lenguaje; buscan las más ocultas fibras sentimentales; tocan los más delicados resortes; sorprenden la voz misma del pensamiento en el fondo del corazón, dándole allí vida, lozanía e indefinible hermosura.

Esta sencilla gimnasia a que se somete la palabra y la inteligencia contribuye también al desarrollo y progreso de sus facultades intelectuales; la concepción de palabras para él nuevas, y el natural deseo de saber, que le lleva a inquirir constantemente su significado y concepto, hacen que, sabia e higiénicamente dirigido el rezo, una oración por sí sola baste para educar moralmente a un niño y preparar su cerebro para recibir la educación científica que después haya de dársele.

Al desarrollar el concepto de la oración y desenvolver una por una las palabras que lo constituyen, para analizar primero su absoluto significado y el de relación después, ¡cuántas cosas puede enseñar una madre a su hijo! A su antojo, podrá irle preparando para el continuo batallar de la vida, y mejor que de su cuerpo, si quiere, podrá disponer de su espíritu.

Es importante, es necesario que el niño rece; pero es indispensable también que el pequeño aprenda y sepa rezar, porque en su alma habrá ráfagas de luz, trombas de fuego y claridades serenas y celestiales, ya que en este soplo divino que nos alienta cabe el infierno con todos esos horrores que nos cuentan y el cielo con su azul, sus estrellas y sus serafines.

Pero no es sólo higiene espiritual y mística lo que el rezo necesita para que cumpla su verdadera misión: le es preciso, igualmente, higiene científica, tangible y práctica, que evite los males del cuerpo.

Insisto. El niño debe rezar, aprender a rezar; pero necesita saber rezar.

¿Dónde? ¿En qué momento? No olvidéis que es un médico quien escribe, atento sólo al punto patológico. Tenedlo presente en cada línea de estos destartados garrapatos, porque la respuesta a las interrogantes planteadas han de ser reflejo fiel y exacto de la íntima convicción de nuestras arraigadas creencias acerca del enorme valor de la higiene en todos los actos de la vida de un niño.

Ha de rezar en el ejemplo de sus mayores, en la santidad de un hogar honrado y en la práctica de las buenas costumbres; otra cosa es una lamentable equivocación, moral e higiénicamente considerada, y, desde

luego, por encima de todas las cosas, etiología de graves males y origen de funestas consecuencias.

Un niño de pocos años, en una iglesia, en esa fase de su desarrollo en que todo es receptibilidad y delicadeza; un niño bajo el peso enorme del aparato sorprendente del templo, me hace idéntico efecto—desde el foro médico y la mira higiénica que consideramos este interesante problema que esbozamos aquí—que un niño en el teatro. No apruebo ninguna de las dos cosas.

Me explicaré. Que no trato—nada más lejos de mi ánimo!—de herir susceptibilidades, ni menos penetrar en las ajenas convicciones, todas respetables. Nada de eso. Un médico escribe, y como tal, mueve la estilografía por las cuartillas.

No hablemos de la antihigiénica pila del bendito líquido, vehículo evidente de contagio, y donde introducen los dedos sanos y enfermos. Aquellos, por cumplir un santo precepto; éstos, para unir al rito el deseo del restablecimiento o el alivio a los males que los médicos “no saben curar”.

Ya en el interior de la mansión sagrada, el niño ha de estar quieto, cohibido, porque todo aquel aparato de gente le sorprende; la variedad de luces caprichosamente colocadas y en oscilante movimiento le deslumbran; la atmósfera, densa, con efluvios de ardientes respiraciones; el intenso olor a cera; el aroma y humo del incienso; el murmullo de las oraciones, repetido por muchos en voz baja y temblorosa, formando un zumbido palpitante; el oro y la seda de las colgaduras; el misterioso roce de los vestidos; los fantásticos y rutilantes efectos de luz al atravesar las vidrieras de colores; la música, que se derrama desde el coro; los cánticos, que parecen salir alternativamente del fondo de la tierra o de las alturas celestes, le arrastran y fascinan por todos los sentidos, excitados a un mismo tiempo.

Y esta persistente hiperexcitabilidad a que se halla sometido el cerebro del niño, ¡de cuántas enfermedades puede ser causa!

Para ti, madre, están escritos estos renglones. con mi deseo, si llegas a leerlos, atiendas lo que, con la más cristiana intención, fe y médico convencimiento, dicta su destartada prosa.

No olvidemos que si las flores, al sólo contacto del aire, se doblan y marchitan, la vida de los niños, al igual que aquéllas, representa los sentimientos más íntimos, los que por proceder de la delicada sutileza de sus finas mallas vivirán ocultos entre los escondrijos de su frágil economía.

La plácida armonía, las ideas que inundan el alma con su encantadora ingenuidad y despiertan de manera insospechada pensamientos de comprensión y auténticas realidades, los vagos delirios y los recuerdos inefables constituyen el fisiologismo del niño en su desarrollo.

Tergiversar lo que es función natural de su desenvolvimiento, es buscar, a sabiendas del mal que hacemos, la desviación hacia la patológica sintomatología, y marchar, con seguridades de hallarlo, en pos del padecimiento que ha de sufrir el niño en su íntima constitución y en lo hondo de aquel equilibrio que integra el estado de salud, suprema aspiración de la Humanidad.

Y alrededor del cual debe girar la temporal existencia de la vida.

LA TELEVISION

¿Qué es la televisión para el gran público? ¿Es una ciencia, un arte o una industria? La televisión es, apenas, una invención, un experimento divertido de física. Todo el mundo está pendiente de ella, puesto que ya está a punto de funcionar, de revolucionar toda la industria del film, todas las conquistas del micrófono. La televisión va a empezar sus primeras distribuciones públicas y regulares de imágenes en Londres. Hace tres años que nos la están prometiendo, y los impacientes exigen que les sea dado admirar enseguida, desde su domicilio, los tenores empuñados de la ópera, el combate de Marcel Thill contra Pladner, las tiples del Music-Hall.

Otros se preguntan con angustia si la televisión va a traspasar las paredes y a divulgar «secretos de alcoba»... Cierzo que son ingleses los que piensan así, y es preciso recordar que las leyes inglesas sobre el atentado al pudor no se cohíben de escrúpulo alguno sobre la hora y el lugar. Pero el ministro de Comunicaciones del Reino Unido ha tranquilizado personalmente a las gentes. La televisión no hará descender los cerrojos.

He aquí algunas líneas de explicación técnica, pueril y honrada:

Hace mucho tiempo que se habla de la televisión. Su primera conquista fué la transmisión de documentos gráficos (fotos de los criminales, de accidentes, de atentados, de cartas escritas). El belinógrafo, que funciona con entera satisfacción de los grandes diarios ilustrados y de los aficionados grafólogos es, sencillamente, una faceta de la televisión.

Sólo faltaba transmitir la imagen en movimiento. Era preciso que sobre la pantalla de nuestro televisor, como sobre la del cinema, se sucediesen en segundos un cierto número de imágenes completas. En la televisión cada imagen está compuesta de una serie de puntos transmitidos uno tras otro.

¿Cuál es el origen de ese punto?

Corresponde al diámetro del rayo luminoso, con el cual se explora el motivo que se ha de transmitir. Por lo tanto, cuanto más rápida sea esta exploración, tanto más densa, más extensa, más verídica será la imagen.

¿Cómo se obtiene esta rapidez indispensable, que con grandes equipos de buscadores ingleses, franceses, alemanes y americanos procuran acelerar?

Con el empleo de ondas cortas. Para transmitir música basta con modular la onda herziana 10.000 veces por segundo. Todos los agudos pasan.

¿Y la palabra?

Se conforma con una «frecuencia» de 5.000 periodos por segundo. En televisión se necesitan 150.000 a 300.000 periodos si se desea conseguir una imagen comparable a las de un buen film de aficionado. Entre siete y veinte metros se efectúan los solos experimentos legibles de televisión, sin neblinas, sin flous, sin imágenes porosas y granuladas.

¿Qué se precisa para poner en práctica la televisión?

Estaciones nuevas, un gran desembolso de capitales y un amplio movimiento de confianza oficial. Inglaterra ha dado el ejemplo. El Reino Unido invita a sus técnicos a llevarlo a cabo, reuniendo los millones necesarios, y hace quince días sir Kingsley Wood anunciaba oficialmente en la Cámara de los Comunes el advenimiento de la televisión. La British Broadcasting dispondrá de 15 millones. La estación se alzará el otoño próximo sobre el sitio más alto de los alrededores de Londres, pues es necesaria una cierta altitud. Los fabricantes están preparados. Receptores de televisión—cuya parte principal está constituida por el tubo de rayos catódicos—serán lanzados por el comercio desde el mes de octubre.

La B. B. C. prepara ya una lujosa organización de programas. Se invertirán otros 15 millones; la mitad serán aportados por la misma empresa, y la otra mitad por el tesoro británico. En los estudios se montarán operetas, «sketchs», revistas, intermedios de circo. Se proyectarán grandes films, que serán retransmitidos. Los teatros, los rings de White City, las reuniones pacíficas o tumultuosas de los señores Mac Donald y Lloyd George, los bailes de gala, etc., serán distribuidos a domicilio a los felices londinenses en una pequeña pantalla de veinte centímetros por quince.

¿Milagro? ¿Revolución? No. Sencillamente un esfuerzo de la inteligencia y de la tenacidad británicas. Se dice que la industria del cinema tiembla ante el acontecimiento del «telecinema», final lógico e inmediato de la televisión. Como si la radio hubiese matado al teatro y a la música y no sacase infinidad de recursos de ambos. La televisión no reemplazará a la pantalla, «ese teatro de la piel», como le definía Jean Epstein.

Ayuntamiento de Madrid



LA PLAZA MAYOR

Por MARIANO DE ALARCON

A D. Rafael Salazar Alonso, alcalde de Madrid

Algunos diarios madrileños han publicado artículos de distinguidos técnicos de la arquitectura sobre la necesidad de la reforma de la hermosa Plaza Mayor y la manera de llevarla a cabo.

Ninguno de los que han opinado sobre el asunto ha presentado una solución definitiva del problema, ya que lo más importante de éste no es el cómo ni el porqué de la reforma, sino el para qué de la misma.

La primera consideración que se viene a la mente es la de que la Plaza Mayor es una pieza única en el mundo, si así puede decirse, por su amplitud, señorilidad, justeza de proporciones, sobriedad de líneas, todo lo cual exige, como es lógico, conservarla con el máximo respeto a su carácter, adaptándola, no obstante, a las necesidades de la vida moderna.

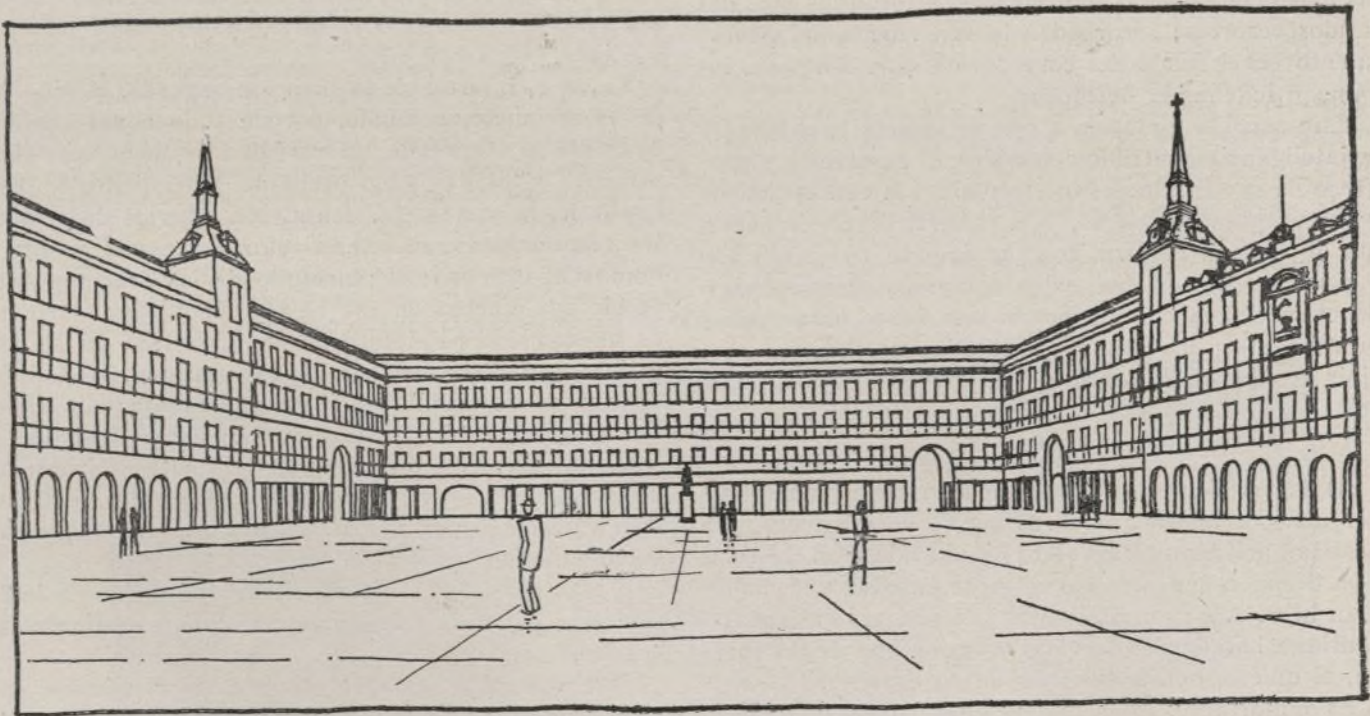
Tal adaptación obliga a suprimir en absoluto toda circulación que no sea puramente humana, de peatones. La plaza no será la joya arquitectónica que está llamada a ser mientras no se pongan de realce sus valores, y esto no cabe lograrlo más que librándola de una vez para siempre de toda circulación rodada, lo mismo de vehículos de tracción animal que de tracción mecánica. La Plaza Mayor ha de ser, en este respecto, como la de San Marcos, de Venecia, sólo para disfrute—usando este vocablo en todo su valor—de las personas, sin artefacto alguno que les corte el paso ni pueda atentar contra el placer de deambular o vagar sin entorpecimientos.

Y si ha de ser así, parece necesario convertirla en un verdadero salón, si bien público y abierto. Para lo cual obligadas han de ser la reforma de su piso, la supresión de su arbolado—todo el arbolado—y la remo-

ción a otro lugar de la misma plaza de la estatua ecuestre que actualmente ocupa su centro.

De acuerdo por completo con la propuesta de cubrir el suelo de la plaza con grandes losas de granito.

Los jardines, las fuentes y todos los árboles deben ser suprimidos, así como la verja que rodea y encierra al monumento artístico. La estatua debe ser trasladada hacia atrás, en su mismo eje y colocación, hasta que el borde posterior de su basamento se halle a unos diez metros de la línea de pilastras. De tal suerte la plaza



quedaría libre casi por completo, ofreciendo una superficie única, no interrumpida por monumento alguno y pudiendo servir para celebración de solemnidades, fiestas artísticas y populares, etc.

Las aceras deben desaparecer, no dejando más que el bordillo, que formaría el único realce sobre el piso uniforme de la plaza, rasante con la línea de pilastras.

Debe ser uniformada rigurosamente la parte alta de las casas, con lo cual la línea total del edificio—ya que podemos considerar todo lo construido como un solo edificio—ganaría extraordinariamente. Y se debiera, de forma que no atentase a la fidelidad arquitectónica, hacer en los tejados como un balcón corrido en toda la plaza, interrumpido sólo por los cuerpos de edificio contenidos entre las torres. Ello permitiría que en las fiestas en la plaza celebradas, las numerosas personas asomadas a los tejados y apoyadas en su balcón la diesen singular animación. Con sólo un metro de piso llano junto a la baranda, lo cual sería imperceptible desde la plaza, podría conseguirse tan feliz resultado;

pero ello siempre que no dañara a la fidelidad arquitectónica, la cual ha de ser, ante todo, respetada.

¿Se ha pensado bien en las fiestas y solemnidades que, arreglada de tal suerte, podrían celebrarse en la Plaza Mayor? ¿Se le ha ocurrido a alguien imaginar lo bella que resultaría la fiesta infantil del “árbol de Navidad”, construyendo uno enorme en el centro de la plaza, todo cargado de juguetes, farolillos encendidos, etc., y al pie, sobre una plataforma circular, un par de centenares de chiquillos, bien enseñados y ensayados, cantando villancicos, mientras en los balcones de todo el alrededor y en la plaza quince o veinte mil niños fijan su mirada ansiosa en el árbol y se extasían con la cantata? Pues éste es un botón de muestra, ya que fiesta tal sólo podría celebrarse con éxito en tal plaza. Y así de otras muchas, entre las cuales habrían de tener su marco apropiado las fiestas folklóricas, las representaciones teatrales clásicas al aire libre, etc. Nada de esto, que haría de nuestra gran Plaza Mayor un lugar único en el mundo entero, podría lograrse si en ella continuaran existiendo las fuentes, nada interesantes, que hoy tiene, se plantaran los jardines que algunos propugnan, siguiera en su sitio la estatua ecuestre y se permitiera la circulación de cualquiera clase de vehículos.

No es la reforma en sí lo que más puede interesar, sino tal reforma en función de la finalidad que se haya de perseguir al llevarla a cabo. Y la finalidad que aquí se expone no admite superación..., mientras no se demuestre lo contrario.

Queda por resolver la parte puramente técnica de la circulación, desviada de la plaza, y que ha de encontrar nuevo cauce forzoso por calles adyacentes.

El resto de la plaza—sus comercios, su iluminación, etcétera—habrían de sufrir una transformación radical. Todos los comercios hoy existentes y de baja categoría habrían de desaparecer. Sólo podrían establecerse tiendas de antigüedades, librerías de lujo y estampas, tiendas de cuadros y obras de arte, salones de té y restaurantes de cocina netamente española.

Los cafés llenarían de mesas y sillas grandes fajas de la plaza, y el resto del espacio, como en la de San Marcos, ya citada, que debe servir de modelo a ésta, para paseo.

Plaza única, magno lugar de recreo espiritual, de refinamiento, de señorío, es lo que, con lo aquí expuesto, podría ser la plaza Mayor de Madrid.

¡Ojalá puedan nuestros ojos así verla!

TRIUMPH

Las insuperables máquinas de escribir “Triumph” y coser “Wertheim”, de fama mundial, a nuevos precios. Cintas “ROS”. Reparaciones, piezas de recambio y alquiler de todas las marcas.

CONTADO - PLAZOS

CASA HERNANDO

Avenida Peñalver, 3 MADRID Teléfono 16057

RESTAURANT AMAYA

SERVIDO POR COCINERAS Y CAMARERAS

VASCAS

CUBIERTO SELECTO.

Plas. 6

AMAYA

C. S. Jerónimo, 7 y 9
Teléfono 13617

Ayuntamiento de Madrid

¡ADIÓS, ELKA!

Por LUIS ENRIQUE DÉLANO
UNA FIRMA CHILENA

DIBUJO DE ARTECHE

—Con esto—pensó Rafael—tengo suficiente para hacerle una escena. ¿Por qué se me ocultan a mí estas cosas?

Cogió de nuevo el recorte de periódico y las cartas. Ya conocía muy bien, demasiado bien, su contenido. Gracias a su lectura, la vida de Elka adquiriría para él su verdadero significado. Ella tenía relaciones con un delincuente.

—¿Por qué, pero por qué me lo ha ocultado tan cuidadosamente?—se preguntó Rafael con un poco de despecho—. ¿Acaso no tiene confianza en mí? ¿No le he demostrado verdadera amistad?

No pudo, tan abstraído como estaba, sentir un rumor de pasos que venía de fuera. Cuando la puerta se abrió bruscamente, aquellos papeles se agitaron en sus manos como palomas ávidas de volar, y una suerte de rubor coloreó su rostro curtido.

Elka, que era la recién llegada, se precipitó para arrebatársele los papeles. Pero una rápida mirada sobre su amigo la convenció de que aquel movimiento era absurdo, tan inútil como los coletazos de un pez que ha mordido el anzuelo cruel. ¿Para qué?

—¿De modo que hasta mis papeles privados se me registran!—gritó con violencia—. ¿Te crees que no puedo guardar nada para mí sola, sin que tengas que entrometerte? Después de esto hemos terminado, Rafael. ¡Márchate! Si quieres explicarte—agregó—, hazlo pronto. ¡Pero debes saber que desde ahora todo ha terminado entre nosotros!

—¿Explicarme?—dijo Rafael tristemente—. No tengo nada que explicar, y me marcharé, como deseas. Yo también quiero irme, después de esto.

—¿Pero quieres decirme qué es "esto", por favor?—preguntó Elka con voz exaltada—. ¿Cualquiera pensaría que soy culpable de un crimen! ¿Qué quieres decir?

—Nada. Tú sabes... Estás en relaciones con un ladrón... Bueno, con un presidiario. Me parece que eres tú quien debe explicarse.

—¿Yo? Es gracioso...

Elka se había calmado, con algo de fatiga. Ya no brillaba en sus ojos alargados, mongolizados por el lápiz, esa expresión dura y decidida de los primeros momentos. Su boca había recuperado la dirección normal en su rostro puro.

—¿Yo explicarme? Pero, dime, Rafael, ¿me pediste esas explicaciones cuando nos encontramos por la primera vez? ¿Te preocupaste entonces de averiguar si era yo una mujer decente o una aventurera? Claro, aquella noche tenías hambre y frío, y una mujer te ofrecía su mesa y su lecho. ¿Qué más? Nos vamos con la mujer. No sabemos siquiera su nombre, pero nos está protegiendo. Claro, ahora ha pasado el invierno, llega la época en que los marinos encuentran contrata y nuestro corazón está contento. ¡Vamos entonces haciendo recriminaciones! ¿Que de dónde vienes? ¿Que cuáles son tus relaciones? ¿Cómo cambian los tiempos! ¿Verdad, amigo mío?

—Sí—dijo Rafael con amargura—. Cambian los tiempos. Pero tú me has juzgado en forma equivocada...

—¿Cómo! ¿No he dicho la verdad, acaso? ¿He exagerado? Hace cuatro meses nos conocimos, Rafael. Recuerdo perfectamente. Hacia el lado de la bahía soplaban un viento feroz. La lluvia golpeaba las mamparas del "Cielo Azul", el café en que me encontraba esa noche. ¿Necesitaba yo de ti? No, ¿verdad? Yo bebía tranquilamente mi "whisky" caliente cuando tú entraste. Para que veas que la memoria no me falla, te diré que estabas calado hasta los huesos. Chorreaba el agua de tu gorra. Te sentaste a una mesa, y cuando se acercó el muchacho a preguntarte qué beberías, sacaste dos monedas del bolsillo y pediste cerveza. Yo te estaba mirando, y te juro que leía claramente en tu expresión tu monólogo interior de aquel instante: "¡Diablo! Con el frío que hace bebería de buenas ganas algo caliente. Pero no tengo sino unos céntimos. ¡Qué desgracia!"

¿Recuerdas lo que ocurrió después, Rafael? No creo que lo hayas olvidado. Pero, en todo caso, yo podría refrescarte la memoria. Te hice señas de que fueras a mi mesa, te invité a tres o cuatro "whiskys" calientes y puse a secar tu gorra junto a la estufa del "Cielo Azul" ¿Es cierto o no?



Sentado en una silla baja, junto al mueble cuyo cajón abierto conservaba todavía las huellas de la investigación, Rafael asentía con la cabeza, suavemente.

Discepolo y Tania nos traen la embajada del alma porteña

En un "cine" de la Gran Vía han abierto su caja de caudales emotivos Discepolo y Tania. La abrieron con sencillez, sin posturas de gran espectáculo; el valor de su arte no reside en la aparatosisidad, sino en el contacto espiritual que los liga enseguida con el público, y más que con el público, como bien dijera Discepolo al presentarse, con los amigos de las butacas. Porque ellos no han venido en gira de negocios y en busca de palmas, han llegado como conocidos que vienen a agradecer viejos favores otorgados por la aceptación de Madrid a los tangos de Discepolo.

Discepolo, compone; Tania, interpreta. Discepolo crea los motivos musicales que resumen el fondo espiritual de la gran ciudad argentina: Buenos Aires, y Tania les da vida al emitirlos con la emoción que el corazón de cada porteño produce la música nativa.

Uno trabaja para el otro, y ambos viven consagrados a un arte popular que ya no es sólo argentino, sino universal. La música es el gran arte sin contornos que vuela y se difunde sin limitación, y la música popular es la canción de los pueblos que va llevando a los otros su posición en la vida. Optimista la música norteamericana, nos habla de un impulso titánico; honda y alegre, pausada y rápida, las canciones de España muestran al mundo, en sus diferentes valores regionales, la gran fuerza espiritual del pueblo. El tango no es música argentina: es la canción de Buenos Aires, de la ciudad que amalgama a todas las razas del mundo para ir preparando una recia nacionalidad. Por eso, Discepolo es hijo de italianos, y Tania, española, sin que uno y otro tengan, en su avaloración del ambiente, nada de extranjeros. Son de Buenos Aires, del medio sintético de Corrientes y Esmeralda, las dos calles castizas de la urbe porteña; y ellos expresan en su arte cómo siente y vive esa población de casi tres millones de habitantes que, procedentes de todos los caminos del mundo, han adoptado un mismo gesto, una misión común.

Buenos Aires no es una ciudad triste, como han dado en definirla filósofos, viajeros y observadores de una sola semana; es una ciudad en formación que vive a impulsos, que sin haber logrado aún del todo su ambición material, menos ha establecido su fisonomía del espíritu. Pero ya posee una personalidad diferenciadora de población cauta y meditativa, de una gran sobriedad; pueblo poco expansivo y generoso, a la par que desconfiado.

Y esa manera de ser y vivir ha producido en música al tango, producto nobilísimo en lo que representa de genuino, de saborambiente, del cual no entramos a juzgar su valor musical, porque los artes populares tienen una sola medida para juzgarlos: su relación al medio.

Y en ese sentido, el tango es un intérprete fiel y digno del alma de Buenos Aires.

Discepolo es quien mejor ha captado esa emoción del medio. Tania, quien ha cantado con más naturalidad la vida interior del porteño.

A ellos, embajadores del alma de la ciudad argentina, vayan nuestros saludos, luego del resonante éxito alcanzado en el escenario de la Gran Vía.

R. M. L.

Yo bebía tranquilamente mi "whisky" caliente cuando tú entraste

Elka también se había sentado cerca de él, a los pies del ancho catre de hierro de esa pieza de hotel de tercera clase. Ambos estaban ahora tranquilos, casi serenos del todo. Rafael miraba obstinadamente hacia el hueco negro, como un sepulcro, del cajón entreabierto. Elka, en cambio, había perdido sus ojos en una distancia inmaterial, en el pasado que estaba evocando.

—Luego—continuó la mujer, y esta vez su voz se había teñido de una notable dulzura—hablamos. Me contaste tus desdichas, las desdichas de todos los marinos sin contrata, y yo tuve lástima. Eras, además, un muchacho fuerte y agradable, y esa noche, en este mismo cuarto, pude comprobar que no habías perdido la dignidad. Después... ¿Qué ha sucedido después? Hemos vivido juntos, esperando el buen tiempo, o sea la primavera, en que la navegación se normaliza, se fletan barcos y los marinos encuentran trabajo. Es lamentable...

—¿Qué es lamentable?—preguntó vivamente Rafael.

—Es lamentable—dijo Elka, echando hacia atrás su hermosa cabellera dorada—, que haya ocurrido este incidente tan estúpido. Figúrate, había llegado la hora de separarnos, después de cuatro meses inolvidables, ¿no es cierto? ¡Cuánto mejor hubiera sido que tú te embarcaras y te fueras lejos llevándote un amable recuerdo de Elka y que Elka se quedara esperando que se cumpliera su destino, pero apretando con emoción el pañuelo con que te despidió! ¿No crees?

Los ojos negros del navegante brillaban en ese momento con extraordinaria luz.

—¿Pero por qué piensas—dijo—que en la primavera necesariamente habíamos de separarnos?

—Porque ese era nuestro destino—contestó Elka, pensativa—. Porque las cosas deben durar su tiempo preciso. Porque nada puede prolongarse más de lo necesario, sin que sobrevenga el fracaso... Ya ves, lo que acaba de ocurrir nos indica que nuestras relaciones debieron terminar ayer..., o antes. Habrían tenido un fin más ajustado a la lógica de la vida... En cambio, hoy...

—¿Hoy...?

—Hoy todo es distinto. Yo no soy para ti la Elka bondadosa y casi maternal que conociste. Soy la amante de un ladrón que se ha escapado de la cárcel, como te enteraste por esos papeles. Tú no eres el marino silencioso y hondamente agradecido que se me apareció en los primeros momentos. Eres un muchacho curioso e impertinente que no sabe retener sus impulsos. La separación que se nos viene encima nada tiene que nos haga recordarla mañana como un acontecimiento amable de nuestra vida.

—¿Pero por qué hemos de separarnos inmediatamente?—dijo Rafael, exaltándose. Los ojos negros estaban a punto de derretirse—. ¿Por qué hemos de decirnos adiós? Es verdad que ahora conozco cosas tuyas que nunca hubiera sospechado. Mas, en fin...

—Tenemos que separarnos, ya te lo he dicho, porque ese es nuestro destino y nada podemos contra él. Yo he esperado dos años en este puerto. Cuatro meses he vivido contenta a tu lado. Pero ahora me aguarda la verdadera felicidad. Ese ladrón de que hablabas hace un momento va a venir, ¿comprendes? Se ha evadido y ya debía haber llegado. Lo espero desde hace dos años. Desde ayer estoy atenta a todos los trenes. Aún no viene. ¿Por qué? El camino que él me proponga será mi verdadero camino. Y tú, Rafael, debes irte, contratarte, embarcarte, qué sé yo. Ya no volverás a encontrarme. Puede ser que en otra parte otra mujer te ayude en una circunstancia difícil. Esa no será yo, amigo mío.

Una larga pausa, como una cuchillada silenciosa, cortó el diálogo.

—Bien—dijo Rafael sombríamente, mientras se levantaba de su silla—. Comprendo. Quieres que me vaya, y me voy. Es curioso, pero hace rato que ya no tengo ningún rencor contra ti. Al contrario, siento algo como ternura... Bueno, me voy...

Fué al lavabo, se echó hacia atrás los negros cabellos y se caló la gorra.

—¡Adiós, Elka!—dijo.

—¡Adiós Rafael!

Se aproximó a ella, la abrazó fuertemente y la besó en la boca. Luego salió.

Con tranquilidad descendió por la angosta escalera los tres pisos que le separaban de la calle. En el hotel se oía apenas uno que otro ruido discreto. Cuando llegó a la acera, Rafael miró hacia la izquierda.

La izquierda era justamente el lado de los muelles, el lado en que los vapores, con un largo y obscuro pitazo, se despiden de la tierra.



LA REGLA INSEGURA

DOR

J. F. ARIAS CAMPOAMOR

Todas las noches se formaba la tertulia, de once a una, en el café del Pasaje. La semana anterior había nevado fuertemente. El Naranco estaba cubierto de nieve. En Fruelina corría un frío terrible de ventisquero.

Aquella noche el café estaba casi desierto. Paco, el camarero, aplicaba el pellejín arrugado y pálido de su rostro contra uno de los cristales del frente, y entreteníase en las idas y venidas del sereno.

Retumbaba, eso sí, la pianola, desarrollando el disco de "Poeta y Aldeano".

Margariños lo sabía de memoria; lo silbaba suavemente, y al silbarlo tenía una extraña significación que sólo Paco conocía.

—¿De coñac, señor Margariños?

—De coñac.

Cuando la pianola tocaba "Poeta y Aldeano", el notario Margariños bebía una copa de coñac, y no podía resistir la tentación de escuchar el rollo en cómoda postura, colocando los pies encima del diván.

Paladeaba la copa a pequeños sorbos y cerraba los ojos.

—Indudablemente—dijo alguna vez en voz alta—, yo debo de ser un poco poeta también.

—Más bien aldeano—rectificó uno de los contertulios, observándole los pies.

El notario no se irritaba nunca. Era un hombre bueno y cronométrico, casi cuarentón y fuerte. En Fruelina tuvo gran predicamento de jurista, hasta que llegó otro más jurista que él y le quitó la fama. Ello no tenía nada de particular en una ciudad donde cada tres años se renovaban las eminencias.

El prestigio que nadie le quitó era el de ser marido de Nieves Menéndez, "miss Avilés" en 1928, una rubia alta y rotunda, con ojos pacientes y claros. Margariños contrajo matrimonio con ella tres meses después de haber sido elegida "miss Avilés". Era natural que así ocurriese: dos años antes Margariños había obtenido la puntuación más alta en las oposiciones directas a notarios. El último ejercicio fué con aplauso de la muchedumbre. Y si entre gentes ilustres hay ciertas interferencias de simpatía, ¡qué menos para un notario de primera que una reina de la belleza!

Cuando Nieves Menéndez atravesaba la calle Uría, o la de Fruela, o Cimadevilla, vibraban los astures de emoción, como si pasase el rey Pelayo. No era ni la "nena interesante" ni el "tipito fino": era la hembra temblona, pisafuerte, colorada, muestra palmaria del vigor de una raza.

Cuando el reloj del café dió la una, el notario se puso el gabán y se calzó los guantes.

Paco le ayudó en la faena.

—Se conoce que hoy, decididamente, no viene nadie.

—¿Quién va a venir hoy, señor Margariños?

—Hasta mañana, entonces.

—¡Vaya con Dios, señor Margariños! Súbase el cuello del abrigo.

Vivía en la calle de Jesús, encima de una confitería, en un piso hondo de una casa reconstruida cuando la revolución de septiembre. Una habitación grande, la del frente, era la oficina, y el resto era propiamente el hogar.

Pero como Nieves gustaba de ver atravesar la calle a las demás mujeres, y también le gustaba ser mirada por ellas y por ellos, que no en tanto poseía un título de reina de la belleza, pasaba el día haciendo que hacía ganchillo en la oficina, junto a una de sus ventanas, con detrimento, sin duda, del buen arreglo y acomodo del hogar propiamente dicho.

Como los asturianos son gente llana y campechana, no les parece mal que una notaría carezca de entonación elegante, aunque el notario sea de primera y joven; no echa de menos el despacho estilo Renacimiento, la mecanógrafa, el teléfono, el tresillo comodón y renchido; el asturiano es hombre práctico, que le gusta que las escrituras no se hagan con trampas, sin que le importe que la notaría tenga el aspecto de un cuartito de estar, con una camilla en el centro para jugar a la brisca al calor del brasero.

Claro que Nieves atraía la atención y admiración de las "partes contratantes" y de los "testadores", si bien, como no hablaba, como no intervenía en las charlas de negocios jurídicos ni en las del sobrenegocio cuando se firmaba el documento y se encendía el cigarro puro, pronto las "partes contratantes" y los "testadores" dejaban de ocuparse de ella.

El otro personaje era en absoluto insignificante. Se trataba de Candaosa, el escribiente. Había sido antes empleado de la secretaría de la Audiencia, después estuvo con un procurador y últimamente vino a parar con el notario Margariños, porque le pagaba treinta pesetas más.

Candaosa escribía de un modo incansable, sin levantar cabeza; escribía correctamente en lenguaje jurídico. No era abogado. Como si lo fuese, sabía mucho más de los intrínsecos del "jús" que muchos presumidos abogadetes que

en la Audiencia se las daban de Justinianos. ¡Lástima de aquel defectillo!... Un bigote rojo y canoso le tapaba la boca y se enhebraba con la comida en la hora de la merienda: trocitos de tortilla fría caían sobre las hojas de los documentos, y allí se quedaban. Con los manguitos de negro satén, generalmente barría los desperdicios; pero otras veces se olvidaba de las migas, y esto era, al observarlo Margariños, el principio de una serie de agresividades del jefe al subalterno. Candaosa, comprensivo de su torpeza, humilde como San Francisco, soportaba las injurias silencioso y con la cabeza gacha. No discutía, ni negaba la paternidad de los pedacitos de comida fiambre.

Al fin, esta mansedumbre desarmaba al señor Margariños, puesto que ya sabemos que el notario era hombre bondadoso, pulcro y cronométrico.

La lengua de Margariños seguía profiriendo insolencias sin acritud. Es muy cómodo insultar a un tímido cuando el tímido no se revuelve en legítima defensa.

—Señor Candaosa: ¿me podría usted decir qué trabajo le cuesta ser limpio? Porque usted, señor Candaosa, es inmensamente sucio. Lleva usted un bigote de tamaño tal, que no hay carabinero capaz de llevarlo sin rubor. Come usted a las cinco de la tarde una tortilla aceitosa que produce náuseas hasta a los tomos del Protocolo, y después de comerla, con los dedos pringosos, continúa usted escribiendo.

—Tiene usted razón: soy un poco descuidado.

—¿Habría que ver cómo vive usted!

—Comprendo, señor Margariños...

—¿Por qué no se casa usted?

—¿Casarme, a mis años? Tengo medio siglo y, además, soy pobre... ¿Qué mujer iba a quererme?

—Ahora soy yo el que comprende... ¿Qué mujer iba a quererle!

—Claro, claro...

—Pero no es la pobreza, ni la avanzada edad, con respecto al matrimonio, lo que dificultaría su hallazgo de mujer. No. Hay cincuentones limpios y correctos que tienen gran partido entre las mujeres. Pero lo que la mujer no tolera nunca es la porquería. Créame, señor Candaosa: ahí está la clave de la escasa fortuna con el bello sexo, que yo adivino a través de sus amargas frases...

Lo que más dolía a Candaosa era la presencia de Nieves Menéndez en estos diálogos donde tan mal parada salía su limpieza y hasta su valor personal, ya que jamás le oía defenderse como se defienden los hombres cuando son menospreciados en presencia de una mujer bonita.

Y transcurrieron largos meses sin que "miss Avilés" terciase en el diálogo. Nunca corroboró las afirmaciones del marido, y eso que tales problemas de asepsia tienen dogmas en la cultura popular. Discretamente, piadosamente, fingía no oír.

Al anoecer marchábase Margariños y quedaban solos Candaosa y Nieves, porque el escribiente no suspendía su trabajo hasta poco antes de la hora de la cena, aunque el jefe le dijese siempre:

—Puede usted dejar eso, Candaosa. Vaya a dar una vueltecita por el Bombé.

Pero no se iba... ¿Qué le importaba el Bombé? Ni el "cine", ni el café, ni la casa de huéspedes. Su felicidad consistía en redactar muchas escrituras, mientras la imaginación, en los ratos que cesaban las agresiones de Margariños, volaba, como la imaginación de todos los solitarios, hacia quién sabe dónde...

Un anoecer ocurrió un apagón de luz. Duró más de media hora. Y entonces, Candaosa, a solas con Nieves (absorta ésta sobre el cristal de la ventana viendo el desfile de las gentes hacia la próxima iglesia de Jesús), sintió cómo la timidez de su espíritu se le escapaba por la nuca y un temblor de confianza le hacía cosquillas en los labios.

Sin verse claramente las caras, hablaron.

—Usted, doña Nieves, tendrá de mí el peor concepto del mundo.

—¿Por qué dice usted eso, Candaosa?

—Por... ya lo sabe usted... Por esos adjetivos que diariamente me dedica su marido, seguramente con mucha justicia, aunque nada gratos.

—¿Cuáles adjetivos?

—No los recuerda? Los que se refieren a mi limpieza.

—Ah, sí, claro! Cada cual opina a su modo...

—No; en eso, no, señora... En esas cosas no son lícitas otras opiniones que las del señor Margariños. Se es limpio o se es sucio. Los hombres limpios son los hombres gratos en sociedad, los que triunfan con las mujeres...

—Yo no sé, Candaosa, si mi marido tiene razón o no; pero si la tuviese, ¿qué trabajo le cuesta a usted afeitarse ese bigote, que le hace a usted más viejo, y lavarse las manos cuando termina usted de comer su tortilla?

—Ningún trabajo, ciertamente. Pero si viera usted, señora Nieves, la importancia en la vida de un hombre de no haber tenido en la niñez una madre que le enseñe a lavarse, en la juventud una novia a quien gustar y en la



El capitán Navarro, jinete de máximas facultades, que fué componente del equipo campeón olímpico.

Segunda prueba de la selección para Niza

Por "EL PÁJARO"

En la pista de la Asociación general de Ganaderos, y ante numerosa concurrencia, tuvo lugar el día 7 del corriente la segunda prueba hípica exhibitoria de los que aspiran a ser seleccionados para representar a nuestros jinetes en el concurso hípico de Niza.

Un tiempo espléndido favoreció su celebración y contribuyó a que resultase una reunión deportiva muy interesante y agradable.

A pesar de las reducidas dimensiones de la pista, los obstáculos habían sido tan admirablemente emplazados, que, no obstante sus respetables proporciones, tenían un fácil acceso para los caballos. El recorrido lo constituían ocho severos obstáculos, entre ellos un triple de barrera, doble barra y muro con barra, este último a 1,50, y una triple barra a 1,50 con seto alto detrás, que imponían a los caballos, pero merced a su buena confección hípica resultaban muy saltables; prueba de esta acertada confección de obstáculos y recorridos fué lo lucida que resultó la prueba.

Abrió pista el teniente D. Luis con "Mandarín"; su recorrido fué impecable y de una gran precisión.

Siguió el teniente Torres con "Le Cabaunon"; el caballo llevaba vendada la mano izquierda y algunos días sin trabajar, debido a una inoportuna lesión sufrida; no obstante estas desventajas, su actuación fué francamente buena.

El teniente Artalejo, con "Batama", salió a continuación; este jinete había sufrido una caída recientemente con "Batama", por lo que el semoyente estaba algo acobardado, y no obstante la monta enérgica de Artalejo, no dió su habitual nivel.

El capitán Turrión, con "Capucho", hizo una monta inmejorable, sacando el rendimiento máximo a las cualidades de su montura.

El capitán Artalejo, con "Desaliño", hizo también sin falta el recorrido, demostrando, como en la otra exhibición, estar muy en forma y conocer perfectamente su caballo.

"Revistada", con el capitán García Fernández, nos demostró que este año la yegua no se duele, pues saltó con verdadera fe y facultades, haciendo un recorrido limpio.

Cerró pista el capitán Cavanillas con "Ducal"; nos probó una vez más ser un consumado jinete, dando a su caballo una monta que le hizo cubrir un recorrido que era superior a su clase.

Después, sin realizar el recorrido por recientes cojeras sufridas, fueron presentados en la pista los caballos "Destrier" y "Formidable", montados por los tenientes De Luis y Artalejo, respectivamente; estos dos caballos han sido seleccionados ya en otras ocasiones, y sería lástima que no se pudiera contar con ellos.

La prueba resultó, como antes decimos, muy interesante para la afición y muy lucida, pues la mayoría de los recorridos se hicieron sin falta y con extraordinario dominio, como correspondía a tan calificados jinetes, poniéndose de manifiesto además lo mucho que había avanzado el entrenamiento de los caballos desde la primera exhibición.

Para que estas cuartillas alcancen el próximo número no esperamos a saber la decisión del Jurado; pero sea cual fuere, ha de ser acertada, dada la buena fe y competencia de su presidente y miembros.

Aclaración

Teniendo conocimiento que mis modestas opiniones y juicios hípicos de los números anteriores de CIUDAD, sobre la selección de Niza, habían causado mal efecto, por poder prestarse su lectura a interpretaciones que pudieran envolver crítica o censura para personas o entidades, quiero hacer constar de una



Para una interpretación lírica de Valencia: LAS FALLAS

Por JOSE OMBUENA

Ayer, al atardecer, apenas si un ligero bullicio de chicuelos hacía presentir la fiesta. Cuando el empleado municipal pasó encendiendo el alumbrado de gas, comenzaban a llegar las primeras figuras, los primeros "ninots", ocultos en telas y periódicos. Cuando el mismo empleado, paso cansino y una cancioncilla dormida entre los dientes, volvió a pasar apagando las luces, ya se adivinaba casi todo el tinglado.

Ayer, al atardecer, apenas si hacía presentir la fiesta un ligero bullicio de chicuelos y un rumor lejano de tamboriles y dulzainas. Hoy, todo el barrio es una carcajada de percalina y gallardetes, y en una encrucijada ha brotado la "falla" como flor de irónica y donosa belleza.

Infinitos dedos señalando la misma alusión grotesca. Infinitos ojos con la misma mirada burlona. Infinitas bocas rasgadas por una misma risa mordaz. Y en el ambiente de la plazuela, una misma frase picante dejada escapar por infinitos labios. Todo el barrio es una carcajada de percalinas y gallardetes, peinados cariñosamente por el viento, que corteja a la "falla" y la acaricia con sus múltiples dedos.

Por eso, ese mismo viento, en los restantes días marceros, muerta ya la "falla", cruza huracanado por plazas y calles, atrollando lo que encuentra a su paso y aullando dolorosamente.

Y por eso, ese mismo viento, si es desdenado, reuerce a la "falla" entre sus brazos y la estrecha contra el suelo, dando motivo para esas gacetillas intrascendentes de "fallas" derribadas, que casi todos los años se asoman a las columnas de los periódicos, y a las que yo concedería, en la sección de sucesos, la categoría de crímenes pasionales del más puro estilo popular.

La "falla" ayer no era nada, y hoy lo es todo. Como los árboles, que ayer, desnudos, comienzan hoy a vestirse de verdor. Como la luna, ayer estocada de luz en las sombras y hoy rueda de plata en el azul. ¿Cómo fué prodigio tan sutil? Con la admirable simplicidad con que se realizan los más grandes prodigios. Con la magnífica y admirable desproporción entre los medios y el

manera espontánea que nada tan lejos de mi ánimo como tratar de censurar a nadie ni salirme de la órbita puramente deportiva, por lo que desde estas páginas me complazco así en manifestarlo, deseando para lo sucesivo que nadie vea en mis apreciaciones más que un buen deseo de mejora para el deporte y la afición hípica, por lo que nunca mis ideas respecto a una mejor organización pueden tener más alcance que el puramente deportivo, sin referirme, por tanto, a otro aspecto que al del fomento de la afición hípica. Conste así.

resultado que preside las más pasmosas maravillas.

En el cuento de Andersen, de una vieja cuchara de plomo nacen veinticuatro soldaditos, todos iguales, salvo uno, cojo e intrépido.

En una ingeniosa invención que todos hemos conocido en nuestros tiempos de calzón corto y calcetines caídos, por una herradura se pierde un reino.

Y en este hecho social, magnífico, de la "falla", merecedor de ser estudiado cariñosamente lejos del tópico, de la prosa pobre y de la rima barata, con la admirable conjunción de mucho arte, y más aún, mucha más, artesanía, sobre un fondo de humor nace, nada menos, que el regocijo de todo un pueblo.

El humor lo ofrece, abundante, una gente que sabe inyectar a la vida un inimitable contenido irónico.

El arte florece en esos conceptos primarios, pero decisivos, de lo bello y de lo feo que en ella han arraigado poderosísimamente.

Y en cuanto a la artesanía, ella preside todo el génesis y toda la elaboración de la "falla", y tiene una explosión rotunda la noche de la "plantá", en la que los martillazos suenan a eco de una Valencia gremial y agermanada.

El "ninot" de la "falla" tiene su filosofía. Rezumante de amargura, unas veces; jubilosamente optimista, otras; popular siempre, con su contenido certero.

El es el desahogo de una gente que ríe una vez al año ante el gran teatro del mundo, y vuelve a contener las carcajadas durante doce meses.

Pero lo que es innegable es que tras él se oculta un pueblo con una vocación irresistible para la vida pública que da forma corporal a sus sátiras y a sus defectos para exhibirlos a la luz del día.

—¿Per ahí hi ha una esteroto vellea?—gritaban unos muchachos, arrastrando una estera raída. No hay que esforzar mucho la imaginación para hallarle un sentido simbólico a la escena.

El pueblo ha confesado sus culpas y las de su época. Ahora hay que romper con el pasado turbio, y para ello nada mejor que la hoguera, que purifica. Todo lo viejo—todo lo que duerme su sueño de inutilidad en desvanes—que vaya al fuego. En torno a él quizá los espíritus se sientan más generosamente fraternos, que no en balde el fuego ha presidido todos los primeros núcleos sociales, y cuando la hoguera se alce en la noche ancha y honda, la multitud trenzará en su derredor una danza con las manos enlazadas, las frentes dirigidas a lo alto y formando una rueda sin principio ni fin, como el espíritu luminoso de Valencia.

DIBUJO DE GORI MUÑOZ

HACIA EL GRAN MADRID

El dinamismo de la vida moderna ha creado la necesidad de la velocidad, el único vicio nuevo de la humanidad, al decir de Paul Morand. Si hasta hace relativamente poco era desconocida y hasta menospreciada por los hombres, se debía exclusivamente a que éstos no tenían la posibilidad de desarrollarla en la forma vertiginosa que podemos hacerlo hoy, puesto que todas las vías de tránsito eran detestables. Las calzadas urbanas y los caminos nacionales y vecinales eran, cuando no de tierra, de basta piedra impulimentada, sólo apropiada para cabalgaduras y vehículos capaces de resistir el formidable zarandeo a que los sometían los baches del camino.

Pero he aquí que, con los primeros automóviles, hizo su aparición en la técnica de la construcción de los caminos un elemento tan viejo como el mundo pero de utilización reciente: el asfalto. Este negro betún de Judea, que debe su nombre a la circunstancia de que su principal yacimiento estuviera a orillas del lago Asfaltites, tenía una propiedad que fué aprovechada por los técnicos: si, derretido, se lo esparcía sobre una base firme, se obtenía un pavimento que reunía sobre todos los conocidos una serie de ventajas apreciables.

España, país apegado a lo conocido, y, naturalmente, remiso a todo lo que signifique innovación, tardó en adoptar este nuevo tipo de pavimento; pero han primado las excelencias del asfalto sobre toda otra consideración, y hoy Madrid, como las demás ciudades españolas, tiene sus magníficas calzadas asfálticas y está unida al resto de las ciudades por carreteras también de asfalto, que podemos mostrar con orgullo a los turistas que nos visitan.

El viejo Madrid se remozó no solamente por obra de su edificación moderna y monumental, sino también con el cambio de pavimentos, que le da a sus calles un aspecto nuevo, pulcro, limpio, europeo. ¿Pierde, acaso, carácter una ciudad porque haya algún anacronismo entre su edificación y su pavimentación? Y nos hacemos esta pregunta porque nos imaginamos la objeción de algún esteta a ultranza, que preferiría ver los más pintorescos rincones de la ciudad felipense con sus calzadas siempre revestidas de aquellas piedras infames, que aun en nuestros días es posible contemplar en el callejón de Tudescos y en alguna otra arteria de las inmediaciones de la Plaza de la Villa. Pero la objeción carecería de sentido, como si pretendiéramos visitar la ciudad en una calesa ochocentista o en un palanquín medieval.

Las fotografías que ilustran estas páginas muestran distintos aspectos de la aplicación del asfalto en Madrid. En todas ellas ha intervenido la Compañía Peninsular de Asfaltos, S. A., poderosa Empresa a la que corresponde un puesto destacado en el progreso edilicio de la ciudad. Ella ha hecho posible la rápida transformación de nuestra fisonomía urbana, y ha hecho transitables muchas calles por las cuales no hubiera podido aventurarse un automóvil.

El auge del asfalto es explicable desde muchos puntos de vista. En primer lugar, se trata de un pavimento que aventaja a todos los demás, por su lisura, por su impermeabilidad y por la facilidad con que se puede reparar cualquier destrozo que se hiciera en el mismo. Sólo podría competir con ventaja en este último sentido el pavimento de madera; pero ésta solamente puede ser empleada económicamente en aquellos países que tienen quebracho u otros árboles tropicales de recia fibra. Pero donde se muestra la superioridad del

asfalto es, sobre todo, en la higiene, ya que ningún pavimento tiene su impermeabilidad y su facilidad para limpiarlo. Por esta razón, el asfalto ha desplazado casi definitivamente a todo otro sistema en los mercados de frutas y verduras y en todos aquellos lugares en que han de almacenarse y exponerse materias susceptibles de una rápida descomposición. Es así como el asfalto se lo encuentra en todas las dependencias del mercado que está terminándose de construir en las inmediaciones del Puente de la Princesa, siguiendo las enseñanzas y la experiencia de este tipo de construcciones.

Y de esta manera, el viejo betún de Judea, en el cual creíase ver una maldición de Dios en los tiempos bíblicos, se ha venido a transformar, gracias a los progresos de la técnica, en un elemento de utilidad indiscutible. Lo que antes era considerado como un elemento nocivo para la fertilidad de la tierra, se ha convertido hoy en el medio gracias al cual los productos de las tierras feraces llegan con rapidez y seguridad a las ciudades. La negra cinta asfáltica que cruza toda la tierra española se hace maraña en las ciudades para facilitar el tránsito de todos los medios posibles de locomoción terrestre.

Corresponde, pues, a la Compañía Peninsular de Asfaltos, S. A., un puesto de vanguardia en el progreso edilicio y económico de Madrid. Ella ha realizado la transformación de los viejos pavimentos madrileños en esas magníficas calles asfaltadas, de alguna de las cuales publicamos en este mismo lugar su fotografía. Si decimos que a esta Empresa corresponde un puesto de vanguardia en el orden económico, no lo decimos tanto por los ingentes capitales que mueve, cuanto porque todo progreso edilicio supone, por ese mismo hecho, un adelanto económico. Nada más erróneo, en efecto, que creer que lo bello carece de utilidad o de valor económico. Alrededor de lo bello se crea siempre un conjunto de intereses que tiene su apreciación material. Así, por ejemplo, una calle o una carretera bien pavimentadas valorizan automáticamente las propiedades colindantes y facilitan su corriente de tráfico.

Los pavimentos que fabrica la Compañía Peninsular de Asfaltos, S. A., son todos a base de mineral de asfalto, o sea caliza asfáltica, y son de tres clases: asfalto natural fundido, asfalto comprimido monolítico y asfalto comprimido en losetas. La primera calle que se pavimentó en Madrid con losetas de asfalto comprimido fué la calle de las Huertas, y de su ejecución se encargó la Compañía Peninsular de Asfaltos, S. A., en el año 1910.

Desde que esta Empresa inició su labor, en el año 1903, ha pavimentado en toda España más de mil calles. La cifra es, en verdad, considerable; pero es necesario advertir que la capacidad de producción de la Compañía supera los 210.000 metros cuadrados por año. Es interesante conocer que en la ejecución de todos estos pavimentos sólo ha tenido intervención una industria netamente nacional.

La Compañía Peninsular de Asfaltos, S. A., cuyo domicilio social está en Madrid, en la Avenida del Conde de Peñalver, número 21, tiene dos fábricas en Madrid, una en Valencia, otra en Barcelona y la última en Sevilla. En estas dos últimas es donde se fabrican las losetas de asfalto.

Ayuntamiento de Madrid



Un aspecto de la calle de la Colegiata, cuyo viejo pavimento de asfalto no le ha quitado emoción ni belleza a este hermoso rincón de Madrid.



El laboratorio de la Compañía Peninsular de Asfaltos, moderno y completísimo, tiene un piso de asfalto, apropiado para esta clase de dependencias.



El grabado muestra una vista parcial de las dependencias exteriores de la fábrica y algunos de los carros empleados para el transporte del asfalto.



Otro aspecto del nuevo Mercado de Frutas y Verduras que se está construyendo en las inmediaciones del Puente de la Princesa.



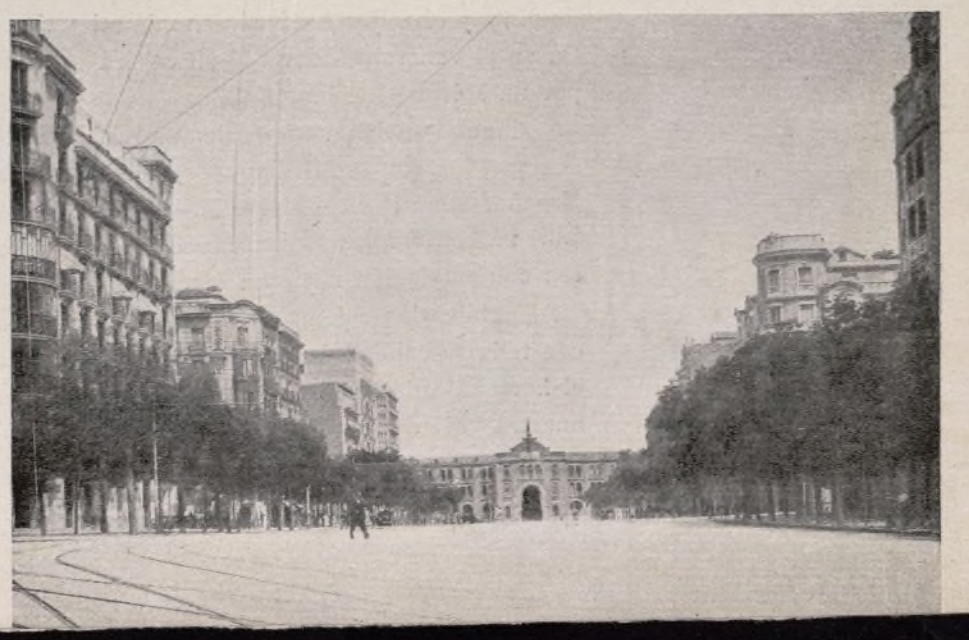
En todo su recorrido, desde el paseo de Recoletos hasta la calle de Alcalá, la de Villanueva tiene un piso que está de acuerdo con la moderna edificación de ese barrio.



Hoy la madrileñísima plaza de la Villa muestra remozado su pavimento. La Torre de los Lujanes, la Casa de Cisneros y el Ayuntamiento no proyectan ya sus sombras venerables en las losas antiguas, sino en el liso asfalto.

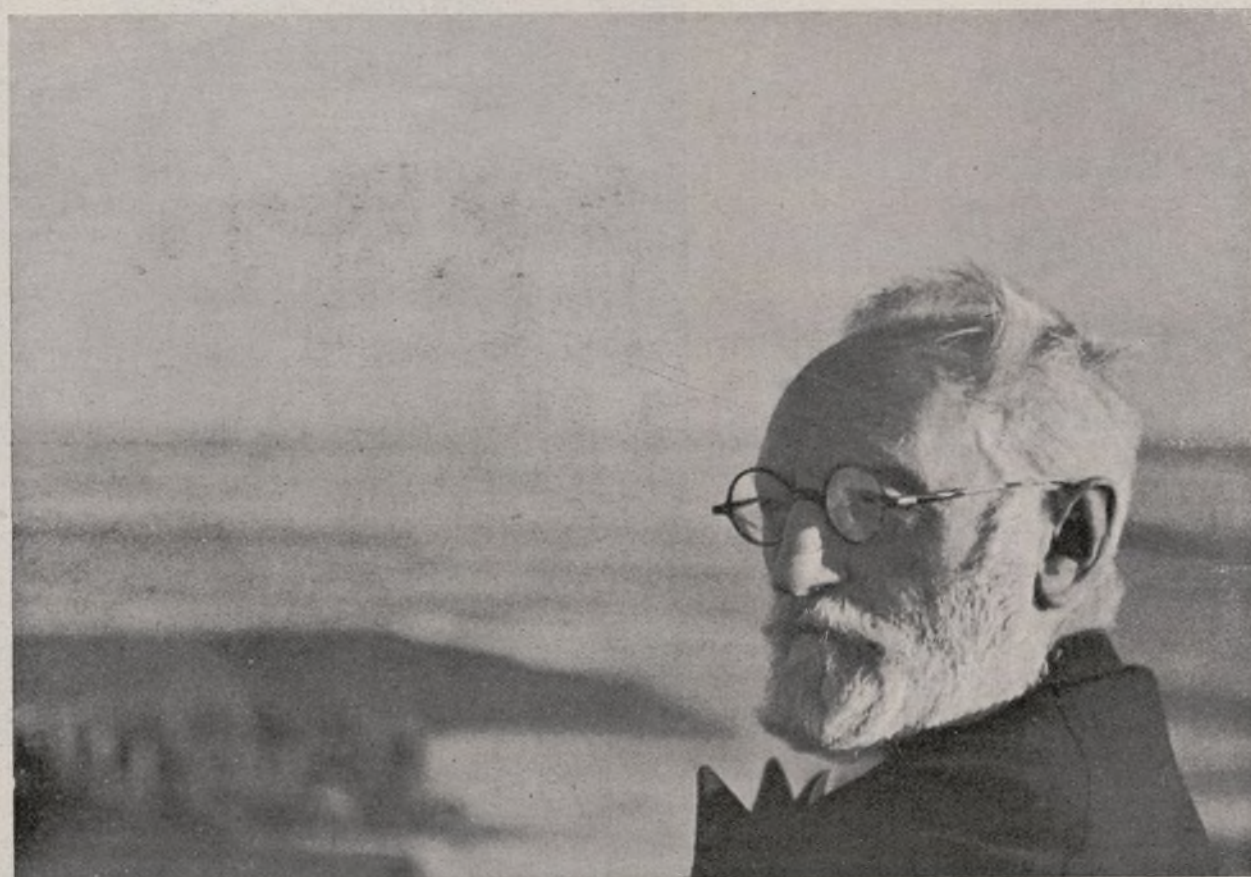


El pavimento de asfalto reúne condiciones de higiene superiores a cualquier otro. Por esta razón se lo ha empleado en el Mercado de Frutas y Verduras, que pronto será librado al servicio público.



El acceso a la Vieja Plaza de Toros de Madrid se hacía por la amplia avenida del mismo nombre, cuyo pavimento de asfalto ha reemplazado con ventaja al antiguo empedrado.

U N A M U N O



Cuando un hombre resiste, como ha resistido D. Miguel de Unamuno, a ese acto funeral de la jubilación oficial, y cuando vuelve a surgir con todo "punch" viril de su atlética ancianidad por debajo de un mar de discursos y de literatura, es que no ha terminado su surco en la Historia ni ha dejado la túnica magistral olvidada para siempre.

Suelen decir, los que tienen del político una tosca idea rural, que D. Miguel de Unamuno es un deplorable político. Así es, seguramente, si por político se entiende el cazador de votos a tantas azumbres de vinazo el voto, o si por político se entiende el bergante charlatán que vende fórmulas de felicidad material inmediata por todas las calles, callejuelas, plazas y plazuelas que tiene el país.

Pero si por político se entiende un hombre que llega poco a poco con palabras cálidas y manos paternales a remover la entrañable y antigua substancia de España, que la remueve su sentimiento íntimo con ideas encarnadas en fórmulas indeciblemente cordiales; si se entiende por político el hombre que mejor ha sentido en su ser físico la augusta llamada de su Patria inmensa y tiene en su mano blanda de patriarca, calentándola con sangre de sus venas y aliento de su pecho, a la última célula del ser vivo que es España..., entonces, amigos, Miguel de Unamuno es el primer político de España.

Puede ser varia la fortuna del país; pueden enloquecerle vientos fríos de las planicies asiáticas, alborotados vientos y barrocas ideas del Mediterráneo. Pero la juventud madurada de España volverá en los momentos de duda sus ojos a la limpia colina de la frente de Unamuno, purificada por el airecillo rectilíneo que tonificaba laureles en el Huerto de Fray Luis.

Todos los discursos de todos los políticos españoles en treinta años no valen un diálogo con Miguel de Unamuno. El sabe mejor que nadie, porque se lo ha dicho en intimidades epitalámicas la propia España, cuál es su destino y su ansia, dónde está su último deseo, cuál es la última caricia que espera. Nadie, nadie sabe esto como Miguel de Unamuno, a quien, por saberlo, le llaman paradojista, estafalario y chiflado. Todo eso son desdenes de amantes contrariados. Unamuno ha sido un conquistado por Castilla voluntariamente. Entregó a Castilla su fuerte naturaleza vasca, su lengua materna, y Castilla le devolvió el secreto de su romance y le dió a su Salamanca de plata y oro. Por un fenómeno de mimetismo, él es como Salamanca: plata, en el venerable somo de su cabeza equilibrada. Oro, en la tez, patinada por un sol que fué imperial.

Unamuno suele pasear en las marciales tardes de Salamanca por los sotos sombreados del gentil álamo castellano, referencia vegetal del paisaje en España, como lo es el ciprés en el paisaje de Italia. Desde el Huerto de Fray Luis ha contemplado muchas veces la amada ciudad, su patria espiritual. De esa contemplación nacieron estos versos de la "Oda a Salamanca".

Al publicarlos con una espléndida fotografía, en que aparece la ciudad con toda su calidad de una obra de orfebrería de Arfe, rendimos a Unamuno el homenaje de admiración que cualquier día del año y cualquier año de nuestra vida es oportuno.

FOTOGRAFÍAS DE JOSE SUAREZ



S A L A M A N C A

*Alto soto de torres que, al ponerse
tras las encinas que el celaje esmalla,
dora a los rayos de su lumbré el padre
Sol de Castilla;*

*bosque de piedras que arrancó la Historia
a las entrañas de la tierra madre,
remanso de quietud: yo te bendigo,
mi Salamanca.*

*Miras a un lado, allende el Tormes lento,
de las encinas el follaje pardo,
cual el follaje de tu piedra, inmóvil,
denso y perenne.*

*Y de otro lado, por la calva Armuña,
ondea el trigo, cual tu piedra, de oro,
y entre los surcos, al morir la tarde,
duerme el sosiego.*

*Duerme el sosiego, la esperanza duerme;
de otras cosechas y otras dulces tardes,
las horas al correr sobre la tierra
dejan su rastro.*

*Al pie de tus sillares, Salamanca,
de las cosechas del pensar tranquilo,
que año tras año maduró en tus aulas,
duerme el recuerdo.*

*Duerme el recuerdo, la esperanza duerme,
y en el tranquilo curso de tu vida,
como el crecer de las encinas, lento,
lento y seguro.*

*De entre tus piedras seculares, tumba
de remembranzas del ayer glorioso,
de entre tus piedras recogió mi espíritu
fe, paz y fuerza.*

*En este patio, que se cierra al mundo
y con ruínosa crestería borda
limpio celaje; al pie de la fachada,
que de plateros*

*ostenta filigranas en la piedra;
en este austero patio, cuando cede
el vocerío estudiantil, susurra
voz de recuerdos.*

*En silencio Fray Luis quédase solo,
meditando de Job los infortunios
o paladeando en oración los dulces
nombres de Cristo.*

*Nombres de paz y amor con que en lucha
buscó conforto, y, arrogante, luego
a la brega volvióse, amor cantando,
paz y reposo.*

*La apacibilidad de tu vivienda
gustó, andariego soñador, Cervantes;
la voluntad le enhechizaste, y quiso
volver a verte.*

*Volver a verte en el reposo quieta,
soñar contigo el sueño de la vida,
soñar la vida que perdura siempre,
sin morir nunca.*

*Sueño de no morir es el que infundes
a los que beben de tu dulce calma,
sueño de no morir ese que dicen
culto a la muerte.*

*En mí florezcan, cual en ti, robustas,
en flor perduradora, las entrañas,
y en ellas tallo con seguro toque
visión del pueblo.*

*Levántense cual torres clamorosas
mis pensamientos en robusta fábrica,
y asíéntese en mi patria para siempre
la mi Quimera.*

*Pedernoso cual tú sea mi nombre,
de los tiempos la roña resistiendo,
y por encima al tráfago del mundo
resuene limpio.*

*Pregona eternidad tu alma de piedra,
y amor de vida en tu regazo arraiga,
amor de vida eterna, y a su sombra
amor de amores.*

*En tus callejas, que del sol nos guardan
y son cual surcos de tu campo urbano,
en tus callejas duermen los amores
más fugitivos.*

*Amores que nacieron como nace
en los trigales amapola ardiente,
para morir antes de la hoz, dejando
fruto de sueño.*

*El dejo amargo del Digesto hastioso
junto a las rejas se enjugaron muchos,
volviendo luego, corazón alegre,
a nuevo estudio.*

*De doctos labios recibieron ciencia,
mas de otros labios, palpitantes, frescos,
bebieron del Amor, fuente sin fondo,
sabiduría.*

*Luego, en las tristes aulas del Estudio,
frías y oscuras, en sus duros bancos,
aquietaron sus pechos, encendidos
en sed de vida.*

*Como en los troncos vivos de los árboles
de las aulas, así en los muertos troncos
grabó el Amor, por manos juveniles,
su eterna empresa.*

*Sentencias no hallaréis del Triboniano;
del Peripato no veréis doctrina,
ni atorismos de Hipócrates sutiles,
jugo de libros.*

*Allí Teresa, Soledad, Mercedes,
Carmen, Olalla, Concha, Blanca o Pura,
nombres que fueron miel para los labios,
brasa en el pecho.*

*Así bajo los ojos la divisa
del amor, redentora del Estudio,
y cuando el maestro calla, aquellos bancos
dicen amores.*

*¡Oh, Salamanca! Entre tus piedras de oro
aprendieron a amar los estudiantes,
mientras los campos que te ciñen daban
jugosos frutos.*

*Del corazón en las honduras guardo
tu alma robusta; cuando yo muera,
guarda, dorada Salamanca mía,
tú mi recuerdo.*

*Y cuando el sol al acostarse encienda
el oro secular que te recama,
con tu lenguaje, de lo eterno heraldo,
dí tú qué he sido.*

MIGUEL DE UNAMUNO

Ayuntamiento de Madrid

Psicología del gato

Por FELIX DEL VALLE



I

Aparte el momento en que el gato se mira en la ancha barra azogada del guardarropa y cepilla, boxea y rasca el cristal, dando *punchs* constante a su figura, yo no lo veo otra gracia. Frente al espejo, en efecto, se vuelve loco. Quiere cogerse la cola con el buzón de piedra pómez de su hociquillo, y torpe, volteja, sin enterarse, de cuál es la cola verdadera, si la reflejada o la suya propia. Entonces da setenta vueltas, rehilete o carrusel, ante la impasible luna. Entonces hace de *tío-vivo*, o mejor dicho, de *tío tonto*, puesto que tampoco acierta a «pescarse» el largo penacho de su rabo.

Y después, ¿qué? Confesémoslo. Los gatos son los más solemnes pelmazos. Yo los he visto en todas partes, en la selva más o menos virgen, y en los hogares más o menos felices. Largos, flacos, malhumorados, dispuestos a la agresión y satisfechos, indolentes y perezosos. Broncos y malévolos, miniaturas de los famosos toros de Miura, sin el empuje nervioso y el acierto de éstos para manejar los puñales acaramelados de sus pitones. Y ahitos, gordos, papujos rechonchos, obesos, en fin, como venturosos mitrados. Jaboneros, sardos, berrendos, chorreados en verdugo, etc., etc. El «atuendo» es casi idéntico al de los toros de lidia. Los hay, desde luego, muy decorativos. Todos los lectores conocerán el gato de Angora, poeta de salón, felizmente mudo; residuo de algún Versalles zoológico, con largas, finas y lustrosas melenas, tan grandes, que cubren su cuerpo de pabellones de seda. Meter la mano entre tales lomos de suavidad, con los dedos abiertos en faena de maquinilla de cortar el pelo, es realmente una delicia para la epidermis. La palma goza tanto como la mirada cuando contempla la pomposa majestad de estos animalitos. Pero igual que toda majestad, la del gato de Angora termina en cuanto de él concretamente se puede ver o tocar. Es incapaz, en cambio, de hacer algo por su cuenta y riesgo. Soso, lleno de vanidad, no toma determinación alguna ni posee jocosas iniciativas. Cree que todo se lo merece. Displicente, parece que hubiera agotado su *stock* de ilusiones o hallarse intoxicado de opio o de morfina. ¿Aburrido? ¿Nostálgico? ¿Neurasténico? Semiduerme con las bolas de gaseosa de los ojos, que invitan a ser hundidas con el dedo por si éste es el secreto para que los gases de sus energías despierten. Como tal operación sería cruel, el deseo queda sin realizarse. Y los ojos verdes o avellanados del «michi» sufren el sube y baja lento y desesperante de los telones de los párpados, mientras nuestra imaginación elabora un rabioso puntapié en salvada sea la parte, que, por cierto, también es frenado por la educación.

II

No cabe duda que los animales llamados domésticos son los nuevos esclavos del hombre. Todas sus armas naturales, verdaderas obras de prodigio de la Naturaleza, las truecan, poniéndolas a la funerals, por una alimentación puntual y



por una alternativa en el trato que va del chicotazo adonde les caiga a la caricia sobre cuerpos más o menos gratos y relucientes.

En este rendimiento o derrota de fuerzas intransferibles por el mezquino soborno de un yantar seguro y de una libertad convencional, ningún animal—¿se ha convenido en que el hombre no lo es?—ha superado en renunciadas al gato. Porque el gato es un depósito de furores de fácil éxito, de regaños, de fruncimientos y de broncas, que podrían amenazar explotando fulminantes y decisivas, a semejanza de las detonadoras. Por eso, la literatura simbólica del gato se ha referido a sus dones luciferinos. El gato ha sido considerado por la vieja literatura representante sintético, homeopático, del diablo. Un diablo con fuegos, que lleva el infierno en la barriga (de ahí la frase: «ese hombre tiene siete gatos en la barriga» para designar grados disimulados y excesivos de perversidad o de mala fe). Los gatos salvajes, crudos, vale decir no cocidos o aderezados por la civilización, son fieros, acometedores, irreducibles. Sus ojos tienen



en las noches tenebrosas de la selva, en lo alto de los montes, fosforescencias terribles y bellas de «luciérnagas fantásticas». Los faros de los automóviles no han logrado, con la doble cinta de claror que tiran sobre las carreteras, ofrecer una luz tan viva y penetrante, que sólo a la de las estrellas del cielo puede ser comparada. Tampoco el hombre-cumbre es dueño de esa luz. Jesucristo padeció una mirada serena, dulce y menos relampagueante. Una mirada humana, vale decir cansada y dolorida, valla que, si la sintieran los católicos, les impediría atravesarla para políticas aventuras. Por eso Jesús, que, como todo recto varón, mira tristemente hacia adentro, no es comparable a ningún animal, y acaso mucho menos que a ninguno al hombre, pues aquel de la cruz sí fué, con perdón del maestro Unamuno, nada menos que todo un hombre. El gato mira, inexorablemente, para afuera, y su mirada le acredita de banquero, de acaparador insaciable de la luz.

Pero el gato posee cualidades originales, temerarias pequeñas, que le permitirían ser un profesional agrario de la rebeldía bien administrada, y sobre todo, no hipotecar absolutamente su independencia. Inútil, porque ha llegado tal vez a la más alta comprensión filosófica. Ya sólo salta por encima de obstáculos, con tal de conseguir un tranquilo enchufe que automáticamente apaga sus iras revolucionarias. Hecho de singular goma viviente, ningún caucho del Amazonas le aventaja en elasticidad. Porque la goma, ensáyese con un balón, rebota apenas choca con algo, y si no fueran esféricos los artefactos de ese vegetal, lanzados con vigor uzecudiano contra algún elemento de resistencia, quedarían casi quietos, inertes, sin bote. El gato es prodigioso. Lo tiráis como a una pelota hacia, contra o sobre lo que sea—no importa la altura ni la profundidad—y caerá siempre de pie, radicalmente orondo y eufórico. Sólo le oiréis un gritito: ¡Miau! Y es que a lo sumo se romperá un diente. ¿Qué diablos tiene en el cuerpo, o qué clase de diablo es? Cuerpo mucho más gelatinoso, sin duda, que el de los gitanos, que son los más sandungueros y sueltos que conozco. Así, el gato, además de hacerse un ovillo o un tortel cuando lo desea, por puro gusto, se estira, se alarga, se angosta, se hincha, crece inverosímilmente, y si se lo propusiera, pasaría por el ojo de una aguja hecho un hilo. Esta facultad azoguesca de distensión y contracción es, sin duda, diabólica, mágica. ¿Son los huesos del gato flexibles? Algo de eso tiene que ocurrir, aunque nadie lo haya averiguado todavía. Es indiscutible que atesora una dinamo invisible que produce ese fluido, que



las gentes han tomado por voluptuosidad, y que sencillamente no es otra cosa que electromagnetismo. Detrás de sus ojos se adivinan pilas. Sobre sus lomos, cuando le pasamos la mano—frote no estudiado tampoco—, se produce una corriente que le arquea la espina dorsal y le pone los pelos de punta en mitin inesperado de flechas. Las uñas, semiocultas, entre los pelos de las patitas, cuando sufren el impulso de la corriente misteriosa, se convierten en garras, cerillas quemadas en las puntas, que se alargan hasta lo inverosímil. Y los bigotes, siempre claros, son también alambrillos de lujo que deben guardar poderosos secretos, porque dice el vulgo —y el vulgo tiene siempre razón—que cortándoles los bigotes, los gatos no ven.

Con su rostro de candado, su mirada lacustre, sin el gesto bonachón y adulator del perro, el gato resulta un animal serio. Cobijado en las faldas femeninas, regalón y caradura holgazán e indiferente, no sé qué atractivo se le encuentra. Para ser un auténtico rentista, no le faltaría sino aficionarse a fumar grandes cigarros de La Habana. El gato, en efecto, es el único animal a quien el hombre no puede hacer trabajar. No sirve para nada útil. Refractario a la disciplina, si pretendierais agrupar cinco o seis y llevarlos de un punto a otro por una carretera, como no los ataseis, se desparramarían. Son individualistas, anárquicos, egoístas, y si de algo se preocupan y para algo corren como exhalaciones, atravesando, volando por entre los túneles verticales de las chimeneas, saltando abismos, sorteando baches, es para perseguir a la hembra apetecida. Nada románticos y discretos, hacen el amor a gritos espantosos, sólo equiparables a los de los cerdos cuando sienten el filo del cuchillo asesino. Todo lo suaves y modosos que resultan paseando por nuestras habitaciones particulares, lo pierden en un instante apenas una gata pública maulla sobre el tejado entre los tientos floridos cual mocita andaluza. Sólo así se desconciertan atrozmente los gatos. Sin embargo, nadie les ha visto elegir a la gata más guapa. Están siempre por la que caiga, y en esto aventajan al hombre, cuya imaginación incorpora a la mujer predilecta donaires y hechizos que luego, disipada la nube de pasión, no se ven ni con la linterna famosa de Diógenes ni con ese cañón astronómico, recientemente fabricado para enterarnos de las pecas más diminutas o de la erupción de granitos con que la primavera salpica cada año el rostro planetario de Venus.

III

El gato es, por otra parte, aficionado a mil cosas pueriles. Le atrae todo lo que brinca, corre o vuela. Un pájaro, una mosca o un ratón, le sacan de quicio. Nadie sabe esperar con más paciencia que él a que un cándido volátil se pose confiado en alguna zona a su alcance; a que el ratón—tonto perdido—asome la cabecita, enfle las mostacillas de sus ojos y crea que no hay peligro en echar un «garbeo» por la habitación deshabitada. El gato caerá sobre él, infalible e implacable. Seguro de las tenazas de sus manos, de los focos—verdaderos rayos X—de sus ojos y de los alicatitos de sus dientes, se recreará pérfidamente en concederle al pobre ratonzuelo unos centímetros de libertad—para el ratón, la libertad es espacio, y el ideal, queso—, a fin de darse el pla-



cer de apresarlo de nuevo y someterlo así a un largo y prolijo martirio sibarítico, durante el cual el gato emplea todo su sutil instrumental: desde la dentadura fina hasta las uñas, agudas como alfileres. Los espectadores solemos decir, presenciando la cruel escena, que el gato juega con el ratón: «Si, sí, ¡valiente juego!», en el que el gato transforma el cuerpecillo tierno y menudo de esos denodados y heroicos tragadores de los residuos más insignificantes en una coladera, para después engullírselo todo entero como si fuese un pastelillo de fresas o de café con leche. A las moscas, que yo sepa, no las hace sufrir tanto. Generalmente, las caza al vuelo, de un bocado que remeda un tiro al aire, y que infaliblemente significa la introducción, sin posible salida, del



volátil en la barriga ondulante. (El gato parece que tuviese el pulso en la barriga.)

IV

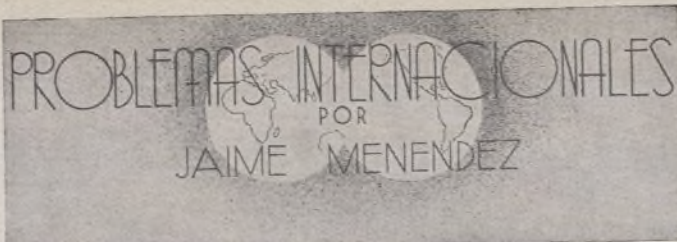
Mágico y precioso, decía una vieja (todas las viejas son grandes amigas de los gatos, ¿por qué?). Acaso tenga razón al adjetivar así. De cuantos animales van y vienen con nuestra voluntad o sin ella por nuestras casas, el gato, a pesar de ser el más soso, es forzoso reconocer que es el menos molesto. Moscas, pulgas, chinches, ratones y perros nos irritan. (Estos últimos, con su excesiva zalamería.) Los gatos no dan caba, y si piden algo es a la hora justa y precisa. En cuanto se les da aquello a que les hemos acostumbrado, el gato, en verano, busca un rayo de sol y se acuesta sobre él, y en invierno, un sitio cercano al fuego y hace lo mismo. Se revuelca al sol como un burro y le importan un comino nuestras preocupaciones y tristezas, nuestros dolores y amarguras. Sólo es capaz de ponerse en peligrosa actividad, como ya he dicho, por una gata. Entonces, Don Juan Tenorio a su lado resulta un cómico de la legua sin verdadero ardor. Por un momento, por un sí de la gata, el gato se arriesga a todo. Inmediatamente después de conseguido su objeto, olvida a su media naranja y se echa nuevamente, plácido y tranquilo, cual gran señor, sobre el rayo de sol o sobre el espacio que el radiador o la cocina calientan. ¡Bendito animal! ¡Divino Lucifer! La verdad es que nadie podría disputarle este admirable don para no trabajar, para encogerse de hombros—metáfora, porque ni este trabajo se toma—ante todo lo que acontezca, ya sea humano o divino. De ahí también que la única palabra con la que lo expresa todo el hombre cuando quiere decir algo total, universalmente eficaz y cosmogónicamente demagógico, sea la arrebatada a los gatos. Y la palabra no es otra que ésta: «¡Miau!», que no sé por qué me hace el efecto de un duchazo de agua helada para apagar fogatas de finchados oradores insinceros, debates falsamente hipertrofiados de importancia, polémicas que rebasan el vaso de la verdad cuando ésta no es más que una gota visible y nada inflamable. Palabra tan formidable la de «¡miau!», que no hay otra tan breve, desconcertante y definitiva en los idiomas, máxime si va acompañada de un



pimpante golpecito en la barriga, que, según la opinión popular, es el sitio donde el varón hospeda o encierra a sus siete gatos de Ecija. (No siempre van a ser los niños de ídem.)

Y esta palabra de sublimes efectos, caro lector, se la debemos al gato. Porque las frases que hemos fraguado a expensas del conocido felino, y de las que deliberadamente he huido («gato con guantes no caza ratón», «espectáculo presenciado por cuatro gatos», etc., etc.), son ya invenciones de los hombres, y por lo tanto, arbitrarias o absurdas. Miau, en cambio, tiene la categoría de un martillo pilongo. Asesada a tiempo, revela su poderío y convierte en ratoncillo a cualquiera que se presente ante vosotros, indebidamente, con títulos o pujos de gigante. Y no hay nada mejor, en estos casos, que ser el gatito que aplasta y devora al gigante.

DIBUJOS DE ARTECHE



El nacionalismo africano

Francia empieza a sentir el peso de sus colonias

M. Régnier, ministro del Interior en el Gobierno francés, se encuentra en Argelia. Salí de Marsella el 3 del corriente, y no regresará, a menos que sufra el programa del viaje alguna modificación, antes del 18. Su visita—en la que le acompañan dos altos funcionarios del Ministerio y un distinguido profesor de lenguas árabigas de la Sorbona, Agustín Bernard—lleva una misión de trascendental importancia en momentos de gravedad para la dominación colonial de Francia en África. Tiene alguna analogía con las visitas periódicas que hace siglos giraban los jueces ingleses—costumbre que aún perdura en forma modificada—por el interior, *to hear the grievances*, del pueblo o de las gentes que se consideraban atropelladas en sus derechos. M. Régnier lleva el propósito de escuchar, personalmente, los motivos de queja que tengan los argelinos, que surgen de cuando en cuando a las páginas de la Prensa en alborotado y tumultuoso tropel. Esta visita, sin embargo, ha despertado acres polémicas, y más de una figura de algún relieve en la política argelina ha declarado que «los peligros que pueden surgir de un viaje de esta clase, desde el punto de vista de sus efectos políticos en la población musulmana, pudieran ser todo lo contrario a lo que se desea». Lo que es una manera de destacar la gravedad de la situación.

Hace pocos días que en Mostaganem se registraron desórdenes de una violencia insospechada. Dos o tres mil parados se lanzaron a los muelles, destrozaron embarcaciones, arremetieron contra las autoridades, apedrearon el Ayuntamiento e hirieron al alcalde, rompieron lunas, saquearon tiendas y se entregaron a otros actos desordenados por el estilo. En agosto del año pasado, en Constantina, se registraron choques de varios días de duración entre musulmanes y hebreos, que tiñeron con la sangre de docenas de víctimas las calles de la población. En marzo de 1933 se presenciaron sangrientas revueltas, de carácter francamente antifrancés. De esta manera, podríamos continuar hasta fatigar al lector, para llegar a la conclusión de que el problema que tiene planteado Francia en el norte de África—no solamente en Argelia sino también en Túnez y Marruecos, y aún más allá, en la arábiga Siria—empieza a ser motivo de inquietud y preocupación. Pero las limitaciones del espacio no nos permiten dar a este artículo la extensión que sería deseable; por lo tanto, nos limitaremos en esta ocasión a presentar un análisis breve de la cuestión argelina.

Las causas del malestar en Argelia son de doble naturaleza: económica y política. Esta posesión, cuya ocupación se inició en 1930, para consolidar una familia gobernante que se tambaleaba en el trono y vengar una ofensa cometida tres años antes, pero que no consolidó la monarquía, aun cuando sirvió para dar orientación a una política colonial, forma hoy parte «indivisible» de la nación francesa. Desde pasada la primera mitad del siglo pasado, Francia inició un nuevo ensayo colonial: la asimilación de una posesión, con una superficie de unos 900.000 kilómetros cuadrados, mucho mayor que la metrópoli. Argelia es hoy una extensión, por lo menos formalmente, del suelo francés. Como tal, está sometida al mismo régimen arancelario de Francia, con alguna de las desventajas, como adición incidental, de los sistemas coloniales. Argelia lucha con los inconvenientes de la activa y organizada oposición de los cosecheros franceses, en particular los vinateros, a la libre entrada de los productos argelinos en Francia. Más de la mitad de las exportaciones de Argelia a Francia son vinos. Los cosecheros franceses, que no saben ya qué hacer con el vino «nacional», se resisten a la aceptación de los postulados de quienes sostienen la doctrina imperial de la unidad económica francoargelina. Quieren aranceles, cuotas y proteccionismo. Con ello encienden más la hoguera de la campaña antifrancesa, que, en su forma moderna, se alienta con el panislamiento, movimiento nacionalista que ha esbozado un programa de acción en el Congreso de Jerusalén, en 1931.

Los tres departamentos del norte argelino—Argel, con más de dos millones de habitantes; Orán, con millón y medio, y Constantina, con unos dos millones y medio—forman la base de la «extensión» propiamente dicha del suelo francés en el norte africano. El resto, la mayor parte de Argelia, no pasa aún del «statu» de colonia. Forma la parte más rica el fértil Tell, suelo quebrado o montañoso, con abundancia de agua y una floreciente agricultura y ganadería, y cuyo comercio exterior subió a unos 10.000 millones de francos y, en 1933, era superior todavía a 8.000 millones. Francia absorbe el grueso de las exportaciones argelinas y de las importaciones—4.316.000.000 de francos en 1933; más de 3.000 millones han salido de Francia. Es uno de los primeros mercados de la gran potencia, que ve reducidas en proporción creciente, de año en año, sus exportaciones, pero que cuenta aún con el monopolio de posesiones tan prósperas como Argelia.

La producción de Argelia se asemeja notablemente a la producción de Francia, sobre todo de la zona mediterránea: 870.800 toneladas métricas de trigo en 1933; 783.600 toneladas de cebada; 16.731.000 hectolitros de vino, y así sucesivamente. Produce también hierro en grandes cantidades, potasa, cuya explotación controla un Sindicato que domina los yacimientos de Argelia, Túnez y Marruecos, etc. En algunos casos, como el tabaco y la potasa, se suplen las deficiencias de la metrópoli; en otros, se entabla pugna abierta—y dolorosa en estos tiempos de crisis y proteccionismo desesperado—con el productor nacional. Así ocurre con los artículos citados, con el

ganado y con otros más. Para muchos franceses, Argelia es una carga intolerable. Para la nación, es una necesidad, cuya elocuencia atestigüa el empeño que pone Francia en ofrecerla como ejemplo de una política colonial inteligente y provechosa. Pero rozamos ya un campo sometido a los estragos de una violenta polémica: el político.

Se quejan los argelinos, al parecer con razón, de que la supuesta unidad económica política francoargelina no pasa de ser un pretexto para hacer más dolorosa la condición de sometimiento. De su lealtad no se puede dudar. Argelia se mantuvo tranquila durante los quebrantos franceses en el curso de la guerra francoprusiana y mandó contingentes a Francia durante la pasada guerra. ¿Seguiría haciendo igual, de continuar el actual estado de cosas, en el futuro? Sería arriesgado quien lo afirmase. De momento, es mala la impresión que produce la sospecha de que se envíen tropas senegalesas a Argelia. Con los contingentes de una colonia se mantiene sometidas a otras. No tiene Francia por qué temer una revolución triunfal en Argelia—o en todo el norte africano—en años próximos. Le sobran medios para ahogarla. Pero esta solución pudiera no ser la más recomendable.

Lo atestigüa el viaje de M. Régnier y la creación reciente del «Comité Mediterráneo», integrado por los ministros del Gobierno francés que están directamente relacionados con los problemas coloniales en esta parte del mundo y los gobernadores generales de Siria, Túnez, Argelia y Marruecos. No se puede permitir que los problemas coloniales se enconen más allá de toda esperanza de pacífica solución, y las cosas marchan actualmente por mal camino.

Desde hace bastantes años, la numerosa población hebrea en Argelia goza de los derechos de ciudadanía del propio francés. Los árabes, bereberes, etc., adquieren, en cambio, estos derechos cuando llenan requisitos importantes, como la posesión de propiedades de determinada importancia, condecoraciones, etc. Existe ya aquí un serio motivo engendrador de odios y diferencias, que explica el carácter antifrancés de los ataques de que es objeto con frecuencia la población judía en Argelia. Además, la unidad francoargelina no abre las puertas a los naturales a los cargos públicos. Muchos de éstos han estudiado en París, convivido con las gentes de una ciudad cosmopolita, adquirido la sensación de una igualdad absoluta de trato. Cuando regresan, sin embargo, reciben de pronto, en pleno rostro, el bofetón del sometimiento y la tiranía de algún petimetre incorporado a la Administración colonial francesa, o algo peor todavía. Su reacción puede ser terrible, engendradora de rebeliones y extremismos, pero no está falta de explicaciones lógicas.

De los seis millones de argelinos, un millón son europeos. Sus estadísticas oficiales dicen que, de éstos, 800.000 son franceses. Entre estos franceses están incluidos millares de españoles e italianos «nacionalizados», porque esto es útil y conveniente. El problema argelino—que se agrava con la presencia de una población extranjera tan numerosa, que goza de tratamiento especial, pero que va nutriendo también las filas crecientes de los descontentos—es, pues, un problema internacional.

Esta situación, ligera y deficientemente esbozada, va cristalizándose en una grave cuestión, alentada por la presencia de factores extraños que agitan y estremecen a los nativos, que se introducen en sus organizaciones, que llenan de bellas mujeres los cabarets, los cafés o, sencillamente, las casas de prostitución; que se van introduciendo en la Prensa, que facilitan dinero para propaganda, adquisición de armas, celebración de congresos, etc. El panislamiento, movimiento que puritaniza y da vigor a una creencia arraigada en el norte de África y el Asia Menor, se va entregando en brazos de misteriosas fuerzas, cuyo campo directo de acción está en Europa y cuya principal arma de combate es la propagación del celo nacionalista. Los principios, al mezclarse, producen a veces resultados muy extraños. Y el desarrollo del nacionalismo exasperado no puede conducir más que a conflictos sangrientos, como los que se vislumbran ya en el rojizo cielo africano.

Cloque colores

última moda.. 14 ptas. metro

Piel mate pinto-

telle 11 -

Crep anny. . . 8,50 -

Crep arabesco. 7,50 -

Picrep mate. . . 5,25 -

Tejidos última novedad

en sedería para alta costura

GRANDES ALMACENES
Eleuterio
FUENCARRAL, 14



En aquella vuelta del camino, sobre una explanada que unía dos cuchillones, bien frente a la casa de No Venancio, era la parada de los carreros que venían de las bandas del sur.

Lindo lugar, abrigado del tiempo. Así, a la derecha de quien llega a la casa, baja un cerco de piedra, que va a morir a un bañado, al fondo del potrero. Lo acompaña en toda su extensión un vallado vegetal, donde, entre el verde duro de las caraguataes, detona de cuando en cuando la llamarada de los ananás. Mojando la base de los cuchillones, corre el Sarandí, y quien pasa por el camino que él interrumpe con su tajo violento oye allá abajo el agua cantando entre las piedras del lecho, estrado después en muchas leguas campo afuera. Por toda la costa del arroyo, leña en abundancia. Buen lugar para parada. Y que lo era de antiguo lo decían las grandes manchas redondas que los fogones dejaban en el suelo, definitivamente pelado a trechos.

Desde aquel altiplano, la vista baja y se pierde sin cansarse en el infinito paisaje. Campos como hechos en nudos y dobleces, de enormes cuchillones redondos, pegados unos a otros como aguantándose para no precipitarse en tierras bajas: son los últimos anticlinales de la sierra que viene muriendo. Después—ondas de un mar parado—se suavizan los contornos, disminuyen gradualmente los montes y se transforman en cuchillas amorosamente ayuntadas, que llenan sin término el escenario agreste. Aquí y allí, listadas de bosque; allá lejos, salpicadas de «capones» de un verde denso, y, por fin, limpias, indefinidamente descampadas, acentuándose en el verdor amarillo de los pastajes finos.

Por la cinta clara del camino, entornillándose por repechos y bajadas, todo el día, todo el año, centenas de carretas, despaciosamente, transportan las cargas del comercio. Grandotas, pesadas quinchadas de paja *Santa-fe*, con agrios rechinchamientos en los ejes mal ensebados, avanzan tiradas por cinco, ocho, diez yuntas de bueyes. Al lado, en el faco lerdo, va el carrero con la picana de tacuara. Detrás de la carreta sigue el perro, grande o chico, agalgado o pichicho, fianducero o tatucero, pero infaltable complemento de la carreta.

Y así van, unas tras otras, errantes anillos de la hilera interminable que liga villas y ciudades, en el viaje moroso de tres leguas diarias, cuchillas arriba, cuchillas abajo. En las bajadas, despacio: «¡Ouch..., ouch!...»; despacio en las planicies, y más despacio en los repechos: «¡Firme, firmeee!... ¡Arriba, güecitos! ¡Matrero, Vinchuca, Guayabo, Campero, güey!»

Y allá van las carretas, deshaciendo y haciendo leguas, sin prisa por llegar, sin prisa por volver. En los días escaldantes del verano es duro y penoso el viaje, en la cruda reverberación del sol a plomo, por el camino sin sombra, entre una nube de polvo que forma como un ambiente a la carreta. Pero en el invierno es peor. El camino pesado, el barro pegajoso como engrudo; los pasos a nado y el viento pampero chiflando en las pajas de la quinchá, y semanas enteras con un cielo de plomo, desandado en garúas y chubascos. El horizonte, próximo y ceniciento, tiñe en tristeza el paisaje, mientras en el camino, avanzando apenas contra el viento y la lluvia, pasan las carretas en agravada lentitud y van, una

UNA FIRMA BRASILENA

LOS CARRETEROS

Por DARCY ARAMBUJA

(Laureado por la Academia Brasileña de Letras)

tras otra, sumiéndose en la niebla. Mañanas de bruma helada, largos mediodías grises, tardes ensombrecidas y cortas: inmensos cuadros tristes que va el invierno trazando con el pincel del viento en la tela flotante de las neblinas...

No raro, al pie de la rampa de un camino, se esconde, bajo el pastizal lodoso, una covacha de tatú. Y la carreta, cargada hasta la quinchá, encaja allí una rueda hasta la maza. Entre maldiciones y picanazos, los bueyes se arquean sin lograr arrancar. De las otras carretas acuden yuntas de auxilio. Se agregan cuatro o cinco. Nueva gritería y cargas de picana a los dos lados. La rueda se mueve, sube un poco, pero recula de nuevo, cuando no revienta alguna cuarta. Por fin, se enfilan diez, quince, dieciocho, veinte yuntas. Ocho o diez carreros se apostan a los flancos, picana en ristre, y a la voz de «¡Aura! Yaguané, Lagartija, Retruco, Valecuatro, Chileno. güey!», las yuntas pegan el tirón sostenido y unánime, los jarretes distensos, gachos los pescuezos, y al fin, la rueda zafa, entre una algazara de gritos y ladridos, dejando socavones profundos en el barro.

—¡Oigalé! ¿No les dije que la yunta osca era peor que tormenta?

Pero cuantas veces solito y su alma, la carreta encajada en el pantano, el carrero curte la noche toda, bajo la lluvia que a través del poncho ralo se le mete en los huesos, en la negra desolación de la tierra encharcada, donde ni puede hacer fuego para darse el dulce consuelo amargo de un mate cimarrón.

¡Vida dura..., vida triste!... Pero el invierno pasa como el verano. Y ni lluvia ni sol apuraron el paso de la boyada. Porque en el mundo parece que el carrero es el único que jamás tiene prisa. Nada para él precisa ir más ligero que la carreta. Toda su vida reposa en hábitos formados al tranco de las yuntas. Sobre el pencho lerdo, al lado de la carreta perezosa, el carrero es por fuerza un ser lento, tanto en el gesto como en las ideas. De éstas no tiene más que los rayos que tiene la rueda, y como ellos, giran despacio en torno de un eje invisible; tardan en venir, y cuando llegan, se pierden en la voz gruesa y lenta o abortan en el gesto relajado.

A veces, después del pesado trabajo de reunir los bueyes remolones, uncir las yuntas, ensillar el matungo y comenzar la marcha, allí no más a la salida, un barquinazo seco rompe el eje. El carrero se le enoja al huraco que causó el accidente, lo llama «desgracia». Después se apacigua, se agacha un poco a ver... y se encoge de hombros. Si no trae eje de repuesto, lo que es raro, tendrá que cortar uno nuevo, o

esperar auxilio. De cualquier modo, el día está perdido. El hombre se estira, bosteza, suelta los bueyes, arroja las coyundas, enciende un cigarro ya empezado y va a juntar leña, de monte... o de vaca. Una hora después, lo que queda de la colilla pasa atrás de la oreja, y el carrero, sin sombra de fastidio, se prende al mate amargo, mientras el sol da vuelta.

Entre los días y los años que huyen, son iguales y pasan despacio los días del carrero. Leguas hechas y vueltas a hacer, en el mismo camino, que se estira al sol, en el mismo paisaje.

En un repecho bravo, que la carreta sube a gatas, los bueyes resollando y con tamañas lenguas, refocila de pronto un automóvil. La bocina grita. El motor ronca. Aquello pasa zumbando, espantando los bueyes. El carrero lo insuita entre dientes, medio enojado, medio en burla:

—¡Desgracia! ¡Se creará quel camino es dél!

No cree que aquello pueda ir lejos. Observa un poco y vaticina:

—¡Aura no más revienta!

Ante los rieles, la carreta para, mientras cruza el tren rumoroso, en demanda de ciudades lejanas. Cuando se disipa el humo de la vía, las yuntas retoman su tranco. Pesadamente, uno tras otro, las ruedas transponen los rieles:

—¡Bragau, Garabina! ¡Firme, güey!

De tardecita, una después de la otra, las carretas van llegando a la parada. Los carreros sueltan la boyada, atan los caballos a sogá, arreglan las guascas, juntan leña, y el fogón no tarda en brillar en las sombras crecientes. Al lado de la llama, las dos horquetas con la traviesa donde cuelgan la pava y la olla. Y esperando que el charque y las habas se ablanden, los hombres, sentados en cuclillas, pican tabaco y arman cigarros de chala, entre raras palabras y pocas risas. En derredor, la boyada va echándose y se duerme rumiando, cansada y tranquila. Desde el Oriente, la noche avanza, juntando a retazos las tinieblas que la esperan en los bajos, y va llenando con ellas la extensión silenciosa de los campos. Vuelan pájaros nocturnos. Las estrellas se encienden, lejanas. La comida es parca y breve. Terminada, los carreros, con las últimas fumadas, van echándose en los arreos, debajo de las carretas. A veces, un acordeón rompe el silencio y acompaña la melodía de modifias antiguas:

*Coitado do carreteiro
que nunca descanso tem,
soffrendo por esta estrada
as magoas da querer bem.
Quando atolou a carreta
na estrada da Soledade
fui ver o que tinha dentro:
Vinha cheia de Saudade!*

Si la noche es de luna, la voz del cantor, cansándose, indistinta y quejumbrosa, al son melancólico del instrumento, se derrama con suavidad indefinible por la soledad del campo. Despertados los terutereros, alertean a distancia. Hasta que el silencio vuelve a reinar, y hombres y bestias, cansados y sin sueño, se duermen de un tirón hasta la madrugada, bajo la mansa luz de las estrellas.

TRADUCCION DE MANUEL BERNARDEZ

Corresponsales administrativos de CIUDAD en provincias

RICARDO DURAN LOPEZ
CACERES

JESUS DUARTE
OVIEDO

JULIAN MERINO
Atarazanas, 7.—SANTANDER

VIUDA DE LISARDO CASTRO
ORENSE

MARGARITA CIFRE
PALMA DE MALLORCA

ENRIQUE GUERRA MARTOS
CORDOBA

LIBRERIA BARBA
Vergara, 9.—SAN SEBASTIAN

ALFONSO P. ORTEGA
VIGO

G. MOLINA GOMEZ
Ballesteros, 4.—VALENCIA

ANTONIO HERMIDA
EL FERROL

ROGELIO BELMONTE
General Esparteros, 9.—ALBACETE

FRANCISCO MARTINEZ VIERA
SANTA CRUZ DE TENERIFE

LIBRERIA LINO PEREZ
LA CORUÑA

LIBRERIA MANUELA MARIÑAS
LA CORUÑA

JUSTO LLACER
ALCOY (ALICANTE)

MATILDE CALZADA
CADIZ

JOSE BELMONTE
CARTAGENA

JUANA TORRES DE LA CAL
VALLADOLID

VIUDA E HIJOS DE MIGUEL GENER
JEREZ DE LA FRONTERA

JOSE MANTECA ORTIZ
SEVILLA

ALFONSO RAMIREZ
ZAMORA

JOSE PABLOS GALAN
SALAMANCA

UNION DISTRIBUIDORA DE EDICIONES
BARCELONA

JOSE RODRIGUEZ SANCHEZ
MURCIA

Ayuntamiento de Madrid

Cine

A N N A S T E N



FOTO "ARTISTAS ASOCIADOS"

De la lejana Rusia a Hollywood

La carrera de Anna Sten

Por ULYSES PETIT DE MURAT

Su padre era un bohemio. Pereció durante los días de la Revolución. Anna ya tenía vocación de actriz. Su juego infantil preferido fué el teatro desde su más tierna infancia. Hasta los oscuros días de la adolescencia, cuando tuvo que inclinarse (tal como lo hizo, en el esplendor de su carrera, en "Naná") para lavar pisos, actuaba en compañías infantiles o de adolescentes.

Le dió también por el periodismo. Era una mujercita recortada, de esas que logran sobreponerse al peso ancestral de los prejuicios que estorban la libre acción de las mujeres y salen a enfrentar la vida. No era su destino cumplir la tierna frase del poeta "no salió de su casa e hiló". Pero su puesto de redactora, vagamente honoraria, de un periódico de Kiev, no resultaba tan productivo, en los días siguientes al rojo octubre, como el de lavar copas en un restaurante. Las lavó por docenas, y así ayudó a su madre y a su hermana.

No tenía domingos. Su día de fiesta era aquel en que podía actuar en el teatro, encarnar personajes soñados constantemente en sus devaneos de adolescente, para abolir un poco la terrible realidad circundante.

Anna Sten, como suele suceder en los cuentos de hadas, encontró el oportuno mago. Un director la vió trabajar. Y la Cenicienta dejó de serlo. No de golpe, no por una ascensión principesca, sino con la lentitud de sacrificio que exige el arte a sus mejores representantes.

Ingresó en una academia de arte cinematográfico. Hizo pequeños papeles. Sometida al anónimo, en virtud de las convicciones comunistas, que ni aun en arte

permiten las "vedettes", su nombre, ya cuando su personalidad de actriz se empezaba a destacar, constituía un misterio para el Occidente.

Sin embargo, se la reconocía. Algunos eruditos del cinematógrafo mundial la nombraban, a riesgo de no ser creídos. "El carnet amarillo", film sobre un tema brutal de prostitución, y "Moscu ríe y llora", difundieron su lisa cara, un poco ancha, como reflejada en un espejo defectuoso; su corta nariz ansiosa, la fresca pulpa de sus labios juveniles y los ojos reconcentrados y tristes.

Partió para Alemania. Debía realizar algunas películas por cuenta de los Soviets. Decidió olvidarse de los Soviets y acordarse de sí misma. Le gustaba ser "estrella", y las ponderaciones de los directores alemanes encontraron un eco inmediato en la frágil muchachita rusa.

Entonces su nombre comenzó a preocupar. "Los hermanos Karamazov" y "La tempestad de las pasiones" le dieron un lugar de excepción en el cielo estelar de la cinematografía europea.

Aportó a la pantalla una personalidad de intensidad reconcentrada. A su excesiva juventud, por contraste, le quedaba bien cierta ansiosa aidez que reflejaban sus ojos inmóviles, la boca entreabierta y la nariz palpitante. Cuando se quedaba quieta ante la cámara, parecía llegar hasta nosotros de un mundo distante, desde un clima arrebatador, en que el sufrimiento y la tristeza debían tener algo de oculto, de secretamente delicado.

Su técnica de actriz consistía en la reserva de energías para comunicarnos fuertes impresiones en cuanto salía de su tesitura hierática.

Fué entonces cuando un viajero acaudalado la conoció y se enamoró (artísticamente hablando) de ella. El viajero, aparte del turismo, tenía actividades relacionadas con la industria cinematográfica.

Por

GABRIEL

GARCIA

ESPINA

fica más poderosa del mundo: la de Hollywood. Era un hombre decidido, y se llamaba Samuel Goldwyn.

Samuel Goldwyn convenció rápidamente a Anna Sten de que se viniera a los Estados Unidos en compañía de su esposo. Le comunicó sus proyectos de imponerla como "estrella" de gran categoría.

Por muchos indicios existentes, parece que se propuso colgarles una rival a Greta Garbo y Marlene Dietrich. Los productores aman terriblemente la tradición. Y la tradición demuestra que las grandes "estrellas", las máximas "vedettes" del cinematógrafo, fueron importadas de Europa.

Samuel Goldwyn, aparte de producir películas, es un hombre sagaz. Una reclusión de la futura gran "estrella" le pareció lo más conveniente (la popularidad de Greta Garbo se basa precisamente en su invisibilidad). Le puso maestros de inglés, de danzas y otras minucias.

Para la primera película buscó un asunto literario—que son los que han dado precisamente categoría a Greta Garbo—"Naná", de Emilio Zola, fué la obra elegida. Los adaptadores se ocuparon con gran diligencia en hacer el trabajo, por el cual recibieron espléndida retribución; escribieron un encuadre que recordaba sólo vagamente, y de vez en cuando, que se trataba de una filmación de "Naná".

Comenzaron a funcionar las medias páginas, las páginas enteras, en los diarios y revistas; los letreros luminosos en los caminos; las larguísimas charlas por radio. Se la nombraba a Anna Sten, en virtud de los dólares puestos en juego por don Samuel, más de un millón de veces por día.

Pero "Naná" no dió resultado positivo en las taquillas. Anna Sten estaba muy bien. El argumento era de vehemente y digno tono trágico. Pero a los norteamericanos no les interesan los grandes artistas que al final de la película no contraen matrimonio, ni los argumentos en cuyo extremo no figura una luna de miel encantadora.

Ahora Anna Sten reaparecerá en "Resurrección". (No más de dos películas por año, como Greta Garbo y Marlene Dietrich, parece haberse dicho Samuel Goldwyn.)

La tradición dice que esta obra de Tolstoi, en las épocas del cine mudo, con Dolores del Río y Rod La Rocque, gustó mucho. "¿Para qué hacer peligrosas experiencias?—se habrá dicho Goldwyn—. ¿Para qué filmar otra obra de Tolstoi o alguna de Dostoyweski, si lo que se requería era un tema ruso?"

Si "Resurrección" gustó con Dolores y Rod, más gustará con Anna y Friedrich March. Y, además, la dirigió Rubén Mamoullien, el director de Greta Garbo en "Reina Cristina".

Anna Sten ha llegado, pues, al punto más alto de su carrera. "Resurrección", en este 1935, nos dirá si al fin le han hecho un marco como para que luzca su espléndida capacidad de actriz.

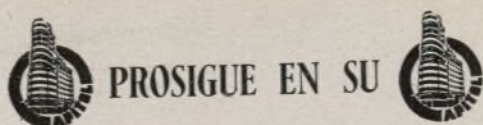


CONTROL

CINEMATOGRAFICO

- "ALTO" Deténgase usted y lea: la película merece la pena.
- ⊕ "CUIDADO" Un film con determinadas debilidades artísticas.
- "SIGA" Obra deficiente que no merece ni que usted se detenga a considerar su título.

○ La matanza.—Una buena película de Alan Crosland, nombre de reconocido prestigio para estos menesteres. El tema, dinámico y muy cinematográfico, nos lleva al aire libre y nos aleja momentáneamente de la avalancha



PROSIGUE EN SU

Segunda semana triunfal

La Dama de las Camelias



en

CAPITOL

teatral que venimos padeciendo en el cinema. La circunstancialidad del asunto no le resta méritos al film, y todos salimos muy contentos de los expeditivos procedimientos que Joe, el indio civilizado—muy bien incorporado por Richard Barthelmess—, pone en práctica para dignificar y elevar de nivel moral y material a sus hermanos de raza. Película que ustedes verán con gusto.

○ Imitación de la vida.—Gran film este del no menos gran realizador John M. Stahl. Construida la película sobre la novela de Fannie Hurst, y con el mismo título, procura, a pesar del literario pie forzado que la guía, salirse de los linderos teatrales todo lo posible. Aunque no lo consigue en muchas ocasiones, es tan enorme la cantidad de sabiduría cinegráfica puesta al servicio de la obra, tan ponderado y constante el hilo argumental y tan firme el admirable acierto interpretativo, que el espectador se hunde irremediablemente en aquel íntimo y doloroso suceso familiar. Claudette Colbert, Warren William y la actriz negra Louise Beavers son las tres principales figuras del reparto.

⊕ ¡Vaya niña!—Un buen film cómico. No comprendemos muy claramente por qué se exhibe de relleno en un programa, cuando hemos tenido que soportar en otras ocasiones películas muchísimo peores como fundamentales de una cartelera. En esta cinta británica, la comicidad y el estropicio se llevan hasta un límite de verdadero regocijo. Thelma Todd, tan guapa como siempre, y Stanley Lupino hacen una linda pareja recién casada y «bien avenida». Se reirán ustedes, que ya es bastante.

⊕ El rey de los Campos Elíseos.—Buster Keaton es lo único sobresaliente de esta película francesa. Sin embargo, se trata de un buen film para reír. En esta ocasión, nuestras salas de estreno se han repartido equitativamente la carcajada y el llanto. O se rie usted aquí o llora en el cine de al lado. No hay disyuntiva. Optemos por reírnos, como lo harán ustedes, y no nos metamos en más libros de caballerías.

⊕ Un secuestro sensacional.—Un suceso, de todos conocido—el rapto del hijo de Lindbergh—, ha sido aprovechado por los excelentes comerciantes de películas norteamericanas para llevar a la pantalla un argumento de análogo desarrollo. Por allá todo lo traducen en dólares. La película es discreta y siempre interesante, por las especiales circunstancias dramáticas dentro de las cuales se produce. Dorotea Wieck, consecuente con esos papeles maternos más o menos patológicos que suele incorporar, soporta en este film, con buen matiz interpretativo, las audacias de los «gangsters» secuestradores del Baby Leroy, su hijo en la película.

○ La Dama de las Camelias.—Magnífica versión francesa de la popularísima obra de Dumas. Este asunto, que ha conocido hasta ahora todos los métodos existentes de la vulgarización, vuelve al cinema sonoro impreso en una cantidad respetable de kilómetros de celuloide. La película es, pues, larga, pero no se nota. Y éste es su mejor elogio. El ambiente de entonces, hasta con sus detalles más nimios, tiene una fidelísima reproducción cinegráfica en todo su volumen: vestuario y escenografía. Yvonne Printemps hace una Marguerite Gautier de impresionante y maravilloso realismo. La escena de su muerte es algo para no olvidarlo fácilmente. Pierre Fresnay le da la réplica en un Armando Duval bastante bien encajado. La película, en conjunto y dentro de lo que puede dar de sí el asunto, es muy buena.

⊕ El difunto Tupinel.—Otra película de ese «corte» puramente francés que se nos ha hecho popular aquí. Alegría, pimienta, enredo, escabrosidad... Hay dos señoras muy guapas—Colette Darfeuil y Simone Deguyse—, dato muy digno de tenerse en cuenta.

HENO DE PRAVIA

¿Debe estar perfumado un buen jabón de tocador?

-Debe estarlo, como gracia añadida a su calidad, de modo que deje en el cutis limpio, terso y embellecido, un halo que acentúe la sensación de aseo, tersura y belleza. Así fué concebido y logrado, con originalidad inimitable, el perfume del Heno de Pravia, el jabón de los finos aceites.

PASTILLA. 1.30

PERFUMERIA GAL - MADRID - BUENOS AIRES



LA HORA DEL TE

Por PICÓ

POEMAS DE AMOR

I

Mi corazón te presentía
y mi deseo te buscaba.
Cerré los ojos.

¡Te tenía
aquí, dentro del alma!

II

Igual que la corriente de este río
es el amor que siento:
que con irse alejando de sus fuentes,
mucho más va creciendo.
¡Ay, fuente de amor mía,
desde que allá, en la sierra, te quedaste
no veo mis orillas!

III

En estas altas sierras
me espera mi amor.
¡Quisiera tener alas
en el corazón!

RAMÓN CASTELLANOS.

RUMBOS

Rumbo a tus labios venían
—estrellas con alas blancas—
veleros de mis deseos,
fletados por la esperanza.
Y yo, entre limones agrios,
fiel capitán de mi escuadra.
Islas, islas, islas, islas,
orlas de rutas soñadas.
Arrecifes de coral
y conchas de limpia plata.
Pero los puertos se cierran
cuando las naves se cansan
de perseguir los luceros,
como peces, por el agua.

P O E T A S
N U E V O S

Entonces la esfera dura
pierde sus ejes—sus anclas—
y sin perfil ni penumbras
circunscribe torpes ansias.
¡Poliedros hechos de luna,
con las aristas en ascuas,
giran locos, sin moverse,
sobre el mar, sobre las playas!

J. GALLEGO DÍAZ.

CASTILLA

Paisaje histórico.

Muerta como una novia
blanca de tierra y polvo:
Castilla, que reposa
seca ya de perfiles
y seca ya de historia.

¡Castilla sólo es eso!
Carne seca en los hombres,
edificados muertos,
muertos los horizontes
con lejanas quimeras...
Nada... Tierra y tierra,
Castilla,
novia muerta.
Hombres de carne seca,
seca también la tierra;
escorzada en el polvo.
¡Castilla, novia muerta!

Paisaje con figuras.

Tú y yo...
(Figuras vivas del paisaje:
nuestra carne
una flor
de amapolas en trigales.)
Cruzaremos el campo
del solar castellano;
caballo llevaremos,
y galgo...

JESÚS VILLA PASTUR.

PASTORAL

Voy por aquella moza
de la ribera:
muslos de rama desnuda
y ojos de hierba.
Voy por aquella moza
de la ribera,
que luce en el prado
entre las ovejas,
que nunca empañó su mirada
ni hiel ni tristezas.
Senos tiene de luna mora,
y aroma de flores de selva...
¡Voy por aquella moza
de la ribera!

VARELA VÁZQUEZ.



Vestido de chine adornado de volantes de organdí, rizado de seda y mangas abullonadas

Creación Rouff

¡La infancia!... Es la primera edad de la vida y, desgraciadamente, es también a menudo la última, porque el hombre empieza y acaba por la debilidad, y toda su vida está impregnada de este sello de debilidad. Es también la edad de la inocencia. Los niños gozan de la vida sin sospechar que nunca más volverá a ser tan bella para ellos: acaparan las alegrías sin ningún mal pensamiento. ¡Tanto mejor! Es un anticipo que se toman sobre los días que han de llegar.

La duración de la infancia varía según la precocidad de la educación. Sabed, pequeñas mamás, a quienes incumbe este cuidado sagrado, que el hombre necesita mucho tiempo ser "niño". ¿Por qué apresurarse a quitar a estos queridos pequeños el primer elemento de su vida, la ingenuidad y el candor y, sobre todo, el adorno tan simpático que es la sencillez? Sí, dejadles ser "niños" el mayor tiempo posible. Entre todas las cosas que contribuyen a darles una seriedad prematura, citaremos la cuestión vestimenta.

No vestirlos con demasiado rebuscamiento. Siempre sencillez. Un niño es hermoso porque tiene buena salud. Se le admira por sus miembros llenitos, sus mejillas duras y sonrosadas. No olvidéis que, con la diferencia de los primeros vestidos, nacerá en ellos el sentimiento de la diferencia de clases sociales: empezarán a darse cuenta de que hay ricos y pobres en cuanto sepan distinguir un tejido de seda de uno de lana.

No les prohibáis jugar, correr, saltar, trepar, por miedo a que estropeen sus vestidos nuevos. No les hagáis esclavos de vuestra propia coquetería. Evidentemente, los niños, sobre todo las niñas, son felices al estrenar un vestido nuevo; no las repitáis demasiado que van "a estar guapas" con aquel vestido tan bonito, porque os exponéis a sorprenderlas demasiado a menudo mirándose en el espejo, persuadiéndose que son, en realidad, encantadoras. La coquetería de las madres hace ser coquetas a las niñas. Ya rendrán tiempo de imitar a mamá. Un día llegará en que se verán guiadas con la mayor naturalidad por la elegancia de esa mamá y por los modelos que tendrán ante su vista. Con un poco de atavismo, repetirán un día, con una naturalidad sorprendente e inconsciente, las mismas actitudes distinguidas y los mismos gestos encantadores.

Y en cuanto a los niños, ¡qué importancia tiene en su vida el día que visten por primera vez pantalón largo!... ¡Bien seguro que lo recordarán mejor que cualquier fecha histórica!

Vestid a vuestros pequeños de blanco, si es posible: ningún color les sentará mejor, ningún otro vestido demuestra mejor que el blanco el cuidado extremo de que están rodea-

Modas Cortes de París por Madeleine Millet

Hablemos también de los niños

dos. El rosa y el azul pastel son también muy bonitos; estos dos tonos, combinados, serán de un efecto delicioso.

Para un bebé de dos años, se podrá hacer un vestidito de franela azul adornado con incrustaciones de franela rosa, realzado con un punto de encaje, o un vestidito en crepón de lana rosa pastel, adornado con piqué blanco o azul. Como prenda de más vestir, no hay nada más mono que un vestidito en crepé satén con mangas ranglan y los hombros adornados con pequeños pliegues, que marcarán el vuelo; los mismos pliegues se repetirán en el delantero del vestido, partiendo de un canesú muy estrecho; la espalda será lisa, cerrada por minúsculos botoncitos.

Para un muchachito muy joven, bajo un abrigo de terciopelo blanco, con una pelerina corta, un vestidito con tirantes de terciopelo planchado azul pastel y una blusa de



Una vista de la Exposición Internacional de la Muñeca, organizada por la Cruz Roja, que se celebra actualmente en París

mangas muy cortas. Para un niño de un poco más edad, un vestidito de franela gris. La blusa, cortada en plastrón con pata, podrá ser adornada con botones de un color que haga juego con el cuellecito redondo, en marrón o en azul marino. El pantalón, muy corto, y manguitas.

Para la "señorita", un confortable abrigo clásico, adornado con un cinturón fantasía o de tejido, con seis botones grandes, con dos solapas, dos bolsillos amplios y un pequeño cuello de terciopelo, sobre el cual podrá colocar un echarpe de lana de abrigo y suave, que habrá confeccionado ella misma: he ahí la vestimenta ideal para ir al colegio. Debajo llevará un vestido de lana o de China, de forma camiserito, o un vestido marinero, o una blusita camiserito con falda plisada. Cuando salga con su mamá, se pondrá



Vestido de organdí de seda de color natural, bandas de otomán azul claro, fondo de chine color pétalo de rosa

Creación Rouff

un lindo vestidito de tafetán con mangas de quimono, con un volante adornando el pequeño descote redondo y el borde de las mangas, que serán cortas, hasta el codo. En fin, para un vestido de gran ceremonia, engatusará a su papá para que la regale un precioso vestido como el modelo de organdí de seda que se ve en una de las fotografías.

Como hoy hablamos más particularmente de las jovencitas, voy a distraerlas con una visita que acabo de hacer pensando en ellas.

Casi todas deben estar al corriente de la Exposición Internacional de la Muñeca, que se celebra actualmente en París, organizada por la Cruz Roja, puesto que muchas de ellas han tomado parte en esa Exposición. Sin confesar parcialidad alguna, debo reconocer—esto tal vez debido a la influencia de mi gran simpatía por las cosas de España—que mis preferencias han sido para las muñecas de mis futuras lectoras.

Una de ellas me ha recordado Toledo, con su muralla almenada, su Alcázar del siglo XIII y su magnífica Catedral gótica. Luego vi dos amores de muñequitas, hechas por un grupo de colegialas de Aragón. Un poco más lejos, las castellanas se han sobrepasado en el arte de vestir la muñeca que debían enviar a París. También se ven los envíos de las muchachitas de los colegios de Segovia y de León. Y, en fin, completaban esta colonia miniatura dos deliciosas valencianas de cabellos rubios, adornadas con una enorme peina de cobre y vestidas con sedas de Valencia. ¡Bravo, mis pequeñas amigas, y las gracias más efusivas por vuestro amable concurso, que ha contribuido al gran éxito que obtiene a diario esta Exposición! Ya veis: hasta los juguetes tienen un fin utilitario, puesto que sirven para extender el gusto de las elegantes modas de cada país. ¡Bravo también por vuestra habilidad para manejar la aguja y por el gusto exquisito que habéis demostrado! Al mismo tiempo, habéis festejado con esos trajes tradicionales todos los aspectos que la Naturaleza ha otorgado a vuestro bello país... ¡Soy vuestra sincera admiradora!

Puesto que habéis puesto todo vuestro corazón en la confección de estos personajes, os voy a referir una pequeña historia vivida: El día que se inició un fuego en la casa de la señora d'Aubigné, madre de madame de Maintenon (mujer de Luis XIV, rey de Francia), la niña lloró. "¿Pero vas a llorar por la pérdida de una casa?", le dijo su madre. "No lloro por la casa—le contestó ésta—: ¡lloro por mi muñeca!"



el excelente primer actor del teatro Muñoz Seca, en una de sus caracterizaciones más felices

TEATRO

P o r A L F R E D O M U N I Z

Cartelera madrileña

Novedades escénicas más o menos relativas

—Los nietos del Cid, de Serrano Anguita.
—¿Gustará?
—Cuando lleve diez o doce representaciones, podré contestarle.

—¿Desembarcaron Guerrero-Mendoza y sus huéspedes?
—Sí, señor, en Cádiz.
—¿Actuarán inmediatamente en Madrid?
—La idea de ellos era realizar primero una excursión por provincias; pero ahora, con lo ocurrido en Fontalba, es casi seguro que traten de deshacer los asuntos firmados y se presenten rápidamente en el feudo del Marqués.

—Y a propósito del Marqués: ¿qué le ha ocurrido con Joaquín Dicenta?
—Con Dicenta y con diez autores más. Porque, con éste, son ya once los comediógrafos que han jurado no volver a estrenar en el teatro Fontalba.
—¿Razones?
—Las ignoro. Pero, según declaraciones de Dicenta, parece que el señor Fontalba exige unas condiciones para actuar en su teatro, que ¡ríase usted de las célebres horcas caudinas!
—Pues, con cinco o seis vetos más, tendrá que dedicar su local a cine.

—Eso de la conmemoración del tercer centenario de Lope de Vega, ¿no cree usted que camina con cierta lentitud?
—¿Con cierta lentitud? ¡A paso de tortuga! Llevamos vencido el mes de marzo y, a estas horas, apenas si se ha hecho más que lo del grupo «Anfistora».
—Efectivamente, todo se vuelven proyectos, notas, promesas más o menos vagas... Total: que llegaremos a finales del año y no se habrá llevado a cabo nada práctico. ¡Me conozco a mis clásicos!

—Datos para la historia: Celia Gámez continúa siendo «vedette» de revista. Y actuando en el teatro Nuevo, de Barcelona. Y pintándose un lunar en la mejilla. Y cantando medianamente.

—¡Hombre! ¿Y aquella excursión artística que estaba preparando el ex jabalí de las Constituyentes, señor Balbontin, para dar a conocer tres magníficas comedias suyas?
—Pues siguen los preparativos.
—¿Todavía?
—Todavía. Tenga usted en cuenta que, para organizar excursiones artísticas de esta índole, hace falta una compañía de actores, y que los actores suelen pedir unos préstamos antes de comenzar la actuación... ¡No es tan fácil organizar un negocio teatral como pronunciar un discurso violento en las Cortes!
—Es verdad.

—¿Al fin!
—Al fin, ¿qué?
—Al fin, ha terminado Luis de Vargas el acto tercero de la comedia del María Isabel.
—¿Y qué?
—Que lo llevó inmediatamente al teatro.
—¿Y qué más?
—Que ya están ensayando la obra.
—¿Y qué más?
—Que dicen que es muy graciosa.
—¿Y qué más?
—Pues... nada más.

—Más datos para la historia: Cierta actriz —guapísima, por cierto—apareció en el mundo de la escena con unos apellidos de marcado abolengo español: Aurora García Alonso, por ejemplo. Pasado algún tiempo, la actriz metió entre el García y el Alonso un pomposo guiño. Pasado más tiempo, suprimió el guiño y ayudó el García con el Alonso. Pasado más tiempo todavía, es decir, anteayer, me entero por un diario de provincias que ya no se llama García Alonso, ni García-Alonso, con guiño en medio, ni Garcialonso, todo seguido, sino Garcilonso... ¡Formalidad, admirada y bella actriz! Porque, de seguir así, va usted a terminar llamándose Aurora Núñez de Balboa. ¡Y se van a hacer un lío las empresas!

Coliseum: «Bodas de sangre».—Lola Membrives, después de una larga ausencia, se presentó en el Coliseum al frente de su compañía. Y se presentó con «Bodas de sangre», la admirable obra que impuso sus calidades, que nutrió de alientos poéticos el páramo pelado de la emoción teatral de esta hora—hora cansada de inquietudes, fatigosa de inspiración, torpe de ritmo—, que elevó a las justas cumbres del señorío del talento a un espíritu fino de sensibilidad, ancho de horizontes, borracho de todas las luces que nacen, no se sabe dónde, para alumbrar mundos de arte, paisajes de esperanza; un poeta, en fin, sacado de la celda franciscana—rectángulo de cal y de silencio—de sus libros, para encaramarlo, con gritería de fervor, con calor de muchedumbres, a las frondas más altas del árbol de la popularidad.

¡Bienvenida seas a esta tu casa, Lola Membrives! Tu brazo, firme de calidad dramática, tiene apoyo seguro en el brazo vigoroso de inteligencia del poeta. Tú y él, aliento con aliento, brazo con brazo, formáis una muralla de arte, donde deben romperse, se romperán, las pobres olas de un pobre mar vacío de sonoridades, huero de caracolas, silencioso de susurros... Que Madrid se te abra en una ofrenda de entusiasmo. Y que te otorgue el don de su asistencia. Y que junte diariamente sus manos en un homenaje de palmas a tu arte, para que tu arte se emborrache cada noche con el vino caliente del fervor.

«Bodas de sangre», reseñada y celebrada ya por la Prensa y el público de dos mundos, sólo puede suscitar en esta venturosa hora de su resurrección en la escena española un comentario a la nueva versión que a ella le da la señora Membrives. Esta actriz ha visto la obra de García Lorca al través de la lente propia de su temperamento. La ha desentrañado, ha buceado en los repliegues de sus calidades menos visibles, ha hurgado en los nervios más sensibles de su humanidad y ha creado, o, por lo menos, ha descubierto filones de ternura, vetas de calidad, manantiales frescos de alientos que palpitaban en su entraña con silencio incomprensible, para llegar, entre luminarias de acierto, a una de las creaciones más venturosas de su historial magnífico. Así lo entendió el público, que hizo objeto a la actriz de constantes y encendidas manifestaciones de entusiasmo, a la que unimos, cordialmente, la nuestra.

Con la señora Membrives compartieron el clamor de los aplausos, en plano relevante, Helena Cortesina, actriz cada día más excelente y más eficaz; Blanca Alonso de los Ríos, justa y entonada; la señorita Larea, que dijo con emoción los versos de la nana; Isabel Zurita, que dió prestancia poética a su papel, y, en un orden secundario, cuantas artistas intervienen en el reparto femenino.

Muy entonado, muy severo y muy sobrio, Luis Peña. Y, en fin, dignos de alabanza por el acierto de sus respectivas interpretaciones, los señores Maximino y Lemos.

El público, prendido en un entusiasmo unánime, reclamó la presencia de Federico García Lorca al final de todos los cuadros de su poema.

María Isabel: «¿Por qué te casas, Perico?»—Dos periodistas notables y autores también experimentados en las lides teatrales, unidos recientemente en una colaboración que se inicia por partida doble—la misma noche estrenaron una comedia y una revista—, han dado a la Empresa del María Isabel el fruto primogénito de su colaboración: «¿Por qué te casas, Perico?» No han pretendido los señores Ramos de Castro y Mayral—éstos son los notables periodistas aludidos—realizar en esta obra una empresa de arte, sino, simplemente, ponerse a tono con los gustos intrascendentes que imperan actualmente en los ámbitos teatrales y dar satisfacción a un público que no se recata en declarar su condenación para cualquier espectáculo que le proporcione la terrible molestia de pensar. ¡Oh, triste declaración que pone rubor en las mejillas de todos los tontos del pensamiento!

Se trata de una comedia en la que se mezclan, en dosis equivalentes, lo cómico, más o menos disparatado, y lo sentimental, menos o

más conseguido; pero una y otra cosa servida con un diálogo chispeante y jugoso y con un decoro que acredita en todo instante la brillante ejecutoria de las plumas que le dieron aliento.

La compañía del María Isabel dió a «¿Por qué te casas, Perico?», una interpretación discreta; el público aplaudió con calor bastante para asegurar a la pieza vida próspera en los carteles, y uno de los autores—Paco Ramos de Castro; el otro, José Mayral, hubo de hacer los honores al auditorio del teatro Romea, que aplaudía a ambos con idéntico entusiasmo a aquella misma hora—salíó al proscenio al final de cada acto entre ovaciones y parabienes.

Muñoz Seca: «Con las manos en la masa».—Antonio Vico, uno de nuestros actores jóvenes más eminentes, que junto con su esposa, la notabilísima actriz Carmen Carbonell, realiza en el Muñoz Seca una campaña tan digna de loa en su aspecto artístico como desventurada en su resultado económico, ha tenido el gesto romántico de apadrinar una obra escrita por dos compañeros suyos de profesión: Joaquín Alfayate y Marco Davó. Estos, conocedores por imperativos de su oficio de todos los recursos de la mecánica teatral, han escrito una comedia de tipo asainetado, verbo ágil y gracia auténtica, que fué sancionada por el público con inequívocas demostraciones de complacencia unánime. Y que, sobre todo, dió ocasión a la señora Carbonell y al gran Antonio Vico para lucir una vez más las galas de su talento interpretativo.

Con los titulares del Muñoz Seca cooperaron a la magnífica interpretación de la comedia los artistas del elenco que tomaron parte en el reparto.

Romea: «Al cantar el gallo».—El teatrillo de la calle de Carretas renovó sus carteles con una piececita—opereta bufa la denominan sus autores—que sigue fielmente las rutas despreocupadas del disparate marcadas en aquel escenario como norma de producción y también como antecedente de éxito.

Paco Ramos de Castro y José Mayral—veteranos de la pluma, a pesar de su juventud, en las lides periodísticas—han derrochado el caudal de su buen humor en quince días—no creemos hayan tardado más en escribir *Al cantar el gallo*—de colaboración fecunda. Se trata de una especie de torneo de hacer reír, en el que los autores cogen por los pelos toda ocasión de efecto cómico, sin pararse un instante a considerar dónde deben alzarse los muros infranqueables de la discreción y el buen gusto. Chistes y situaciones de dislocada comicidad se suceden constantemente a lo largo de la pieza, ilustrados pródigamente por la musa lírica del maestro Luna, que ha compuesto una partitura pobre de inspiración y desconcertante de técnica, pero abundante en pretextos para que el delicioso plantel de vices, «vedettes» y «supervedettes» luzcan las galas de su juventud y de su belleza.

Al cantar el gallo tuvo ese éxito, ya tradicional en los teatros de revista, que requiere al final de la representación la presencia en la escena de cuantas personas—alrededor de un centenar—cooperaron más o menos directamente a la elaboración del mismo. De ellas, lo menos seis u ocho se creyeron en la obligación de dirigir la palabra al público que asistió al estreno. Y lo hicieron, naturalmente.

Victoria: «Poesías», por González Marín.—Ha vuelto González Marín. Su voz y sus gestos, encendidos de arte, han vibrado de nuevo ante el auditorio incondicional del rapsoda en la escena del Victoria.

Encarna González Marín una personalidad propia en el arte de la recitación. Los versos, al recibir el aliento cálido de su verbo, al tomar forma plástica, expresión de movimiento, en la magra humanidad del artista, se nutren de palpación emotiva y establecen una corriente de compenetración perfecta entre el valor espiritual de la poesía y el poder de captación de todas las sensibilidades. Tiene este mago de la recitación, en el gesto y en la palabra, en la figura y en la acción, calidades extraordinarias, que aureolan su arte de una especie de nimbo luminoso, cuyos rayos inundan de claridad el espíritu público para hacerle sentir la emoción maravillosa del arte puro. Por eso, González Marín, creador de una modalidad escénica tan personal como de difícil imitación, ha logrado, en esta hora triste de indiferencia general para el arte, ganarse la estimación entusiasta de un auditorio que corre siempre tras él para rendirle el tributo caluroso de sus palmas.

Rueda, Villalón, García Lorca, Alberti, los Machado, Góngora, Ayala, Menéndez Pidal Canedo, Gabriel y Galán, Benavente, los Quintero y otros ilustres maestros de la poesía clásica y contemporánea fueron interpretados por José González Marín con ese estilo brioso y personal que le ha situado en el primer plano de la recitación.

El público llenó la sala del Victoria en todos los recitales y dedicó a González Marín constantes y fervorosas ovaciones como pago a su admirable trabajo.

ENTRE ACTO Y ACTO

DIALOGOS IRRESPONSABLES

—Debutó Lola Membrives con *Bodas de sangre*, el magnífico poema de García Lorca. ¿Fue usted a verla la noche de la presentación?

—Fui; que no anda la escena española en estos tiempos tan sobrada de acontecimientos artísticos, como para desdeñar un espectáculo positivamente interesante.

—¿Y qué le pareció?
—Excelente la obra, excelente la interpretación que a ella le da la señora Membrives, excelente la labor realizada por Helena Cortesina, excelente asimismo alguna otra intervención artística; pero...

—¿Cómo! ¿Después de tanta excelencia, va usted a salirse con un «pero»?

—Sí; pretendo ser siempre justo. Y justo es decir que la compañía, en general, es bastante pobre de figuras. En el reparto de *Bodas de sangre* «doblaron» cuatro o cinco actrices. ¿No cree usted que esto sea motivo de reparo?

—Sí; realmente, no debieron doblar tantas artistas. Sobre todo, Isabel Zurita... ¡de ninguna manera!

—¿Y qué: Antonio Vico, termina o no termina su temporada en el Muñoz Seca?

—¿Cualquiera lo sabe!

—Por lo visto, se trata de un secreto.

—De un secreto, no: de la voluntad de la dueña del teatro.

—No lo entiendo.

—Verá usted: Desde hace algún tiempo, las prórrogas de la actuación se vienen haciendo de semana en semana. Es decir, los sábados, si a la propietaria del Muñoz Seca le parece bien, le dice a Antonio Vico: «Continúe usted otra semana.»

—¿Pero esto es inconcebible!

—Todo lo inconcebible que usted quiera, pero cierto. Y así resulta que la compañía Carbonell-Vico, con una obra de éxito en los carteles, no sabe si habrá de concluir la temporada este o el otro sábado... Total: que si a doña Consuelo Portela se le antoja, puede darse el caso de que Vico haya dejado de actuar en el Muñoz Seca cuando el presente número salga a la calle.

—Y, de marcharse Vico, ¿qué espectáculo le sucedería?

—Cine.

—Pues... ¡se va a divertir la empresaria de Muñoz Seca!

—¿Ensayan en Lara?

—¿Qué hacer si no? Para mal, el mio continúa aletargada de desinterés.

—¿No va público?

—Muy poco. Y cuidado que la comedia es divertida: una de las obras más finas de las escritas por los Quintero en estos últimos tiempos.

—¿No hay quien entienda al público!... ¿Y qué ensayan?

En España, cada región nos da una prosa, un verso y una flor; nos enseña un tipo de hombre y de mujer, un paisaje y una arquitectura, un cielo y un clima. Pero sobre todo eso, en el valor inmensamente decorativo de sus diferencias regionales, nos canta una canción en el dulce idioma regional, nos baila sus danzas y nos enriquece las retinas con los trajes nativos.

Riqueza como pocas, tal vez como ninguna, la de nuestro vestuario regional. Mujeres y hombres de Valencia, las Vascongadas, León, Andalucía, Extremadura. No hay similitud ni en la gracia del tocado, ni en la algarabía de color, ni en el corte de las prendas. Es todo un mundo, vasto mundo de vestidos femeninos y de hombre que ningún otro pueblo de la tierra puede enseñar en igual cantidad o calidad. Es un ropero en que las prendas de Galicia, Aragón, las Baleares, Asturias, tienen todas su historia propia, y son to-



das complementos de una historia mayor y fecunda, que nace en los pliegues severos de Castilla.

Y empero, en nuestras provincias ya no se cultiva el donaire del traje regional. Un vestido común unifica y monotoniza a nuestra población; necesidades de labor o escaseces económicas, deseos de mayor desenvoltura y libertad de movimientos, lo cierto es que en España los trajes nativos van quedando en el olvido, en un lamentable ostracismo.



Para lo que van quedando los trajes nativos

FOR

R.

M.

L.



Hemos visto a unos pocos en el Carnaval pasado. Iban mezclados con trajes de Rusia, Rumania, India, Japón, Marruecos, etc. Enlazados unos y otros en un mismo fin decorativo, que no es en verdad la razón primordial de su existencia, y que al producirse nos obliga a pensar con tristeza que los trajes nativos se acaban.

La vida material ha blanqueado al mundo entero. El cinematógrafo, el periodismo, los grandes medios de locomoción y expresión de la edad moderna se filtran en todos los ambientes para dar a conocer los pormenores de otros medios.

Así tenemos que en el Asia, donde existían hasta no hace mucho razas exclusivas en sus modos de vida, comienzan a adoptar elementos occidentales, en un tonto afán de ser como nosotros. La gracia del "kimono" japonés se cambia por vestidos europeos. La elegancia del vestido de "mestiza", de Filipinas, se



trueca en modelos norteamericanos. En una y otra parte sólo quedan para ocasiones especiales, tan especiales y a la par triste, como el Carnaval. Parecería que la misión fundamental de sabor de la tierra de los trajes nativos se ha perdido por completo, para quedar en pie el subalterno valor decorativo.

Con pena, con la tristeza que acentúa la lógica de los tiempos que a esas claudicaciones obligan, anotamos estas reflexiones al huir, con las últimas horas de la tarde, las máscaras del Domingo de Piñata.



—Tal vez ustedes recuerden aún cuándo fué vista la última vez en público la princesa. En La Opera, aquella noche daban "La Sonámbula". Aquella noche yo tenía una cita: debía ir a cenar con la condesa de Monthéry. Me dicen que aquella noche en La Opera se había reunido toda la buena sociedad.

EL ESPIRITU DE LA NOCHE

Por J. BEESFON

ILUSTRACIONES DE GORI MUÑOZ

—Sí, señores míos—dijo el príncipe Villarsky, dejando caer sobre la alfombra el *Petit Journal*—, se ha charlado mucho sobre la desaparición de mi mujer. Es probable que hasta ustedes se hayan puesto en trance de hacer conjeturas y las hayan difundido. Naturalmente, yo no puedo hacerle un cargo por eso. Mi mujer ha desaparecido realmente. ¿Volverá alguna vez? Pues bien: escúchenme. La princesa Micaela no volverá más, así como no reflorescen las flores agostadas y así como no vuelven más los años idos.

Y como el camarero del círculo se aproximaba para recoger el diario, el príncipe calló.

Estaban en el salón de fumar siete hombres, que, hasta entonces, habían permanecido entregados a la lectura de los diarios, pero que ahora se manifestaban dispuestos a escuchar lo que decía el príncipe. Todos, con la única excepción de un señor que, sumergido en la lectura del *Petit Journal*, no levantó siquiera la vista.

La princesa Micaela había hecho su primera aparición en la sociedad parisiense hacía sólo tres meses, conquistándose la admiración de todos. Los salones aristocráticos se sentían felices de acogerla, porque el hielo de las conversaciones se diluía con su amabilidad.

Un soneto publicado en la *Revue de deux Mondes*, titulado «El espíritu de la noche», había sido, sin lugar a dudas, dedicado a ella.

Improvvisamente, la dama había desaparecido.

—Y si ustedes me preguntan dónde está la princesa—prosiguió el príncipe—, yo les responderé: pregúnteme dónde están las falenas que vimos revolotear el año pasado, pregúnteme dónde están los meteoros que aparecen por un instante ante nuestros ojos y que luego desaparecen para la eternidad en los espacios celestes.

Todo esto era un poco teatral. Y, si se tienen en cuenta las circunstancias, de un gusto muy relativo.

El asunto atacaba un poco los nervios de los auditores; el séptimo de ellos permanecía aún sumergido en la lectura de su diario. Y el camarero, con su elegante uniforme gris con grandes botones, estaba reclinado, listo para sacar de su lado un cenicero lleno de colillas de cigarrillos.

«¿Qué es lo que estaba por referir aquel tipo del príncipe?», pensaban todos los presentes, que se habían inclinado silenciosamente hacia él, en sus amplios sillones de cuero.

El príncipe miraba con ojos fríos y calmos, y el interés de todos les hacía perdonar hasta la iniciación retórica del relato.

—Se me ha dicho—expresó el príncipe Villarsky—que yo debo una explicación acerca de la desaparición de la princesa

a toda la sociedad parisiense; la cortesía la exige, y yo temo que, dentro de no mucho tiempo, la exija también la policía.

«Ya ha sido dicho por muchos poetas que la vida es una gran aventura. Así, pues, ahora voy a referirles un capítulo de mi vida aventurera. Pues, no obstante mi título extranjero, yo soy francés; ¡ustedes no se sorprenderán! ¡Se sorprenderán si la que yo voy a contarles termina por ser una historia de amor!»

Se volvió hacia el camarero y le dijo:

—¡Tráigame tres cigarros!

El camarero salió para cumplir el pedido.

—Tal vez ustedes recuerden aún cuándo fué vista la última vez en público la princesa. En La Opera, aquella noche daban «La Sonámbula». Aquella noche yo tenía una cita: debía ir a cenar con la condesa de Monthéry. Me dicen que aquella noche en La Opera se había reunido toda la buena sociedad. La princesa Micaela llevaba un vestido color anaranjado con rosas rojas, adorno que siempre le había sido muy grato; tenía un collar de quinientas perlas orientales, que le cubrían todo el escote y que brillaban sobre el vestido como una luminosa maravilla; diamantes rojos brillaban en sus dedos, y en sus cabellos, una media luna de rubies. No les entretengo con la referencia de estos detalles por vana complacencia, sino porque ellos parecen indispensables para el claro entendimiento de mi historia.

«Parecía que la princesa estaba muy triste y que, al final del primer acto, estaba evidentemente próxima a las lágrimas. Se pensó que fueran causa de ellas las dulces melodías de Bellini, que tan largamente recogen patéticamente nuestra alma. Apenas cayó el telón, la princesa abandonó su palco. Y no volvió más. ¿Qué hizo? Señores, lo que hizo yo lo he oído de sus propios labios, y, por lo tanto, puedo imaginarlo con una precisión tan absoluta como si lo hubiese visto con mis mismos ojos. Tan familiares me son los personajes de la acción. La princesa, entonces, regresó a casa y, por teléfono, pidió su máquina más veloz. Cinco minutos después, envuelta en su piel, se sentaba en su automóvil, y, una hora después, estaba ya lejos de París, sobre uno de los caminos que conducen hacia el sur de Francia. El ruido del motor despertaba a los rebaños adormecidos, y los postes telegráficos desaparecían, fulmínea y fantasmagóricamente, detrás de su máquina.»

El príncipe hizo una breve pausa y tomó uno de los tres cigarros que el camarero le había traído en un cubilete, alejándose después un poco, pero sin dejar el salón de fumar. Estaba lleno de curiosidad, y se comprendía bien que no le había tocado nunca una velada semejante.

—Tenemos todavía un poco de tiempo ante nosotros—continuó el príncipe Villarsky, metiéndose el cigarro entre los dientes y arrellanándose cómodamente en su amplio sillón de cuero—. Sigamos, pues, paso a paso, a la princesa. Esta, impulsada por un deseo irresistible, cumple un largo viaje. La noche declina ya, y la obscuridad comienza a teñirse de una blancura fantasmagórica. Después de detenerse brevemente en un pequeño albergue, el auto reemprende su carrera vertiginosa. La princesa ordena parar: el rocío comienza a evaporarse, y la blanca mayorana, en el precipicio, emana un perfume enervante; la princesa aspira aquel perfume como algo familiar y propio y, con una mirada indescriptible, contempla los lejanos campos de cebada y los pantanos, sobre los cuales los tristes sauces dejan caer sus ramas.

«Es aún casi de noche, y la princesa ordena al chofer que la espere. ¿Dónde se encuentra? Por motivos que serán aclarados pronto, señores míos, debo callar esta indicación, por otra parte superflua. Diré solamente que se encontraba en la provincia de Perigord. Ella debe conocer bien esa zona, porque sus pasos, al subir hasta una breve altura, son resueltos y seguros. Llegada a la cumbre, la princesa vió despuntar una luz roja detrás de la ventana de una casucha, y, ante aquella visión, la princesa oprimió las manos contra el pecho, como para detener los latidos agitados de su corazón. Detrás de la casa hay un bosque tupido y obscuro como si de él surgiera la noche misma. Un grito melancólico como un lamento, el del mochuelo, resuena tristemente, y le hace eco el otro, más próximo, del buho. Desde abajo, desde el pantano, sube un croar intermitente de ranas.

«La princesa avanza y se encuentra delante de una choza. Llama. Ha llegado a la meta de su viaje. Entra y se encuentra en una cocina: sobre la gran chimenea, en la pared, arden trozos de leña, y de los travesaños de la campana, ennegrecidos por el humo, penden jamones y ristras de cebollas y de ajos. Hay también un gran reloj en la pared, y cada tic-tac de su pesado péndulo mata un segundo. Sobre la mesita arde una humeante lámpara alimentada con aceite pestilente.

«Un hombre está sentado a la mesa y escribe, cifra sobre cifra, en un viejo libraco de cuentas; y aquel trabajo insólito da una tensión extraña a su rostro, recubriendo de pelusillas rojas. Es ancho de hombros y fuerte de estatura; sus cabellos tienden ya al color grisáceo, y su blusa abierta revela su torso de atleta. La irrupción de la princesa le hace darse vuelta repentinamente. Una pregunta juega en sus ojos, y su frente se arruga. Se pone en pie. Su rostro palidece...

«Convulsivamente, aprieta los puños poderosos y encallecidos por la labor campesina. Abre la boca como para decir algo, pero no logra emitir más que sonidos inarticulados. Todo su cuerpo tiembla, y se ve obligado, de pronto, a sostenerse de la mesita. Un sudor fino le llena de perlas la frente. ¿Qué horrible conmoción ha hecho presa de él? ¿Quién puede ser aquella mujer?

«Ella es su mujer, señores.»

Todos los presentes se sobresaltaron. Sólo el hombre que leía el *Petit Journal* no se movió: tal vez estaba adormecido. El camarero, que rondaba en torno a la mesa, se dió vuelta, y sobre su rostro erró una sonrisa.

—Su mujer, señores míos—prosiguió el príncipe Villarsky, mordiéndose su cigarro y siguiendo con sus miradas las volutas de humo—. ¿La cosa les asombra? Pues bien: es la pura verdad. Y es también, si ustedes quieren, mi confesión. Puede ocurrir que el amor que nos ha unido no sea suficiente para una plena absolución, pero, sin embargo, puede ser una fortísima circunstancia atenuante. Hace ocho años, hallé a aquella mujer delante de una casa de campo, y enseguida se me apareció tal cual era: una joya purísima. La llevé conmigo. No les digo de qué manera vestía. Era una aldeana de Perigord. Ustedes comprenderán perfectamente que yo la transformé por completo, cuando creo que por sus venas corre alguna gota de sangre noble. Durante cinco años, la hice educar por los mejores maestros. Sus manos son sutiles y transparentes como la porcelana... pero... prosigamos.

«Con una voz rota por la emoción, la princesa Micaela pregunta al hombre: «Dime, ¿es verdad que nuestra hijita María está gravemente enferma?» La palidez del aldeano acrecía. Sus miembros volvieron a temblar, como bajo la influencia de las terribles fiebres palúdicas de aquella región, y un frío de muerte pareció ponerle rígidas las rodillas. El, un coloso, un atleta cuyos brazos poderosos podrían matar a aquella frágil criatura que es la princesa. ¿Qué es lo que le hace temblar de aquel modo? El temor de perder a su hijita. Abandonado por su mujer, él había arrojado a ésta contra todas sus maldiciones, y después la había olvidado completamente. Pero la hija, a la que ya amaba más que a las pupilas de sus ojos, se había convertido en su ídolo, en su estrella, en el único objeto de su vida. Y ahora, he aquí la madre. ¿Acaso para llevársela? Esto no debe ocurrir. Por todos los diablos del infierno, ninguna fuerza, ni humana ni divina, puede lograr arrancarle a su criatura. Pero él tiene miedo de aquella mujer: su belleza, su misma fragilidad lo hacen temblar. Con voz llena de rencor y de algún sentimiento más sutil e indefinible, grita:

«¡Vete! ¡No te necesito! ¡Vete!»

«Su miedo sería menor si él se encontrara frente a una pantera que se hubiese insinuado en su casa. Micaela le hablaba con la dulzura con que se habla a un muchacho aterrizado:

«—No he venido a hacerte daño. He venido para ver a la chiquilla. ¿Cómo está?

«El rugió:

«—¡No!... ¡No!...

«—Sé muy bien que te he ofendido profundamente, Antonio. Desearía hacer cualquier cosa para ayudarte. Y hoy puedo hacer mucho por ti. Dime, ¿es verdad que María está gravemente enferma? ¿Cuánta nostalgia siento por ella! Es un fragmento de mi corazón. Permíteme, Antonio, que haga algo por ti. Por ella. Tengo la posibilidad de hacerla curar por los mejores médicos de París.

«—¡No, por Dios!—gritó Antonio—. Nadie debe ocuparse de mi hija.

«—Te comprendo muy bien—respondió Micaela con un tono amistoso y casi humildemente—. Ella es tuya, y nadie puede quitártela. Quiero saber solamente si es verdad que está enferma gravemente.

«—Pues bien, ¡no!—dice Antonio, después de una pausa y

observando a Micaela como temiendo caer en engaño—. Es verdad que ha estado muy enferma, pero ahora está fuera de peligro.

—¿Me juras que esa es la verdad?

—Sí, no miento. ¡Y ahora, vete!

—¡Déjame la ver, Antonio! Una mirada solamente—rogó ella.

El hombre se alejó con un gesto irritado; ella se le acercó, y la piel rodó sobre sus hombros, desnudos y luminosos como un alba radiante... Los ojos de ella lo miran; ella apoya sus dedos enguantados sobre el brazo de él y le pide todavía, con voz melodiosa y acompañada de una sonrisa dulcísima:

—¡Sólo un momento, Antonio, un momento sólo!

Por un instante, él permanece aturrido y perplejo. La transformación de su mujer le parece un sueño. ¿Es ésta la aldeanita que él desposó algunos años antes en la pequeña iglesia de la villa? ¿Esta refinada y perfecta criatura, su mujer? Un dulce perfume emana de su piel y un rizo de sus cabellos desflora los cabellos del aldeano. Por un momento piensa estrecharla todavía una vez entre sus brazos. Pero la mujer parece intuir su atención y retrocede.

—¡Vete!—ordena él, y abre la puerta.

Ella obedece, y Antonio cierra la puerta detrás de ella y le pone la llave, como si temiese su retorno.

Micaela ha salido; la tranquilidad de la noche la calma un poco.

Desde lejos se veía confusamente el campanario de la iglesia: había un cura en aquella iglesia que deseaba inducir a volver con su marido. Acaso no se hubiera equivocado... ¿Podría hacerlo? ¿Debe hacerlo? No puede... No puede... no puede perder su juventud y su belleza en aquel pueblito... ¡No!... ¡No!... Pero allí está su hija, a quien ella ama más que a sí misma.

Retorna a su casa, *avenue de l'Opera*. La mujer de Antonio ha vuelto a ser la princesa Micaela. Pregunta por mí, y le dicen que he salido. Le dan una carta que he dejado para ella. La toma y se recoge en el saloncito.

Lee:

—Amor, lee esta carta con atención, porque temo que ella va a herirte profundamente. Hemos vivido juntos algunos años felices, y te estoy intimamente agradecido. Ha de dolerte, por cierto, atrozmente que esa época haya terminado para siempre. Tú me juzgarás infiel y sin corazón, pero nuestras relaciones deben cesar absolutamente. No quiero ocasionarte mayor dolor con largas y floridas explicaciones y justificaciones. Y creo que ni siquiera sea necesario un último encuentro entre nosotros, puesto que él no tendría otro resultado que entristecernos mayormente a ambos. Naturalmente, tendré cuidado de que no te falten medios. Te ruego no olvidarme.

Era yo quien había escrito aquella carta, que cayó sobre aquel corazón tumultuoso como un meteoro que se precipita violentamente del cielo y se rompe.

El narrador tomó otro cigarro, le despuntó con movimientos, lentos, luego dirigió una mirada hacia el hombre del *Petit Journal*, que, evidentemente, se había dormido de veras.

El camarero estaba detrás de la columna de granito, un poco reclinado hacia adelante; estaba visiblemente ansioso de escuchar el final de la historia, y sus ojos relucían, demostrando un interés extraordinario.

Los otros seis no se movieron: sólo cambiaron entre sí miradas significativas.

Estaban asombrados.

¿Cómo podía elegirse la saia de un club para contar cosas tan personales?

Evidentemente, el príncipe no era del todo sabio aquella noche.

El príncipe Villarsky prosiguió, con un tono de voz alterado:

—Veinte minutos después que la princesa había leído la carta, y mientras estaba sofocada y casi privada de conocimiento, le fué anunciada una visita. La tarjeta tenía el nombre de Jorge Dupontel, y debajo la siguiente leyenda: *Agente de seguridad pública*. La llegada de un agente la puso fuera de sí. ¿Qué sucedía? Lo recibió inmediatamente. Debo hacer notar que Jorge Dupontel es uno de los mejores hombres de la policía secreta de París.

Comenzó diciendo:

—He sido encargado de una misión particular, que exige mucho tacto y que no está desprovista de cierto aspecto dramático y novelesco. Ante todo, debo advertirle que su marido, el príncipe Villarsky, se encuentra, sin quererlo y probablemente sin saberlo, en una situación muy difícil y peligrosa. He aquí lo que pasa: es probable que usted no vuelva a ver nunca más al príncipe... Hay de por medio otra mujer. Pero nosotros, en verdad, no buscamos al príncipe, si bien buscamos a aquella mujer. El ha sido visto, con toda seguridad, junto a ella en la avenida des Champs Elisées, hace de esto unas treinta horas.

—¿Y cómo se llama esa mujer?—pregunta Micaela, con el ímpetu impulsivo de la mujer herida en su amor.

—Su último nombre es duquesa de Monthéry.

—¿Cómo su último nombre?

—Pues porque tiene varios. Y es la más peligrosa y, ciertamente, también la más fascinadora de las mujeres criminales de toda Europa.

—¿Y el príncipe sabe... que... la duquesa?...

—No, por cierto—dice Dupontel—; de eso podemos estar más que seguros. ¿Quiere mostrarme aquella carta?...

Micaela sacudió la cabeza.

—No puedo—dijo.

—Dígame al menos si usted sabe que el príncipe se halla en relaciones con una mujer—solicitó todavía insinuante Dupontel—. Escúcheme... princesa. ¿Es que acaso la ha abandonado el consorte?

Micaela dobló la cabeza.

—¡Oh!... lo siento infinitamente—dice el agente—, y le quedo muy agradecido por sus preciosas informaciones. Creo que lo salvaremos. Y, como agradecimiento a su cortesía, le referiré algunos antecedentes del caso. Hace cerca de catorce años ocurrió un ruidoso robo en un Banco. Fueron inmediatamente sospechados tres franceses, llamados Livet, D'Aprial y Le Hire. Estos habían desaparecido después de haber robado una suma fabulosa a la Banque du Commerce. La policía, después de vanas búsquedas, prometió la impunidad a aquel de los tres que denunciara a los otros dos. Fué Livet quien aprovechó esta ocasión, y los otros sufrieron una larga



—Esto es todo. Pero les debo una explicación. Ustedes me preguntarán, ciertamente, por qué razones yo relato esta historia así, abiertamente, en un círculo. Primero, porque deseo que se sepa que Micaela es del todo ajena a mis culpas. Ahora, la princesa planta batatas y zanahorias, y mi aventura ha terminado. Ha sido, sin embargo, una bella aventura...

condena. Y causó entonces mucha sensación la noticia de que D'Aprial no era un hombre, sino una mujer, casi una chiqueta y, para peor, dotada de una belleza excepcional. Se logró saber también que, después del anuncio de la policía, los tres cómplices se habían reunido y habían jurado solemnemente que aquel de los tres que denunciara a los otros sería muerto por mano de los otros dos. Afortunadamente, Livet murió poco antes que los otros dos salieran de la cárcel. Digo afortunadamente, porque de otra manera habríamos tenido un crimen más. De La Hire no se ha sabido más nada; no así de la muchacha, que en la cárcel había completado su desarrollo y había crecido llena de belleza; bajo falsos nombres, ella retomó su criminal actividad. El último robo ha sido cometido en Budapest. Ahora se oculta bajo el nombre de duquesa de Monthéry... Y yo le ruego, princesa, si se le ofrece la ocasión, que me ayude a arrestar a esta aventurera.

Tomando el sombrero y los guantes, Dupontel agregó:

—Si tiene noticias del príncipe, me telefona pronto a este número.

Y anotó un número en una tarjeta de visita.

Dos horas después, Micaela recibía un telegrama que decía: «A las nueve encuéntrese en la terraza del Café des Anglais.» El telegrama no estaba firmado.

Pareció que la voz estuviese por faltarle al príncipe; hizo una larga pausa y miró en torno suyo. Vió el rostro descarnado del camarero, siempre reclinado hacia adelante detrás de la columna, y le pidió:

—Un vaso de agua, por favor.

Cuando se lo trajo, bebió a pequeños sorbos, mirando ora la orla dorada del cristal, ora al hombre que se había dormido con el *Petit Journal* en la mano. Luego tomó el tercer cigarro, aspiró voluptuosamente las primeras bocanadas y prosiguió:

—Mi historia está por terminar. Había mandado yo mismo aquel telegrama a Micaela. Ella tuvo la intuición de esto o, al menos, esperaba el telegrama. A las nueve en punto, ella apareció en el Café des Anglais y se sentó a mi mesa. Venía sola y traía cubierto el rostro con un ligero velo. Apenas sentada, me pregunta:

—¿Qué ha sucedido? ¿Por qué me has mandado ese telegrama? Tú no puedes abandonarme, ¿no es verdad?...

Con una mirada febril, agrega:

—Por el amor de Dios, no me dejes en esta cruel incertidumbre...

En aquel momento, la orquesta ejecutaba una barcarola. Yo me aproximé e, inclinándome un poco, le dije:

—No es cosa gentil de mi parte el haberte hecho venir hasta aquí, pero deseaba verte una vez más aún. La última. Yo te amo, Micaela. Tal vez hayamos obrado mal, pero yo te amo sinceramente. No te he traicionado. De esto, al menos, soy inocente. Tengo graves razones para dejarte. Pero cuéntame tú, asimismo, lo que has hecho.

Y ella me contó todas las cosas: su viaje, su visita al primer marido, las revelaciones de Dupontel. Un relato muy dramático que me conmovió profundamente.

—Y tú le pregunté, ¿crees en lo que te ha contado Dupontel?

—¿Es verdad?—preguntó ella a su vez.

—Sí, pero con una pequeña diferencia. Dupontel te ha dicho que Livet ha muerto. En cambio, Livet vive. Yo soy Livet.

Vi que le temblaban los labios, pero no pude oír lo que dijo. En aquel momento había aparecido en el escenario una

de aquellas cancionistas que cantan con voz alta de soprano canciones que atraen al público.

Yo proseguí:

—Livet es mi verdadero nombre. Y es cierto también que La Hire vive y quiere matarme. Llámame aventurero, o como te parezca. Lo cierto es que en la vida he hecho fortuna y la he perdido por lo menos diez veces. En los años felices de nuestras relaciones, tú no has sospechado nada; pero de hoy en adelante, han terminado las mentiras. ¿La cárcel? Eso es todo. Y ahora, Micaela, te ruego que te vayas, que desaparezcas. De otra manera, podrían caer sospechas también bre ti, que eres completamente inocente. Tú bien sabes dónde debes ir: has estado allí hace pocas horas. Debes desaparecer de nuevo en aquella obscuridad, de la cual yo te sustraje durante algún tiempo. Hoy, ¡ay de mí!, me arrepiento de haberte traído a París. Pero yo no creía que esto iba a terminar así. La duquesa de Monthéry ha venido a París y me ha reconocido enseguida. ¿Quiere matarme? No creo, porque en otros tiempos me amaba, y aun hoy me ama con el apasionamiento de una tigre. Pero yo te amo a ti. Todo en mí es falso, mi vida toda, menos mi amor por ti. Estoy seguro que Dupontel ya ha descubierto a Livet en el príncipe Villarsky. El va a querer utilizarme como reclamo para mí, si es que ya no lo ha hecho.

—Ya lo ha hecho—dice Micaela—. Yo no quería decírtelo, porque... porque...

—¿El sabe, entonces, que ya estoy aquí?

—Yo sospechaba algo, y le he dicho las diez, en lugar de las nueve.

Miré el reloj. Tenía aún diez minutos.

—¡Vete! ¡Vete, por amor de Dios!—imploró Micaela.

Encendí un cigarro.

—Hasta la vista, amor!

Y le besé la mano. Su brazo temblaba. Parecía que iba a desvanecerse. Me alejé rápidamente, pero sentía sobre mí las miradas de Micaela.

—Esto es todo. Pero les debo una explicación. Ustedes me preguntarán, ciertamente, por qué razones yo relato esta historia así, abiertamente, en un círculo. Primero, porque deseo que se sepa que Micaela es del todo ajena a mis culpas. Ahora, la princesa planta batatas y zanahorias, y mi aventura ha terminado. Ha sido, sin embargo, una bella aventura...

El príncipe sonrió con aire irónico.

Y ahora veamos la segunda razón. Amigos míos, el camarero de este club, que ha estado detrás de la columna escuchando mi relato, no es otro que Jorge Dupontel, a cuyas manos yo me entrego de toda voluntad. Y aquel señor que lee el *Petit Journal* no es otro que La Hire.

Los circunstantes se pusieron en pie. La Hire, el primero entre todos. Una pistola le brillaba en la mano; pero Dupontel, con un movimiento agilísimo, le dió un golpe en el brazo, y el arma fué a dar en el asiento de la chimenea de la sala.

Un minuto después las esposas oprimían las muñecas de La Hire.

Dupontel se dirigió enseguida a Livet.

—Queda usted detenido—dijo.

—Y yo no puedo hacer otra cosa que agradecerse—sonrió Livet, arrojando el cigarro entre las brasas de la chimenea.

EL PAIS DE LAS HADAS PAGINA PARA TODOS LOS NIÑOS



NIÑOS DE ESPAÑA



Fernando Moisés

Dibujo del famoso pintor español Julio Moisés.

NIÑOS DE ESPAÑA



Julio Moisés

Dibujo del famoso pintor español Julio Moisés.

¡Qué linda es la Libertad!

Por TRADER HORN

No hace mucho tiempo que, de un transporte de animales que venía de Australia para un jardín zoológico de Inglaterra, uno de ellos que era un canguro, se escapó mientras le llevaban a su jaula.

Salió corriendo, tanto como le era posible, hasta que desapareció de los ojos del guardián que había tratado de llevarle a su celda. Después de algunas horas de búsqueda, le encontraron, cansado de tanto correr, en una calle bastante alejada del sitio de donde había partido, pudiendo llevarle luego, con facilidad, de vuelta a su jaula.

Los dos osos polares, «Sam» y «Bárbara», del zoológico de Londres, dieron una mañana de neblina mucho trabajo para capturarlos. La puerta de su jaula estaba cerrada por un fuerte candado de hierro, pero a pesar de ello consiguieron abrirla, rompiendo el candado.

A «Sam» fué fácil capturarlo otra vez. Un carpintero que pasaba por el lugar, vió a «Sam» que estaba parado fuera de ella, mirando a la jaula vacía. El carpintero, que llevaba sobre las espaldas una tabla de madera, se asustó tanto, que dejó caer ésta. El oso se asustó al oír el ruido que hizo la tabla al caer y entró inmediatamente en su jaula.

La cosa era agarrar a «Bárbara». Unos veinte guardianes se reunieron para capturarla; pero «Bárbara», al ver a los hombres que venían, quiso atacar a uno de ellos, el cual salió corriendo, refugiándose en la jaula de los camellos. No era posible agarrarla, hasta que uno de los hombres tuvo el coraje de acercarse al animal y tirarle pimienta a los ojos. El animal se quedó por un momento abobado, lo cual fué aprovechado para atarlo con una fuerte cuerda y arrastrarlo hasta su jaula.

Mucho trabajo tienen los guardianes de los jardines zoológicos de Inglaterra cuando se aproxima el invierno, o, viceversa, el verano, y los animales son transportados de una jaula a otra.

Se había resuelto transportar a dos rinocerontes a una jaula de invierno. Los guardianes acordaron, la noche anterior, encontrarse a las seis de la mañana siguiente. A la hora convenida, todo estaba listo. Uno de los rinocerontes llevaba en el pescuezo un fuerte collar de cuero, mientras que el otro tenía una fuerte soga alrededor del cogote. A estos collares fueron atadas gruesas sogas. Para cada animal se tomaron doce hombres, y dos quedaron para abrir y cerrar las puertas de las jaulas, mientras que a otro hombre le ataron sobre las espaldas un montón de pasto, creyendo que los animales, que estaban hambrientos, lo seguirían. Cuando las sogas estuvieron sujetadas a los collares, y la puerta de la jaula abierta, los animales fueron conducidos afuera. Estos, al ver a tantos hombres, se asustaron, dando vueltas y enredándose las sogas entre las patas. Sabiendo el peligro que corrían ellos cuando los animales se ponían furiosos, los hombres dejaron caer las sogas. Entonces uno de los guardianes, para tranquilizar a los animales, tomó un pan, que le habían traído expresamente, y comenzó a darles de comer. Los animales empezaron a seguir al guardián, atraídos por el pan, pudiendo llevarlos, de esta manera, hasta la puerta de la otra jaula. Esta ya estaba abierta, y los animales entraron, sin hacer ningún

daño, en su nueva vivienda. El hombre subió enseguida por encima de las rejas, colocándose fuera de peligro.

Una curiosa historia se cuenta de un elefante que se escapó de su jaula en Alemania. Era un elefante africano, de una altura de tres metros, que lo debían transportar de Hamburgo a Dresden.

Fué pedido un vagón especial, y, cuando todo estaba listo, el propietario lo llevó desde su establo a la estación. Durante el camino el animal estuvo completamente tranquilo, pero al llegar a la estación pasó un tren, que silbó tan fuerte, que el elefante se asustó mucho y comenzó a correr, rompiéndose una puerta que había cerca de la estación y corriendo por las calles de Hamburgo, provocando un gran desorden, hasta que llegó a su establo, en el cual entró, poniéndose a comer pasto como si nada hubiese pasado.

El señor Bubilicón

Cuando en el pueblo de los ánades se supo la noticia de la boda, todas las viejas aturdieron a gritos a la anadina:

—¡Qué suerte! ¡Casarse con el sabio de la tribu! ¿Pero tú sabes quién es el señor Bubilicón?

La pobrecita Bibi estaba avergonzada de su atrevimiento. —Sí, sí. Ya sé que es un sabio; pero él nunca me habla de lo mucho que sabe... ¡Me quiere tanto!, y... ¡es tan guapo!

Las comadres se sentaron para reírse mejor.

—¡Ja, ja, ja! ¡Mira en lo que se ha ido a fijar la mocosa! ¡Guapo! ¡Dice que es guapo! ¡Ja, ja, ja!

—Pues sí, que es muy guapo...

—¡Calla, calla! ¡Tiene unos ojos saltones como los cangrejos! Claro que es de tanto estudiar. ¡El sabe los nombres de todos los lagartos, conoce el color de las flores, y ahora está averiguando quién ha puesto salada el agua del mar!...

—Y eso, ¿para qué sirve?

—Hija, como servir, no sirve para nada...; pero los sabios siempre han pasado el rato en esas cosas.

Llegaron las bodas, y todos los ánades sabios del mundo fueron invitados.

Por cierto que Bibi no pudo hablar con su esposo en todo el día... Los sabios, sentados alrededor de una piedra, hablaban todos a un tiempo.

—Nos hemos repartido el cielo—decían—; a usted, señor Bubilicón, le corresponde el Noroeste, y debe partir enseguida.

Bibi intervino, aterrada:

—Mi marido no se irá de casa... ¿Están ustedes locos? Tiene que ayudarme a traer palos y pajas para el nido.

NIÑOS DE ESPAÑA



Angel Estrada López

—Tranquílese, señora, y tenga en cuenta que se ha casado con un sabio.

—¿Pero tú no te irás, marido mío?

—Sí, hija, sí; me iré. Ya has oído a mis compañeros. Nos hemos repartido el cielo y me toca el Noroeste.

—¿Y qué tienes que hacer en el cielo?

Los sabios la miraron compasivos. ¡Pobre criatura, qué ignorante era!

—En el cielo, nada, querida Bibi, porque no es al cielo donde tengo que ir, sino a un país sin nubes donde pueda contar las estrellas del Noroeste.

—Bueno, pues iremos juntos.

—No, hija; eso no puede ser. Iré muy lejos, correré muchos peligros, volaré muchos días y muchas noches, pasaré hambre y no podré ayudarte de nada.

—¿Y todo eso para contar las estrellas?

—Justo, para contar las estrellas y conocer los misterios de la Naturaleza...

—¡Dios mío, qué desgraciada soy!—gimió Bibi.

Los sabios reflexionaron gravemente en la inferioridad de las hembras, mientras las plumas se les ahuecan del orgullo de ser varones y sabios... Sin embargo, el señor Bubilicón, que era bueno y quería mucho a Bibi, pasó con ella unos días, dándole sabios consejos, mientras la pobre trajinaba en el arreglo del nido.

Hasta que una mañana, después de alisarse las plumas y limpiarse las calzas coloradas, se despidió:

—¡Adiós, querida! Cuidate y no hagas tonterías en mi ausencia...

La esposa gritó con todas sus fuerzas y hasta quiso sujetarle, tirándole de las plumas con el pico, pero el señor Bubilicón abrió las alas, que eran inmensas, y se marchó camino del país sin nubes a contar las estrellas.

Pasaron muchos días, y la señora Bibi, que había puesto dos huevos, espléndidos y blancos, se pasaba el día abrigándolos con el cuerpo, dándoles vuelta para que recibieran el calor por todas partes, y arrancándose la pluma suave del pecho para tapizar el nido y hacerlo confortable.

Hasta que oyó piar dentro de los huevos. Unos picos afilados rompieron el cascarón y salieron de él unos polluelos, mojados y desnudos.

Ya no pudo descansar un instante. Tenía que secarlos, limpiarlos, darles calor y traerles de comer. La pobre señora no podía atender a todo. En los otros nidos había un padre y una madre; en el suyo era ella sola...

Mientras hacía una papilla con ancas de rana para los pequeños, ellos chillaban desesperados porque tenían frío. Entonces lo dejaba todo y corría para abrazarlos con las alas y apretarlos contra las plumas de su pecho, que eran mullidas y calientes.

—¿Habrás acabado vuestro padre de contar las estrellas?

Los polluelos, sin frío y bien alimentados, crecían tanto, que ya eran casi como su madre.

Una mañana llegó el señor Bubilicón de la tierra sin nubes.

—¿Has hecho muchas tonterías en mi ausencia, querida Bibi? Yo he contado hasta dos millones de estrellas; pero me puse enfermo y no pude continuar... Tal vez me olvidé de comer... Pero ¿quiénes son estos dos grandullones que están contigo?

—Los hijos del sabio Bubilicón—dijo Bibi.

—¿Mis hijos? ¡Es extraordinario! ¿De dónde los has sacado?

—Salieron ellos solos de los huevos del nido.

—¡Es maravilloso! Debí quedarme en casa para verlo... Pero no me explico que, habiendo presenciado el milagro, no estés en adoración delante de ellos.

—No he tenido tiempo... Tenía que abrigarlos y darlos de comer para que no se murieran. ¡No he podido mirar una sola vez a las estrellas!

Y la señora Bibi, contoneándose dignamente, pasó por delante de su esposo, diciendo:

—Cuida un rato de los chicos, sabio esposo, que me voy al baño.

El señor Bubilicón consideró que su esposa había cambiado bastante en su ausencia, y hasta le parecía notar que le había perdido el respeto...



Noche de gala, con invitados de honor, grandes terratenientes y damas de la ciudad...

LOS ANTEPASADOS

NOVELA CORTA POR

ROBERTO MOLINA

I

Contemplando a Marianito Mosela a la hora de la comida, sentado al lado de Lena, su prometida, ¿hubiera pensado nadie, ni él mismo, la tremenda barbaridad o, más bien, locura o disparate que había de cometer horas después? Marianito Mosela—veintidós años, mediana fortuna, brillantísimo doctorado en Derecho e hijo del celeberrimo don Mariano, el difunto político famoso y poderoso—, Marianito Mosela era este figurín almidonado y listo que iba a heredar el acta de diputado de su padre, su prestigio y además—según decían—el poderoso talismán a que se atribuyeron los rotundos éxitos, tanto forenses como políticos, del varias veces presidente del Consejo.

Lo del talismán podía tomarse a risa; pero los hechos poseían una seriedad suficiente. Aquella tarde había llegado a la provincia que su padre representara en Cortes treinta años. Nadie dudaba que Marianito sería el sucesor del excelentísimo señor don Mariano; pero convenía preparar el ambiente. El “figurín” daría en el provinciano Círculo Mercantil una conferencia, que iba a ser una revelación. Marianito valía más que su padre, en opinión del grupo de incondicionales. Estos repartíanse los cuidados de no dejarle solo nunca, hacer una gacetilla oportuna, dar una llamada telefónica a tiempo, ocuparse de que los fotógrafos estén, por casualidad, donde hagan falta y reír las agudezas de Marianito. Por otra parte, su mamá, la excelentísima señora viuda, habíase preocupado de aprovechar bien el viaje. Por su iniciativa, la mamá y el chico se hospedarían en casa del opulento don Abdón, amigo político y particular de don Mariano; amigo antiguo y devoto. La excelentísima señora había pensado en Lena, coincidiendo dichosamente con don Abdón y su esposa, que deseaban también ver realizado este enlace. Parece ser que en la primera entrevista los chicos se gustaron. La excelentísima señora y doña Luisa se miraban de un modo elocuente, y cada una creía estar más contenta que la otra. La excelentísima señora pensaba en los millones de Lena, y doña Luisa en el renombre del difunto. Lena, a su vez, tuvo una idea inocente: la de cómo redactaría las tarjetas de invitación cuando Marianito fuese ministro. Esto lo pensó un momento, sólo el momento de ver que su probable novio valía más en la realidad que en el retrato. Porque hasta entonces no había reparado bien.

—Tu conferencia, Marianito, ha despertado un interés enorme. Ya puedes madrugar mañana, si has de complacer a los periodistas y fotógrafos locales. Felizmente, esta noche te los he espantado, pero mañana no te libras.

Lena se esponjaba de vanidad. Su prometido empezaba la vida entre aplausos, preguntas de los periodistas y fogonazos de magnesio. Miraba a la excelentísima señora, su futura suegra, y la imitaba instintivamente, sin saberlo. Era como una anticipación de

realidades invisibles: la imagen de una escena futura disparada con el pensamiento hacia el panorama doméstico aún no creado, y que ella veía ya en sueños. Lo veía en los intervalos de uno y otro plato, entre un sí y una sonrisa, olvidándose ambos de probar nada.

—¡Estos chicos!—murmuraba el padre.

Doña Luisa, verdaderamente feliz, hubiera abrazado a su excelentísima amiga. El salón resplandecía de luces y cristales. Noche de gala, con invitados de honor, grandes terratenientes y damas de la ciudad, sin faltar el presidente de la Audiencia, el señor gobernador y su

ILUSTRACIONES
DE
ARTECHE



Pero la Maritornes poseía defensas temibles que la salvaguardaban.

ilustrísima. La excelentísima señora recibía el homenaje de todos.

II

Marianito se desnudaba. Había hojeado los apuntes de su discurso y estaba contento. Le satisfacía también su éxito con Lena, y, sin embargo, no pensaba demasiado en ella. Más bien tuvo un recuerdo para su última amiga, aquella que en este momento deseaba el poder transportar por los aires hasta su alcoba.

—¡Ay, Pitusa, Pitusa! Si supieras que me voy a casar...

El silencio dominaba el enorme inmueble con honores de palacio. La excelentísima señora, desvelada, se removía en la cama, suspirando.

—¡Mi hijo! Con esta boda acaban mis cuidados. ¡Si su padre viviese!

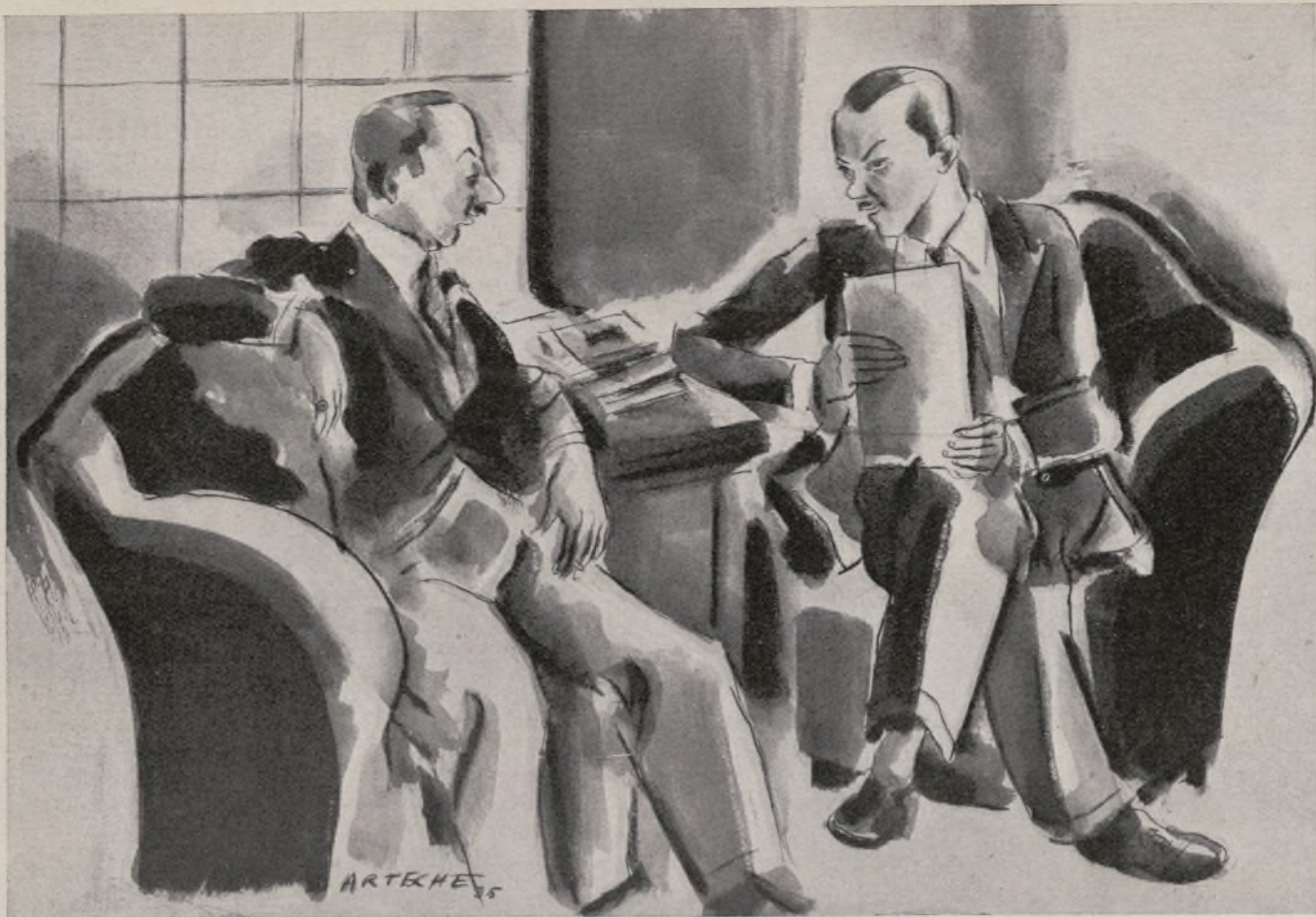
Estas cavilaciones, con todo su rosado color de felicidad, no la aquietaban ni atraían el sueño. Tal vez un presentimiento la angustiaba. Se sentía como la tarde, ya lejana, del atentado anarquista al señor presidente, su esposo.

—¿Qué tendré yo, que no puedo dormir? Con lo contenta que debería estar...

De pronto resonó un chillido agudo y penetrante. La excelentísima señora encendió la luz y se sentó en la cama. El chillido se multiplicaba, y el silencio se hizo pedazos, como un vidrio apedreado.

Pero vayamos antes en busca de Marianito, que continuaba tendido, abiertos los ojos, pensando en la Pitusa, la madrileña amiga, tan distante. Marianito, como Salomón, no había negado nunca a sus ojos cuanto desearon. Su posición social era una fuerza que abatió a veces murallas poderosas. Era un chico de suerte, poseedor del talismán irresistible. Y esta noche le bailaba, jugueteón, un pensamiento audaz. No diré audacísimo, porque no era para su novia este pensamiento. El presunto diputado retenía una imagen que en este momento de silencio y obscuridad se amplificaba. Era una imagen de trazos firmes, acaso groseros. Nada de elegancias, de visiones luminosas, de evocaciones perfumadas, de figuras estilizadas y bellas. La muchacha que en este momento invadía e inundaba toda la frente de Marianito tampoco era Pitusa. Era—¡oh, tristeza!—una de las varias maritornes que poblaban el palacio de don Abdón; una criada robusta, de poderosos brazos, que por la tarde, a la llegada, había levantado fácilmente una de las voluminosas maletas del equipaje. La muchacha, al agacharse para agarrar su presa, describía en el arco de parábola,

Ayuntamiento de Madrid



Marianito Mosela dejó hablar a su amigo y alineaba por fechas los retratos.

desde los pies a las manos, varias curvas adyacentes, de complicada definición geométrica. El momento de este simple ejercicio grabó su imagen sexual en la retina de Marianito. Y ahora se plasmaba, cristalizaba con firmeza, provocando en él impulsos temerarios.

El jovencito se incorporaba en la cama, se sonreía, poníase luego muy serio y volvía a dejarse caer pesadamente, acusando en los engranajes metálicos del somier una leve vibración quejumbrosa. Pasados uno o dos minutos, volvía a incorporarse para abatirse nuevamente. Su sentido crítico poníale gesto feroz y le echaba un discurso de circunstancias. "¿Pero tú sabes lo que estás pensando? ¿Y si la muchacha se niega, se resiste o, simplemente, se asusta? El escándalo va a destruir en un minuto tu porvenir con Lena, tu gran suerte con la hija de don Abdón y tu reputación moral en este país de etiqueteros mojigatos. Por un simple capricho echas a rodar todo un porvenir, que sin esfuerzo te ofrendan en bandeja de oro las circunstancias, las excelentísimas señoras circunstancias."

Después de este discurso, Marianito provocaba el gemido del somier, echándose de espaldas, asustado. Pero un minuto más tarde, el traidor olvido lo echaba todo a rodar.

Marianito conocía la topografía de la casa. Sabía él que después del largo pasillo empezaban los dormitorios de las criadas y hasta creía no equivocarse en el de aquella cuya imagen le había embriagado. La servidumbre masculina de la casa pernoctaba en otro cuerpo del edificio. Esto se lo sabía bien el desvelado, que poseía un talento especial para orientarse, lo mismo en el laberinto de una ciudad desconocida que en el seno oscuro de un bosque milenario o en la red de puertecitas, pasillos y escaleras de un gran hotel. En la primera y rápida visita al palacio aquella tarde se apoderó del plano, digámoslo así; se enteró bien de la disposición interna del mismo, construido en los finales del siglo XVII, y cuya fachada oriental era conocida de todos los lectores de las revistas de arte.

Cuando Marianito abrió sigilosamente la puerta de su cuarto, había dejado de ser él.

—Hago un disparate—se decía—, pero saldré bien del paso, como siempre.

Recordaba algunos actos censurables, bochornosos, que en ocasiones le pusieron en el peligro peor, que es el ridículo. Unas veces por apoderarse de objetos que no le pertenecían ni precisamente le interesaban mucho. Analizaba él después el "caso", y se ponía nervioso y furioso consigo mismo. Pero luego, pasadas unas horas o unos minutos, aquella su disposición natural para olvidar, le salvaba. El olvido permitíale repetir el hecho—éste u otro—a pesar de la honestidad originaria y la severidad acusatoria de su escrupulosa conciencia.

—¿Pero quién soy yo?—se decía, con horror.

También—justo es consignarlo—había en la breve e intensa historia de su vida páginas honorables, gestos nobilísimos que le honraban extraordinariamente.

Pero esta noche se hallaba desamparado de sí mismo, e iba a realizar el acto más estúpido, el disparate más necio, la osadía sin ejemplo.

En el pasillo, un silencio de luces apagadas le envolvía y le hacía crujir sus pies al pisar; sus pies, en za-

patillas, que tropezaban acusando una rara torpeza. Marianito se detuvo un poco e hizo memoria. Pareciéndole que recobraba el tino, avanzó. Sería lógico que temiera un encuentro con alguien de la servidumbre, pero no pensaba en ello. Tenía demasiada vanidad, demasiada seguridad en su éxito para retroceder. Seguía su ruta, orientándose hacia una puerta que esperaba franquear sin protesta. Se olvidaba de sí mismo y del obligado respeto a la casa donde estaba. Llegó pronto al cuarto y empujó suavemente la puerta. Jamás se cerraban de noche los dormitorios de la servidumbre en una casa que era la decencia, la confianza, la seguridad, la honestidad más pura. Marianito pudo entrar fácilmente, y nada más que entrar, porque al oírlo, dijo una voz:

—¿Eres tú, Juana?

La preguntona, ante el silencio, encendió la luz. Y el temerario visitante, al ver el gesto de extrañeza, de susto, de aspereza, de protesta, de incredulidad y de ira, en vez de retroceder, no retrocedió. Hizo lo contrario de retroceder. Pero la Maritornes poseía defensas temibles que la salvaguardaban. Fué la indignación quien disparó los gritos, la cólera por el atrevimiento incalificable. Los gritos, tocando alarma, hicieron funcionar las baterías artilleras de otros gritos vecinos; las voces de la Juana, los gemidos de la Pepa, el escándalo de la Justa y de todas las sobresaltadas muchachas que acudieron.

III

Como era la hora del primer sueño, nadie aquella noche había caído en el primer sueño. Lena dibujaba en la sombra de su cuarto una sonrisa de vanidad halagada. Doña Luisa y don Abdón tampoco podían hundirse en el reposo con la ordinaria pesadez de plomo. La llegada de Mariano, los preparativos electorales, el ajeteo que había originado la anunciada conferencia y la atracción mutua que entre los chicos creyeron ver todos, no poseían precisamente virtud somnífera. Doña Luisa, en voz baja, comentaba y saboreaba la noticia de los iniciados amores con el mismo gusto que si de ella misma se tratase. Y, finalmente, la excelentísima señora gozaba uno de los más felices momentos de su vida, a causa de aquello que a todos desvelaba. El silencio se fundía maravillosamente con las tinieblas en un palacio donde, pasadas las doce, no se permitía a nadie permanecer fuera del lecho.

Así, el grito de la sorprendida Maritornes resonó con el estruendo mismo que resonara un cañonazo. Mas no se libertaban del espanto y de la sorpresa, cuando ya la voz inicial se duplicaba y se multiplicaba, formando un alborotado coro de gritos. Gritos lanzados más bien por contagio, puesto que, a excepción de la interesada y de su vecina inmediata, el resto de la servidumbre no había tenido tiempo de darse cuenta de lo que ocurría. Aun así, a pesar de este estruendo, si Marianito no hubiese perdido enteramente la cabeza, el peligro se conjurara. Eran demasiados los intereses de toda índole que coincidían en el deseo de silenciar la verdad, y hubiérase frustrado la catástrofe. Pero el novel político no tenía costumbre de verse rechazado, ni mucho menos rechazado con el bofetón más cómicamente sonoro de que hay memoria en todo el nutrido repertorio de sainetes bufos. Y pretendió que donde el amor

no tenía virtud, obrase la fuerza, cosa que iba a rematar y colmar el fracaso, porque la fuerza era precisamente el argumento más positivo que defendía a la rústica y encolerizada criatura. El cual argumento tuvo energía para coger a Marianito por los hombros, alzarlo dos palmos del suelo y, colgando los pies fuera del pijama, como un pelele, arrojarlo en medio del pasillo en el momento en que la servidumbre toda y los señores, y hasta la inocente Lena, acudían presurosos y espantados. Marianito se escabulló como pudo, y se encerró en su cuarto. Al estupor inicial sucedió una innarrable escena. Tanto doña Luisa como Lena, a quienes no se les había ocultado la verdad, cayeron en el recurso dramático de un ataque de nervios. Y era lo grave que don Abdón se oponía a que telefonaran al médico, por los motivos que se comprenden. Como la botaratada de su presunto yerno podía trascender y dar al traste con tanto castillo de naipes recién levantado, deseaba cubrir el hecho con una gruesa capa de silencio, y entre éste y la noche obrarían el milagro de convertir en sueño o pesadilla lo que no podía dejar de ser una verdad tan grande como una cordillera.

Marianito se vistió y esperó a que amaneciese para irse al Hotel París, donde se hospedaba su pandilla de amigos. Don Abdón dudaba cómo comportarse con el chico, y se hacía un verdadero lío, del cual le sacó la sagacidad de la excelentísima señora, que le dijo:

—Lo ocurrido no se comprende, si no es aceptando que la muchacha lo ha comprometido. Esto es más claro que la luz.

—Exacto—respondió el acaudalado personaje—. Exactísimo; y en cuanto amanezca, será puesta en la calle, no sé si de pies o de cabeza.

Restablecida doña Luisa, fué de la misma opinión, y diéronse órdenes severísimas a toda la servidumbre, órdenes de silencio absoluto. Sólo disenta de ellos una de las víctimas: la pobre Lena, que desde este momento rehusaba toda posibilidad de arreglo con su novio. El resto de la noche transcurrió entre comentarios, suspiros y lágrimas. A la mañana siguiente, había desaparecido Marianito y arrojaban de casa a la criada culpable. La despedían por la inaudita desvergüenza de haber pretendido entrar, de noche, en el dormitorio del joven político, contra su soberana voluntad.

IV

La orden de silencio fué cumplida con más escrupulosidad que era de esperar en una servidumbre toda femenina. La presencia de Marianito en el hotel no fué notada a hora tan temprana. Luego, en un café céntrico se estableció la tertulia, y allí irrumpieron el batallón de fotógrafos y periodistas. El señorito Mosela tuvo el cuidado de no contar nada de lo ocurrido a ninguno de sus amigos, ni al más íntimo. Este, que era Justo Nogueras, abogado pobre y con aspiraciones, recibió un recado de la excelentísima señora rogándole fuera a verla. Marianito no aparentó la menor extrañeza, y Justo fué al palacio de don Abdón. Tampoco había de advertir en él nada de particular. Lena había-se quedado en el lecho, indispueta; pero no era ésta una noticia que interesara al joven, cuya presencia se requería. La excelentísima señora recibió a Justo, sin descubrirle tampoco el escándalo nocturno. Hablaba vagamente, en acecho de las respuestas de Justo, y deducir por ellas el pensamiento y propósitos de su hijo. Comprendió enseguida la ignorancia en que estaba el recién llegado, y dedujo un diagnóstico menos grave de lo que ella supusiera. Se habló del éxito, seguro, de Marianito aquella tarde, y don Abdón, que entró después, dijo que el Círculo Mercantil deseaba dar una comida al conferenciante antes de su discurso. Todo, al parecer, se iba zurciendo y recosiendo de modo que no se advirtieran las rasgaduras. Lo del banquete había sido idea de doña Luisa, para poner una zona de tiempo más ancha entre la salida y regreso del joven calavera a la casa. Después, entre ella y la excelentísima señora convencieron a la inconsolable y ofendida hija.

Transcurría la mañana sin contratiempo, cuando presentóse en el café un jayán pretendiendo hablar a solas con el señorito forastero, que conversaba rodeado de veinte o treinta personajillos locales. Estorbáranlo estos señores; pero la resolución y las voces del campesino no eran para inadvertidas ni por el sordo más sordo. Marianito se adelantó, habló con el colérico mozo y le tranquilizó de modo que se callara y quedasen todos los distanciados contertulios un tanto estupefactos. Llamado con urgencia don Abdón, oyó de labios del señorito Mosela estas palabras:

—Es absolutamente indispensable la reintegración a la servidumbre de su casa de usted de la criada a quien he intentado atropellar esta noche. Hay que reintegrarla y darle todo género de satisfacciones. Hay, además, que indemnizar a la familia del posible daño, si la noticia trasciende. Esta indemnización es por mi

cuenta, y le ruego entregue este cheque, como regalo de ustedes, a la madre o al hermano, con quien acabo de hablar. Y si todo esto no se hace inmediatamente, tomo mi coche y me marcho enseguida. Ni comida, ni conferencia, ni aspiraciones políticas de ninguna clase en este país. Es mi última palabra, y es el castigo que me impongo por mi canallada.

Don Abdón conoció que era imposible toda discusión y obedeció en el acto. La conferencia fué un triunfo enorme, y Marianito, al terminar, sin que lo pudieran evitar ni advertir siquiera ninguno de los amigos más íntimos o más próximos, escapó en su coche con rumbo desconocido.

V

Justo Noguerras fué el primero en dar con él en la finca que poseía cerca de Guadalajara. Mariño condujo a Justo a una salita que había sido muchas veces refugio de su padre cuando quería aislarse para trabajar con reposo. Unos troncos ardían en la chimenea. La lluvia goteaba en las vidrieras del cuarto, y Marianito alineaba sobre una mesa unos retratos antiguos. Noguerras, impaciente, le abordó:

—¿Me quieres contar de una vez qué te pasa? Has huído sin decir adiós, sin despedirte de nadie, ni de Lena ni de tu propia madre. Si supieras cómo está la pobre... Ella me ha sugerido la idea de que te buscara aquí. Ella me ha contado también tu hombrada de la otra noche, y por cierto que me ha sorprendido que no me dijeras una palabra. ¿No soy ya el de siempre, o no lo eres tú?

Marianito Mosela dejó hablar a su amigo, y alineaba por fechas los retratos. Luego dijo:

—Mi padre tenía el culto de los antepasados. Guardaba daguerrotipos de alguno de sus tatarabuelos y se procuró también retratos de sus bisabuelos y de todos los ascendientes posibles de la familia de mamá. Si no hay error en las investigaciones que practicó, resulta que, según este libro, escrito por la propia mano de mi padre, uno de mis tatarabuelos fué navegante. No creas que hablo de un posible émulo de Elcano o de Colón. Es más modesto: era un marinero de un barco de cabotaje. Parece que es este buen sujeto que ves aquí, con sus gruesas patillas. La esposa de tan buena pieza es esta dama de robustos refajos y brazos desnudos. Entre paréntesis, te digo que hay la sospecha de que mi tatarabuelo pasara en presidio una temporada.

Noguerras se impacientaba; pero su amigo le contuvo, diciendo:

—Espera un poco. Los comentarios, después. Aquí tenemos, por la rama de mamá, este caballero de ojos astutos: es mi bisabuelo. Parece que era manchego y se avecindó más tarde en la provincia de Toledo. Hay



barruntos de que se dedicara a transportar heno en una boriquilla, y creo que se casó con una muchacha de servicio, que es ésta, mi otra bisabuela: esta damita boba. Mírala, y dime qué te parece.

—¿Te lo digo de veras?—exclamó Noguerras, molesto.

—Claro que sí, hombre. Pero mejor es que aguardes un poco. Vamos con mis bisabuelos paternos. Estos se encuentran más cerca. A uno lo he conocido vagamente en sus últimos tiempos. Helo aquí. Retratado con un puro enorme, signo de vanidad. Aunque mi padre nada ha escrito de él en su libro, yo he sabido que los primeros cuartos los ganó en el contrabando. He sabido también que se encaprichó tercamente de una bailarina de café, y de esta unión vino al mundo el padre del excelentísimo señor que ha dado a España gloria y decretos espantables. Es, pues, mi bisabuela esta linda muchacha, que creo se me parece un poco. Y no me avergüenzo ni de él ni de ella, porque, si te paras a pensar en la vida del gran Leonardo, verás que ese genio portentoso brotó, como una flor, en los alrededores de Vinci, a causa de la fusión entre una campesina blanca y bella, estatua viva, y la florentina sangre de un noble cazador, extraviado, que poseía el fuego creador de genios.

—¿Eres extraordinario!—exclamó Noguerras, molesto.—Vengo en tu busca, para saber de ti, y te entretienes en inventar cuentos chinos acerca de tus antepasados, noticias absurdas y nada honrosas, que digamos.

—¿Para, para! No pensarás que el honor de mis antepasados sea mi propio honor. ¡De ningún modo! Mi honor es mío. Nace en mí y acaba en mí. Pero voy a ser breve, porque, en verdad, las notas de este libro son aburridísimas y no enteramente veraces. Bástete saber que, según lo que dice y lo que calla, hay entre mis ascendientes paternos y maternos unos ejemplares nada recomendables: algún ladronazo y ladronzuelo; varios donjuanes; alguno que otro sabueso astuto, estafador y salteador de caminos; tal cual dama complaciente, y, mezclados entre tales sujetos, algún pillastre,

algún bandido, algún bobalicón honradote y algún bragazas. De todo. Toda la fauna, como diría cierto profesor. ¿Te enteras?

—Espero a ver adónde vas a parar.

—A una conclusión que te dejará estupefacto. He pensado en esto mucho. Desde cierta conferencia que oí, no he dejado de preocuparme de vez en cuando. Y no de ahora. Analizando mi conducta de siempre, buscaba en vano una explicación. A veces he obrado muy bien, tan bien, que, de haber justicia, me otorgarían el premio de la bondad o el de la honorabilidad u otro que se creara; pero otras veces me he comportado del modo más brutal e indecente. Como quiera que, a mi pesar, me era difícilísimo—si no imposible—corregirme, pensé mucho, y hube de elaborar para mí una teoría, que es perfectamente aplicable a todo el mundo. Y es como sigue: Uno obra, no como quiere, sino como puede. A veces, sólo quiere aquello que sabe que puede; pero otras pretende los mayores absurdos. Se habla del subconsciente, de la duplicidad del "yo". Parece que dentro de uno hay alguien que aprovecha nuestros descuidos y se pone delante del "yo" y le suplanta. Otras veces trabaja para nosotros alguien de nosotros, sin que nos enteremos, si no es por los resultados. Echegaray cuenta en sus Memorias el hecho de haber resuelto durante el sueño problemas de matemáticas cuya dificultad no podía vencer despierto. Yo he llegado a la conclusión de que la obra obscura del subconsciente puede interpretarse en este sentido: la personalidad humana no sólo es doble, sino múltiple. Los antepasados permanecen en uno mismo, dentro de uno mismo y actúan frecuentemente sobre uno. De ahí las contradicciones, los cambios de carácter, de conducta; la chispa de bondad o de maldad que alumbra la trayectoria de cada una de las vidas humanas. Los antepasados luchan por manifestarse por el intermedio de uno. Pero ocurre a veces, sobre todo en plena virilidad, que el carácter se impone; el carácter, que es como el "yo" en el pleno uso y dominio de sí. El carácter, entonces, se yergue, sobresale y anula la labor obscura, terca y perturbadora de los entrometidos antepasados... ¿Qué me dices?

—No sé... Me dejas turulado. Y la teoría no me parece un disparate.

—Ni su idea final, desembocando en el carácter. Y como prueba de ello me impongo el castigo de volver a casa de don Abdón y confesarme delante de todos. La confesión ya lleva en sí el castigo y la garantía de enmienda. Me he propuesto vigilarme y vencer a esos bandidos ancestrales que me acechan. Y como primera providencia, vayan al fuego estas imágenes.

En efecto, arrojó los retratos a la lumbre, y enseguida, como sarmientos resacos, crepitaban los marcos de madera barnizada, y las lenguas de llamas devoraban las descoloridas cartulinas.

C O R R E O

Autor de "Juan".—Su cuento se parece en el tema a otro publicado recientemente en estas páginas. Mándenlos otra cosa.

A. O. V.—Su cuento "El Legado" irá en nuestra página para niños.

S. P. O.—Sus versos no entran en la índole de nuestra revista. Mándenlos prosa.

F. M. H.—Si admirásemos tanto sus originales como admiramos su constancia, sería usted el más asiduo colaborador de CIUDAD. Venga a vernos.

E. S.—Lo que usted nos envía nos parece más propio de una revista exclusivamente literaria.

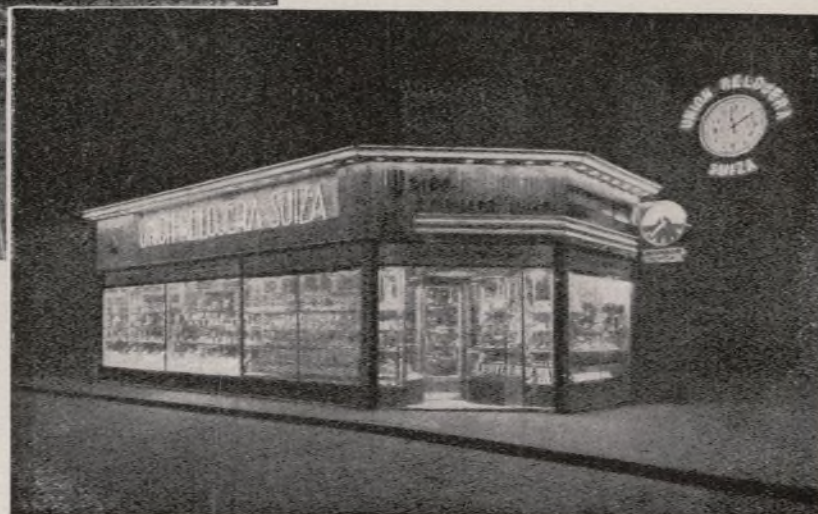
V. N. G.—Sus poemas, como otros muchos con que nos honran nuestros jóvenes colaboradores literarios, no irán.

P. N. A.—La Coruña.—El trabajo de su presentado no nos parece aprovechable. Que intente con otra cosa



De las grandes capitales europeas, Madrid es una de las que se moderniza más rápidamente. Viajeros eminentes se han asombrado de la nueva fisonomía que ha tomado en el breve espacio de los últimos ocho años; les sorprende la riqueza de nuestros cines y cafés de lujo y la demostración de buen gusto en las líneas de arquitectura moderna e instalaciones de importantes casas de comercio. El local de la Unión Relojera Suiza pertenece a esta última categoría de negocios, que vienen dando a nuestra ciudad el aspecto de un Broadway europeo. Sus vidrieras, artísticamente arregladas, resaltan encantos, merced a una habilísima instalación eléctrica, que hace del frente de esta impor-

LOS GRANDES COMERCIOS DE MADRID



tante casa de relojería uno de los más atrayentes de la Gran Vía. Millares de relojes, de las mejores fábricas del mundo, enseñan sus rostros ovalados, redondos, cuadrados, donde la técnica y el arte moderno combina los más artísticos modelos a través de los cristales de sus escaparates, llamando la tención del paseante. Es verdad, pocos comercios atraen tanto la mirada del caminante como el de la Unión Relojera Suiza.

Constructora FIERRO, S. A.

M A D R I D

Domicilio social: BARQUILLO, 1. - Teléf. 24721

Capital: 10.000.000 de pesetas



Edificio de la Estación de Jerez de la Frontera, construido por esta Empresa

OBRAS EN CONSTRUCCIÓN POR VALOR DE
CIEN MILLONES DE PESETAS

BANCOS PARTICIPANTES, REPRESENTADOS
EN EL CONSEJO DE ADMINISTRACION:

Español de Crédito.-Hispano-Americano.-Herrero
de Oviedo, de Gijón. - Mercantil, de Santander.

Ayuntamiento de Madrid

Bolaños y Aguilar (S. L.). Talleres gráficos. Altamirano, 50. Madrid.